

REX STOUT



Nero Wolfe pone en juego
sus extraordinarias dotes
detectivescas frente
a la astucia de una
diabólica mujer.

**LA
DEDUCCION
FINAL**



REX STOUT



Nero Wolfe pone en juego
sus extraordinarias dotes
detectivescas frente
a la astucia de una
diabólica mujer.

LA DEDUCCION FINAL



DEL
POLICIA



LA DEDUCCIÓN FINAL

(The final deduction)

REX STOUT

The final deduction (Traducción: M^a
del Carmen Pascual)

© Plaza & Janes, S. A., Editores,
1964

© **Rex Stout**

RESEÑA

La deducción final de Rex Stout:

Un sábado por la mañana, el millonario Jimmy Vail salió de su casa. El domingo por la mañana telefoneó a su esposa para decirle que volvería a última hora de la tarde. Era medianoche cuando aún no había regresado. Luego llegó una carta en la cual le comunicaban los raptores—pues había sido secuestrado—que tenían a Jimmy sano y salvo, y que lo devolverían a cambio de 500.000 dólares, siempre y cuando ella no

diera publicidad al asunto. La esposa del secuestrado visita a Nero Wolfe para solicitar su ayuda. El asunto se complica con dos asesinatos. Pero la sagacidad de Nero Wolfe consigue, al fin, resolver el enigma.

CAPÍTULO I

—¿Su nombre, por favor?

Hice la pregunta por pura fórmula. Había visto su fotografía docenas de veces en periódicos y revistas, y, además, la había visto actuar personalmente en el «Flamingo» y otros locales similares de la ciudad. Por eso no me fue difícil reconocerla, a través de la puerta de cristales, cuando acudí a abrirla, atendiendo a la llamada del timbre.

Su traje sastre de color oscuro, la estola de piel y el tinte de su cabello no

tenían nada de llamativo. Por otra parte, nada de su aspecto recordaba a la artista. Tan sólo la excesiva blancura de su tez, que habría pasado inadvertida en un restaurante o en el palco de un teatro, podía llamar la atención a la cruda luz de mediodía. A la sazón, el rostro que tenía ante mí estaba desencajado, y los ojos aparecían enrojecidos e hinchados.

—No creo... —Dejó incompleta la frase comenzada y exclamó—: ¡Pero si es usted Archie Goodwin!

Confirmé con un gesto sus palabras, añadiendo:

—Y usted es Althea Vail, ¿no? Como no ha concertado usted su entrevista con la debida antelación, debo informar al

señor Wolfe del motivo de su visita.

—Prefiero decírselo yo misma. Se trata de un asunto estrictamente personal y muy urgente —dijo la mujer.

No insistí. En mi oficio, son tantas las oportunidades de ver y oír cosas, unas verídicas y otras que lo son menos, que me resultó fácil formarme una idea de lo que tanto la trastornaba. Si mis suposiciones son ciertas, sería para mí un placer el ver la cara de Wolfe cuando ella le expusiera su problema, así como también presenciar la forma en que se sacudiría la visita. Así, pues, atendí los deseos de Althea Vail. La costumbre era que, en los casos en que el cliente, ya fuera masculino o femenino, no hubiera

concertado previamente su visita, yo debía dejar a dicho cliente esperando fuera, en tanto que iba a hablar con Wolfe del asunto. Sin embargo, en ciertas ocasiones me permito alterar la rutina. En consecuencia, y teniendo en cuenta que aquel día de finales de abril era frío y ventoso, acompañé a Althea Vail hasta la habitación que hay a la izquierda, según se entra en el vestíbulo, dirigiéndome después a la segunda puerta, la del despacho de Wolfe.

Wolfe se hallaba en pie junto a un globo terráqueo, con la vista fija en un punto determinado. Cuando salí para atender la llamada, le dejé ensimismado mirando a Cuba, pero en aquel instante

su atención se centraba en Laos.

—Es una mujer —le dije.

—No —se limitó a contestar, sin apartar la mirada de Laos.

—Tal vez esté usted en lo cierto —concedí—; pero, según dice, se trata de un asunto importante y, además, es una cliente que nos puede proporcionar fácilmente un respetable fajo de billetes. Se llama Althea Vail y es la esposa de Jimmy Vail. Usted, que lee los periódicos de cabo a rabo, se habrá percatado de que incluso el *Times* le llama Jimmy. He observado que tiene los ojos enrojecidos. Probablemente ha llorado, pero parece que ha logrado ya dominar sus nervios. Así es que no creo

probable que llegue a hacerle una escena.

—¡No! —gruñó.

—El tiempo es tan malo que no fui capaz de dejarla esperando afuera. Está en la habitación de enfrente. He oído hablar mucho de ella y tengo entendido que paga bien y al contado.

Después, Wolfe dio media vuelta y bramó:

—Pues que pase.

Aspiró con fuerza una gran bocanada de aire por la nariz y la espiró por la boca. Luego se dirigió a su escritorio y allí quedó junto a la silla, como una montaña viviente. Jamás se levantaba para recibir a ningún cliente, fuera

hombre o mujer, pero, como en esta ocasión se encontraba ya de pie, no le representó demasiada molestia, ni tampoco ningún gasto de energías, el mostrarse bien educado. Me dirigí a la habitación de enfrente y abrí la puerta, le dije a la señora Vail que tuviera la bondad de acompañarme y la presenté a mi jefe, indicándole el sillón de cuero rojo en que debía sentarse, situado frente a Wolfe. Al hacerlo, con un ligero movimiento echó hacia atrás su estola de piel y ésta hubiera caído al suelo si yo no lo hubiera impedido. Mi jefe había dejado caer su respetable peso de 130 kilos en su propia silla y miró a la mujer fijamente, con la expresión

característica con que mira siempre a las mujeres que tienen la osadía de presentarse ante él sin haber convenido previamente su visita a las oficinas situadas en la casa de piedra marrón de la calle West, 35, y más si, como en el caso presente, traen consigo la pretensión de obligarle a trabajar.

Althea Vail apoyó el codo sobre su bolso de cuero marrón.

—Será mejor —dijo— que empiece por explicarle el motivo de mi visita.

—No es necesario —murmuró Wolfe.

—Sí lo es —declaró ella. Y su voz sonó velada, tras lo cual se aclaró la garganta—. No tardará usted en darse

cuenta de que es necesario. Ante todo, quiero dejar sentado que lo que voy a decir es absolutamente confidencial. Sé quién es usted y la reputación que tiene, pues de lo contrario no estaría aquí. Ahora bien, insisto en que el asunto que me trae a usted es *completamente confidencial*. Como es natural, le daré un cheque, en calidad de anticipo —y comenzó a abrir su bolso—. ¿Diez mil dólares...?

Wolfe lanzó un gruñido.

—Si realmente me conoce, señora, debe usted saber que su conducta es absurda. Y, si lo que desea es encargarme un asunto, debe decirme de qué se trata. Por lo demás, si acepto ese

trabajo, será entonces cuando yo decida si deseo o no ese anticipo. En cuanto a la cuestión confidencial, sepa que nada de cuanto usted me confié será repetido, a no ser que ello envuelva un crimen, en cuyo caso es mi obligación dar parte de ello a la Justicia, tanto en calidad de ciudadano como de detective privado que trabaja con licencia. Hablo también en nombre del señor Goodwin, que es mi colaborador y que...

—Bien, pues se trata de un crimen. Porque el secuestro es un crimen, ¿no es así? —dijo la mujer.

—Desde luego, lo es —confirmó mi jefe.

—Sin embargo, no es conveniente

dar parte de ello a la autoridad — advirtió Althea Vail.

Alcé las cejas. Sentado como estaba ante mi escritorio, y con mi silla vuelta en dirección a Althea Vail, tuve que reconocer que me había equivocado al suponer los motivos que habían traído a aquella mujer a visitarnos. Y, además, no iba a tener la oportunidad de ver la expresión que solía adoptar Wolfe cuando una mujer le encargaba la vigilancia de su marido como tampoco los modales con los que mi jefe acostumbraba despedir a estas mujeres de su despacho. Pues en aquel instante se dirigía a Althea Vail de la siguiente manera:

—Existen casos excepcionales, desde luego. La obligación de dar parte de un crimen debe a veces posponerse cuando las circunstancias implican un peligro de muerte y el silencio representa la salvación de una vida. ¿Es éste su caso?

—Sí.

—En tal caso, me equivoqué; lo que la trae aquí es importante. Y ahora, dígame, ¿cómo se las arregló para llegar hasta aquí?

—Telefoneé a una amiga mía, Helen Blount, que vive en un apartamento de la calle Setenta y cinco y lo combiné con ella. La entrada principal de su casa está en dicha calle, pero la entrada del

servicio da a la calle Setenta y cuatro. Así es que le telefoneé a la diez y media. Le dije a mi chófer que estacionara el automóvil frente a mi casa, a las once y media. Después le ordené que me llevase a la dirección donde vive Helen Blount. No me volví para mirar si me seguían, por temor a que el chófer lo notase. Cuando llegamos, entré en la casa de apartamentos en que vive mi amiga —el portero me conoce— y atravesé el edificio saliendo al exterior por la puerta de servicio. Allí me esperaba Helen Blount, con su propio coche. Subí a él y ella me condujo hasta aquí. Por lo tanto, creo que no hay la menor

probabilidad de que ellos sepan que he venido a ver a Nero Wolfe, ¿no lo cree usted así?

Wolfe se dirigió a mí.

—¿Archie?

—Sí —asentí—. No está mal. Una probabilidad contra cien. Pero si hay alguien apostado en la calle Setenta y cinco, esperando verla salir para escoltarla a su casa, y se da cuenta de que no aparece, le extrañará. Convendría que regresase, sin tardar demasiado, que entrase por la calle Setenta y cuatro, saliendo de nuevo por la Setenta y cinco. Creo aconsejable tal medida.

—Tiene razón —dijo Althea Vail,

mirándome con sus ojos enrojecidos —. ¿Cuánto tiempo le parece necesario esperar?

—Depende de la paciencia y escrupulosidad de la persona en cuestión, y yo no la conozco. —Miré hacia mi reloj de pulsera—. Son exactamente las doce y veinticinco. Llegó usted aquí hace poco más de media hora. Lo más lógico parece ser que usted permaneciera varias horas en compañía de su amiga Helen Blount. Sin embargo, si esa persona la conoce a usted lo bastante como para saber que Helen Blount vive en ese edificio, ha podido perfectamente telefonar, preguntando por usted. En tal caso, le

dirán no tan sólo que no está, sino que no ha ido usted por allí. Jamás tuve la ocasión de conocer personalmente a un secuestrador, pero, por lo que he oído decir, son muy suspicaces.

Althea Vail sacudió la cabeza.

—No es probable que ocurra nada de eso. Helen aleccionó a la doncella, acerca de lo que debía contestar en caso de que me llamasen por teléfono. Dirá que no me puedo poner porque, tanto Helen como yo, estamos muy ocupadas.

—Esto queda, pues, resuelto. Pero está Helen Blount; ella sí que sabe que usted ha venido a ver a Nero Wolfe.

—Pero ignora con qué fin. Por otra parte, tengo confianza en ella. Sé que

puedo confiar —sus ojos se dirigieron de nuevo a Wolfe—. Ya sabe usted cómo he llegado hasta aquí. Cuando me vaya, regresaré pasando por la calle Setenta y cuatro —de nuevo su voz se quebró y tosió un poco para aclararla—. En fin, se trata de mi marido —dijo abriendo su bolso y sacando un sobre—. No regresó a casa el domingo por la noche y ayer llegó esto por correo.

Su silla estaba demasiado alejada de Wolfe, por lo que era imposible que éste pudiera alcanzar la carta sin levantarse. Yo sabía de sobra que él no iba a tomarse esa molestia, por lo que me levanté yo y cogí la carta que Althea Vail le tendía.

Se trataba de un sobre blanco ordinario, en el que aparecía escrita a máquina una dirección: Sra. de Jimmy Vail. 994, Quinta Avenida — Nueva York. El número del distrito no estaba indicado y en el matasellos podía leerse: *Bryant Sta Apr 23 1 961 11: 30 PM Domingo*. Es decir, había sido echado al correo anteayer. El sobre había sido abierto limpiamente, con un cuchillo o un cortapapeles, por lo que las esquinas aparecían intactas.

Seguidamente se lo entregué a Wolfe, quien, después de echar un vistazo en la dirección, extrajo su contenido, consistente en una hoja de papel blanco ordinario sin doblar, de

cinco por ocho. Mantuvo el papel extendido a su izquierda, con el fin de que yo también pudiera leer el texto. Aunque ya no obra en nuestro poder me es posible ofrecerles a ustedes una reproducción, ya que al día siguiente tomé algunas fotocopias del mismo. Quizás aprecien en él algunas de las cosas que yo vi y le hice notar a Wolfe, acerca de la persona que había redactado la carta. Decía:

Tenemos a su Jimmy, sano y salvo. No le hemos hecho el menor daño y podrá usted recuperarlo en una pieza, a cambio de 500.000 dólares, siempre y cuando usted juegue limpio y este asunto quede entre nosotros. Fíjese

bien: estrictamente entre usted y nosotros. En caso de que se atreva a tendemos alguna trampa, no volverá a ver a Jimmy jamás. Recibirá una llamada del señor Knapp; procure atenderla debidamente

Wolfe dejó el papel sobre el escritorio y se dirigió a Althea Vail.

—No puedo por menos que hacer un comentario obvio —dijo—. Tengo la impresión de que este asunto no va en serio. Me explicaré: el secuestro es algo muy peligroso y arriesgado. Es difícil creer que el hombre que incurre en un delito así esté de humor para hacer bromas... Me refiero al hecho de haber escogido como alias, para hablar por

teléfono, el nombre de Knapp. Parece una chanza. De no ser así, si verdaderamente se trata de algo serio — dijo, dando con un dedo un golpecito encima de la carta—, hay que reconocer que el hombre que escribió esto es extraordinario. ¿Acostumbra su esposo gastar bromas?

—No. —La señora Vail levantó la barbilla—. ¿Cree usted que se trata verdaderamente de una broma?

—He sugerido esa posibilidad, pero también hay otra: que el hombre que se enfrenta con usted sea extraordinario. ¿Ha tenido ya noticias del señor Knapp?

—Sí. Me telefoneó ayer por la tarde al número de la lista de abonados. Le

había dicho a mi secretaria que esperaba una llamada y ella se mantuvo a la escucha, por medio de un aparato supletorio. Creí oportuno hacer esto, ya que ella abre toda mi correspondencia y había leído esa carta.

—¿Y qué le dijo el tal Knapp?

—Me dijo lo que debía hacer. No voy a decirle a usted el qué. Mi intención es hacer exactamente lo que me ha dicho, y para eso no le necesito a usted. Para lo que yo le necesito es para recuperar a mi esposo y con vida. Ya sé que es posible que en estos momentos le hayan matado. Lo sé, pero... —su barbilla empezó a temblar, pero apretó los labios para evitarlo y continuó—: En

caso de que haya ocurrido esto, le necesitaré para encontrar a esa gente, suponiendo que la Policía y el FBI no sean capaces de ello. Sin embargo, ayer tarde, a través del teléfono, ese hombre dijo que Jimmy se encuentra bien y yo lo creo. ¡He de creerlo!

Estaba sentada al borde de la silla.

—Pero ¿no ha pensado usted en que, a veces, los secuestradores matan cuando han conseguido apoderarse del dinero? Dígame, ¿no lo cree posible? —añadió Wolfe.

—Sí, en efecto. Ha ocurrido en alguna ocasión, al parecer. Pero para evitar esto es para lo que yo le necesito a usted. Para entregar el dinero me basto

a mí misma y en nada me puede usted ayudar. Le he dicho a mi banquero que pasará esta tarde a recogerlo y...

—¿Medio millón de dólares?

—Sí. Haré exactamente lo que me indicó ese hombre. No puedo dejar de hacerlo, si quiero recuperar a Jimmy, pero quiero tener la seguridad de recuperarlo con vida y es para ello para lo que necesito sus servicios.

Wolfe gruñó.

—Señora, lo que usted está diciendo no tiene sentido. Espero que no esté usted chiflada. ¿Qué quiere usted que haga en semejantes circunstancias? El único punto posible de contacto con ese desaprensivo, o con sus cómplices, está

precisamente en el momento en que usted les entregue el dinero, y usted no está dispuesta a facilitar la menor pista acerca de ello. Es imposible que pretenda usted una cosa tan descabellada...

—Pues lo pretendo. Por eso vine en *su* busca. ¿No puede usted hacer algo? ¿Acaso no es usted un genio? ¿A qué se debe en tal caso su reputación? —Sacó un talonario de cheques de su bolso y desenroscó la caperuza de una pluma estilográfica—. ¿Le conviene un anticipo de diez mil dólares?

Aquella mujer debía ser un genio, a no ser que aquél fuese su día de suerte; sólo así puede explicarse que se le

ocurriera preguntar a Wolfe si podía hacer algo, esgrimiendo a la vez un cheque ante sus ojos. Yo esperaba verle mover los labios, con su clásico mohí, pero no lo hizo. Aquel asunto se salía de los caminos trillados y es natural que escapase también a la rutina habitual. La señora Vail apoyó el talonario en la repisa que había junto a ella, llenó el cheque, lo desprendió del talonario y, levantándose, lo depositó sobre el escritorio de Wolfe; luego volvió a sentarse. Se dispuso a seguir hablando, pero yo le hice un gesto para que guardara silencio. Pasó un minuto, otro, y tres más, antes de que Wolfe abriera los ojos y dijera:

—Archie, prepare su cuaderno.

Cogí mi cuaderno y pluma, pero él, en lugar de dictar, cerró de nuevo los ojos. Un minuto después los abrió y se volvió hacia la señora Vail.

—El vocabulario tiene mucha importancia —dijo—. Será de alguna ayuda el saber *cómo* habla ese hombre. Deberá usted decirme exactamente todo lo que le dijo por teléfono.

—No, no lo haré —exclamó ella, con énfasis—. Tengo la seguridad de que intentaría usted algo, cualquier truco. Encargaría a Archie que hiciera algo. Ya sé que él es muy listo y que usted es un genio, pero no quiero arriesgarme. Le dije a ese hombre que

seguiría fielmente sus instrucciones y que iría a ese lugar yo sola. No, no quiero decirle nada. Además, ¿qué es lo importante de su vocabulario?

Wolfe se encogió de hombros.

—Muy bien. ¿Y su voz? ¿La reconoció?

—¿Conocerla? ¡Claro que no! — exclamó asombrada.

—¿No tuvo ni por un momento la sospecha de haberla oído en alguna otra ocasión?

—No.

—¿Sus frases eran extensas o, por el contrario, eran concisas?

—Concisas. Me dijo sola y exclusivamente lo que debía hacer.

—¿De una manera áspera o amable?

—Ni una cosa ni otra —dijo ella, después de un instante de reflexión—. Se limitó a concretar.

—¿No gritó? ¿No amenazó?

—No. Me dijo que aquélla era mi única oportunidad y la única oportunidad de salvación de mi marido, pero lo dijo sin agresividad. Se limitó a exponérmelo.

—¿Su dialéctica? ¿Hacía frases?

La señora Vail se impacientó.

—Comprenda que en aquel momento no estaba yo para fijarme en giros gramaticales. ¡Claro que hacía frases!

—No son muchos los que las hacen. Rectificaré la pregunta. ¿Se trataba de

un hombre educado? Cuando digo «educado», me refiero al sentido que generalmente se le da a esta palabra.

La señora Vail permaneció un instante pensativa.

—He dicho que no gritaba. No parecía hombre vulgar. —Hizo un gesto de impaciencia—. Creo que se trataba de una persona educada, pero ¿no significa todo esto una pérdida de tiempo? No creo que sea usted un genio hasta el punto de adivinar quién es ese hombre y desde dónde hablaba por el modo de hacerlo. ¿O sí es capaz de tal cosa?

Wolfe denegó con la cabeza.

—Si fuera capaz de eso, no sería un

genio, sino un taumaturgo. ¿Cuándo y dónde vio usted por última vez a su esposo?

—El sábado por la mañana, en nuestra propia casa. Se fue a Katonah, donde tenemos una finca, para ver cómo estaba todo aquello. No le acompañé porque no me encontraba bien. El domingo por la mañana me telefoneó para decirme que regresaría a última hora de la tarde. Cuando a medianoche vi que no había regresado, telefoneé al colono, quien me dijo que mi marido se había marchado de allí poco después de las ocho. La verdad es que no me preocupé mucho, porque a veces se le ocurre, cuando conduce de noche,

detenerse en cualquier sitio. Pero ayer por la mañana *sí* que ya me preocupé, aunque no quise empezar a llamar a uno y a otro. Luego llegó el correo y trajo esa carta.

—¿Iba solo cuando salió de la finca?

—Sí. Se lo pregunté al colono.

—¿Cómo se llama su secretaria?

—¿Mi secretaria? ¿Qué tiene que ver con lo que nos ocupa? Se llama Dinah Utley.

—¿Cuánto tiempo lleva a su servicio?

—Siete años. ¿Por qué?

—Me conviene hablar con ella. Haga el favor de telefonarla y dígamele

que se venga por aquí inmediatamente.

El asombro dejó boquiabierta a la señora Vail. Y cerró de golpe la boca.

—Me niego —dijo—. ¿Qué quiere usted que ella sepa? Ignora que he venido a verle a usted y no deseo que se entere. Confío en ella, pero no quiero exponerme al *menor* riesgo.

—En tal caso, puede usted recoger su cheque —dijo Wolfe, señalando el papel que seguía sobre su escritorio—. Recójalo y márchese. —Hizo una mueca—. He de tener una prueba de su *bona fides*, por ligera que ésta sea. Sé que es usted la señora Althea Vail, puesto que el señor Goodwin la ha identificado, pero eso es todo lo que sé de usted. ¿Es

cierto que recibió esa carta por correo y que le telefoneó el tal señor Knapp? De todo eso no tengo más prueba que su palabra. No estoy dispuesto a verme mezclado en situaciones estúpidas. Archie, devuelva ese cheque a la señora Vail.

Me levanté, pero ella empezó a hablar.

—¿Una situación estúpida? ¡Cielos, no se trata de una broma! Es mi marido... y van a matarle. No quiero que se sepa que he venido a consultarle, ni tan siquiera mi secretaria, ¿no tengo acaso razón? Si espera que ella le diga lo que ese hombre dijo por teléfono, se equivoca. Le diré a ella que no repita

nada.

—No voy a preguntárselo. —Wolfe hablaba sin rodeos—. Me limitaré a preguntarle la forma en que hablaba ese hombre. Si ha sido usted sincera, cosa de la que no tengo por qué dudar, no ha de tener inconveniente en que hable con ella. En cuanto a saber que ha estado usted aquí, el señor Knapp tendrá muy pronto ocasión de enterarse de ello. O, cuando menos, así lo espero.

La señora Vail tartamudeó.

—¿Que *él* se enterará! ¿Cómo?

—Yo mismo se lo diré. —Se volvió hacia mí—. Archie, ¿estamos a tiempo para poner un anuncio en la Prensa nocturna?

—Tal vez en las últimas ediciones —contesté—. Podemos intentarlo en el *Post* y el *World-Telegram*. En la *Gazette* también, con ayuda de Cohen.

Me acerqué con el cuaderno y el lápiz.

—¿Lo publicamos en tipo normal? —inquirí.

—No. Ha de resultar llamativo. Una anchura de dos o tres columnas. Encabezamiento en tipo de letra grande y extenso: «Al señor Knapp». Y luego en tipo de letra mediano: «La mujer cuya propiedad está en poder de usted (coma) me ha confiado su problema (punto). En estos momentos (coma) se encuentra en mi oficina (punto). No me ha dicho lo

que usted le indicó por teléfono el lunes por la tarde (coma) ni va a decírmelo (punto). Ignoro las instrucciones que usted le dio (coma) pero tampoco me interesan (punto). He sido contratado específicamente con un solo fin (coma) el de asegurar que su propiedad le será devuelta en perfectas condiciones (coma) y éste es el motivo del presente anuncio (punto y aparte).

»También me ha contratado para otro trabajo (coma) en caso de que fuera necesario (punto). En caso de que su propiedad no le sea devuelta (coma) o le sea devuelta sin reparación posible (coma) me he comprometido a poner a su disposición todo mi tiempo (coma)

talento y energía (coma) mientras sea necesario (coma) hasta haber esclarecido los hechos (en la siguiente columna). Dicha señora está dispuesta a asegurarse mis servicios en tanto disponga de bienes materiales (punto). En caso de que ignore usted la importancia que este hecho tiene en relación con su propio porvenir (coma) le ruego se informe acerca de mi competencia y tenacidad. Más abajo y en tipo de letra grande: Nero Wolfe.» La factura a mi cargo. ¿Puede usted dictar el anuncio por teléfono?

—A Lon Cohen, de la *Gazette*, sí. A los demás, tal vez.

Di media vuelta, para alcanzar el

teléfono, pero me detuvo.

—Espere un momento. —Se dirigió a la señora Vail—. Ya ha oído usted lo que acabo de decir. Es posible que, como usted misma insinuó, su marido esté ya muerto. En tal caso, esta nota me compromete formalmente; ¿está usted dispuesta a comprometerse también, prescindiendo del gasto y el dinero que ello suponga?

—Ciertamente. Si le matan..., sí. Pero yo... ¿Es esto todo que va usted a hacer? ¿Solamente esto?

—Si no hago esto, señora, no haré nada. Es cuanto *puedo* hacer. Proseguiré con este asunto cuando me haya usted dado otro cheque por valor de cincuenta

mil dólares, así como cuando haya usted telefonado a su secretaria, ordenándole que se presente aquí lo antes posible — y se reclinó en la silla—. ¿No se da usted cuenta de que arriesgo mi reputación y el crédito que he conseguido en tantos años? Es esto lo que debe usted pagar. Esto y el valor de mi trabajo. Si su esposo ha sido asesinado, si el señor Knapp no lee el anuncio o si hace caso omiso de él, asesinando igualmente a su esposo después de haber conseguido el dinero, a mí no me quedarán muchas alternativas. Por otra parte, ¿qué ocurrirá si usted claudica? Habré de gastar bastante más de setenta mil

dólares. Como es natural, si su esposo regresa sano y salvo, mi trabajo habrá terminado y, en tal caso, le devolveré a usted parte de ese dinero. La cantidad a devolver queda a mi elección. Dependerá de cómo marchen las cosas. En principio, todas nuestras posibilidades se centran en ese anuncio. He de valorar mi reputación, la cual arriesgo en interés de usted, pero no soy avaricioso. —Miró al reloj de pared—. Si es esta noche cuando debe seguir las instrucciones del señor Knapp, es preciso que el anuncio salga hoy, para que surta su efecto. Y ya casi es la una.

La pobre mujer —o, mejor dicho, la riquísima mujer— sé mordía los labios.

Me lanzó una mirada. Es lo que suelen hacer muchos, cuando Wolfe se entretiene en mortificarlos; al parecer, esperan que yo salga en su ayuda. Hay veces en que no tengo inconveniente en hacerlo, pero, en esta ocasión, no estaba dispuesto a romper lanzas a favor de Althea Vail, de la señora de Jimmy Vail. Me dejaba frío. Así es que me limité a sostener su mirada, dando muestras de interés, pero nada más. Y, cuando ella se hubo convencido que eso era todo lo que podía esperar de mí, decidió ignorarme. Sacó de nuevo su talonario de cheques, lo apoyó en la repisa y, sin dejar de morderse los labios, lo llenó. Cuando hubo terminado, me acerqué para

cogerlo y entregárselo a Wolfe. Cincuenta de los grandes. Wolfe le lanzó un vistazo al cheque y seguidamente lo guardó en un cajón de su escritorio, a la vez que decía:

—Espero poder devolverle gran parte de este dinero, señora Vail. Lo procuraré. Puede usted hacer uso del teléfono del señor Goodwin para llamar a su secretaria. En cuanto usted termine, él se dedicará a llamar a las redacciones para que nuestro anuncio salga en los tres periódicos. Esperemos que todavía sea posible hoy.

La señora Vail hizo un gesto con la mano.

—¿Es imprescindible que llame a mi

secretaria, señor Wolfe?

—Sí, si es que desea usted que yo me encargue de este asunto. Usted ha de ir al Banco y pronto será hora de comer. Dígale que debe estar aquí a las tres de la tarde.

Se levantó y, sentándose en mi silla, marcó un número en el teléfono.

CAPÍTULO II

Cuando llegó Dinah Utley, eran las 3,05. Wolfe estaba sentado en su escritorio, leyendo *El loto y el robot*, de Arthur Koestler. Habíamos empezado a comer más tarde que de costumbre, porque Wolfe le había dicho a Fritz que no pusiera el filete en la parrilla hasta que él no se lo avisase. Y, cuando hube acabado de persuadir a los editores del *Post* y del *World Telegram* para que insertasen el anuncio en las páginas de sus periódicos, era ya la una y media. Con Cohen fue fácil conseguir que el

anuncio saliera en la *Gazette*. También en las ediciones matinales debía salir nuestro anuncio. La campanada sonaría pues hacia las once de la noche y, si teníamos la suerte de que el señor Knapp la escuchara después de haber recogido el dinero y antes de asesinar a Jimmy Vail, era de esperar que desistiera de sus propósitos.

Nuestra cliente había salido en dirección al Banco en cuanto Cohen nos aseguró que el anuncio sería publicado en las siguientes ediciones. Mientras yo hablaba por teléfono, Wolfe permaneció junto a mí, si bien no prestó la menor atención a mis palabras. Sostenía en una mano la carta que el señor Knapp había

enviado a la señora Vail, mientras miraba con mucha atención el teclado de mi máquina de escribir. Siguió estudiando con mucho detenimiento ambas cosas, hasta que Fritz se presentó para anunciar que la comida estaba servida. Y aquél no era el momento de hacer preguntas, mientras comíamos unas lonchas de lubina salteadas, con salsa de zanahoria y cebolla, y un filete recién salido de la parrilla. Además, tenemos como norma el no hablar de temas del trabajo a la hora de comer. Esperé, pues, haber abandonado el comedor y, cuando volvimos al despacho, dije:

—Esa nota fue escrita con una

«Underwood», pero no con la mía, si es eso lo que estaba usted pensando anteriormente. La «a» se sale un poco de la línea. Tampoco fui yo quien la escribió. El que lo hizo pulsa de un modo muy desigual.

Se sentó y cogió el libro *El loto y el robot*. Wolfe siempre coloca el libro que está leyendo en la esquina derecha de su escritorio, frente al jarro con orquídeas. Las orquídeas de aquel día eran de la variedad *Miltonia vexillaria* y él mismo las había colocado allí, cuando como de costumbre regresó a las 11, después de su visita al invernadero.

—Hmmmm —dijo—. Se trataba tan sólo de una conjetura.

—¿Acertada?

—Sí.

Abrió el libro y me ofreció el vasto panorama de su espalda. Si mi intención era estudiar conjeturas, tendría que inventarlas por mi cuenta. No esperábamos la visita hasta dentro de diez minutos y, según Wolfe, la mejor manera de hacer la digestión es leyendo un libro, porque así se ocupa la mente y se deja libre el estómago. No era, pues, de esperar que interrumpiese su lectura. Cuando un cuarto de hora más tarde sonó el timbre de la puerta de entrada, yo llevaba un buen rato inspeccionando mi máquina de escribir y estudiando la carta del señor Knapp. Salí a recibir a

la visitante, la anuncié pronunciando su nombre, y le indiqué que se sentase en el sillón de cuero rojo. Wolfe no abandonó el libro hasta que yo no me hube sentado ante mi escritorio. Tras haber colocado una marca en la página que estaba leyendo, dijo:

—¿Es usted una secretaria eficiente, señorita Utley?

La joven parpadeó un instante y sonrió. Si había llorado, al igual que su ama, hay que reconocer que el llanto no había dejado rastro. A simple vista, calculé que debía tener unos treinta años, pero tal vez fuese alguno más.

—Gano mi salario, señor Wolfe —le contestó:

Daba una cierta impresión de frialdad. Fríos eran sus ojos, fría su sonrisa y fría su voz. Con tales personas siempre existe la tentación de aplicar un poco de calor, para ver lo que pasa. Sin embargo, la frialdad de aquella mujer era tan diáfana que no dejaba lugar a dudas. Nada había que decir de su figura, ni de su forma de vestir. Su actitud era la de un mero espectador. Wolfe siguió hablando:

—Como usted sabe, la señora Vail le telefoneó desde aquí. Oí cómo le decía que no repitiera nada acerca de lo que ella habló ayer con el señor Knapp. Ahora bien, debe usted comprender que ella se halla bajo el influjo de una

emoción muy fuerte, pero, por el contrario, su opinión, más desapasionada, confío que sea más sensata. ¿No va a ser así?

—No, señor. —Contestó fríamente—. Tenga en cuenta que estoy a las órdenes de ella.

—En tal caso, no intentaré persuadirla. ¿Abre siempre el correo de la señora Vail?

—Sí.

—¿Sin excepción?

—Sí.

—¿Cuántas cartas llegaron ayer en el correo para la señora Vail?

—No las conté. Veinte, quizás.

—¿Abrió usted la carta que contenía

esa nota al principio o al final de su tarea?

Está comprobado que tal práctica es más vieja que el tiempo. Consiste en acorralar al interrogado a fuerza de preguntas nimias, acerca de una acción sin importancia, con el fin de comprobar si incurre en vacilaciones o confusión.

Dinah Utley sonrió.

—Generalmente empiezo la lectura por las cartas, dejando a un lado las circulares y demás correspondencias, para leerlas más tarde. Ayer fueron cuatro...; no, cinco, las cartas que abrí en un principio. El sobre que contenía esa nota fue el tercero que abrí.

—¿Se lo enseñó en seguida a la

señora Vail?

—Claro que sí. Se lo llevé a su habitación.

—¿Se hallaba usted presente cuando, en la noche del domingo, telefoneó a la finca para saber si se encontraba allí su esposo?

—No. Estaba en la casa, pero ya me había acostado.

—¿A qué hora tuvo lugar la llamada del señor Knapp?

—A las cuatro y ocho minutos. Pensé que podía ser un dato importante y tomé nota de la hora.

—¿Escuchó la conversación?

—Sí. La señora Vail me ordenó que la transcribiese y así lo hice.

—¿Sabe usted escribir taquígráficamente?

—Claro.

—¿Tiene título oficial?

—Sí.

—¿Escribe a máquina con dos dedos o con cuatro?

—Escribo con todos ellos —sonrió—. En serio, señor Wolfe, ¿no cree que todo esto resulta un poco tonto? ¿Contribuirá a que el señor Vail regrese con vida?

—No, pero puede ser útil a mis propósitos. Comprendo que desee regresar junto a la señora Vail, y que ella desee su pronto regreso, así que no voy a entretenerla por más tiempo. No le

haré preguntas acerca del vocabulario, ni de la dicción del señor Knapp; pues, aunque con ello consiguiera una pista interesante, sería demasiado tarde. No obstante, creo que nos permitirá que el señor Goodwin registre sus huellas dactilares, ¿no es así...? ¿Archie?

Aquello pareció alterarla un poco.

—¿*Mis* huellas dactilares? ¿Por qué?

—No servirán para conseguir que el señor Vail regrese con vida, pero pueden sernos de utilidad más adelante. Es probable que el señor Knapp, o alguno de sus cómplices, hayan dejado sus huellas en la carta. ¿Sabe si alguien ha tocado esa carta, además de usted y

la señora Vail?

—No, nadie más la tocó.

—Así, pues, aparte de usted y la señora Vail, y el señor Goodwin y yo, nadie la ha tenido en sus manos. Tomaremos también las huellas dactilares de la señora Vail, y aun cuando el señor Vail regrese sano y salvo, como espero, comprobaremos si en la carta hay alguna huella no identificada. ¿Tiene usted inconveniente en que registremos sus huellas dactilares?

—Claro que no. ¿Por qué había de tenerlo?

—¿Vamos, Archie?

Yo ya había abierto el cajón de mi

escritorio y había empezado a extraer mi equipo. Tinta, brocha y papel. Prefiero la brocha a la almohadilla impregnada de tinta. Conocía el motivo por el cual Wolfe quería que registrase las huellas de Dinah Utley. El rato que pasé estudiando el teclado de mi máquina de escribir, en tanto Wolfe leía, me había valido para llegar a determinadas suposiciones, que suponía eran idénticas a las suyas. No era, pues, necesario escribir el nombre de la joven en lo alto de la página, pero, sin embargo, lo hice.

Se acercó a mi escritorio y registré primero las huellas de su mano derecha. Sus manos eran firmes, suaves y bien cuidadas, los dedos largos y estilizados.

No llevaba sortijas. Luego registré las huellas de su mano izquierda. Cuando, después de haber registrado el pulgar, el índice y el dedo corazón, llegué al anular, le pregunté cómo al azar

—¿Qué es eso? ¿Se quemó?

—No, me lo pillé con un cajón.

—Y también el meñique. Descuide, tendré precaución.

—Ya está casi curado. Hace varios días que me ocurrió.

Sin embargo, obré con precaución; no valía la pena hacerla sufrir, puesto que para nada necesitábamos sus huellas dactilares. Mientras ella se limpiaba las manos con disolvente y un trapo, le preguntó a Wolfe:

—¿Cree usted, en realidad, que un secuestrador es lo bastante tonto como para dejar huellas dactilares en una carta?

—No —contestó Wolfe—, no le creo tan tonto, pero sí lo bastante descuidado. Otra cosa, señorita Utley: me interesa que se persuada usted de que mi interés primordial consiste en salvar al señor Vail. Con este fin he hecho cuanto he podido. Archie, haga el favor de enseñar a la señorita Utley la copia del anuncio que hemos publicado.

Lo saqué de un cajón de mi escritorio y se lo tendí. Wolfe esperó a que ella lo hubiera leído detenidamente para decir

—Este anuncio aparecerá ostensiblemente en la *Gazette* y también en varios periódicos más, incluyendo la Prensa matinal. Si el secuestrador lo lee, espero que surtirá su efecto. Ha de ser así si sabe quién soy. Me habré comprometido públicamente y ello ha de convencerle de que, si mata al señor Vail, estará abocado a lo inevitable. Un mes, un año o diez, no me importa cuánto tiempo emplee en ello. Daré con él. Es una lástima que usted o yo no tengamos ninguna manera de hacerle saber esto.

—Sí, es una pena —dijo fríamente la joven, me tendió la copia del anuncio, y prosiguió—: Con todo, también puede

ocurrir que él no tenga de usted la alta opinión que usted tiene de sí mismo.

Y se levantó, dando unos pasos en dirección a la puerta, desde donde se volvió y dijo:

—Incluso es muy posible que juzgue que la Policía es más peligrosa que usted.

Dicho esto, cruzó el umbral. La acompañé a través del vestíbulo, abrí la puerta principal y la dejé pasar. Si hubiera esperado que me diera las gracias o que se despidiera, habría esperado en vano.

Cuando regresé al despacho, me coloqué ante el escritorio de Wolfe y le dije:

—Fue ella quien escribió esa nota a máquina.

Wolfe asintió mudamente.

—Por supuesto que yo no...

—Perdone que le interrumpa, pero deseo hacer el enunciado yo mismo. Cuando usted miró esa nota, observó lo mismo que yo: que la persona que la había mecanografiado pulsaba el teclado de forma muy desigual. Luego, mientras yo telefoneaba, se dirigió con la carta a mi máquina de escribir y estuvo estudiando el teclado. Observó entonces que todas las letras más levemente marcadas correspondían a la mano izquierda y no al espacio central, sino al extremo. W, E, A, S y D. Así pudo usted

llegar a la conclusión de que la persona que escribió la carta empleaba al escribir todos los dedos y que por uno y otro motivo...

—Probablemente, al pulsar...

—Permítame, soy yo quien hago el resumen. El hecho de que las letras correspondientes al anular y meñique de la mano izquierda estuvieran levemente marcadas, hacía suponer que existía una causa que impedía que se las pulsase con la misma fuerza que había pulsado las demás. De acuerdo, llegué a la misma conclusión que usted, después de comer. Ya se debió usted dar cuenta de que a mi vez comparaba la carta con el teclado de la máquina.

—No reparé en usted; estaba enfrascado en la lectura.

—Permítame que no lo crea. A usted nunca se le pasa nada por alto, aunque a veces lo finja. Se dio usted perfecta cuenta. Luego llegó la joven y entonces debo reconocer que se adelantó usted a mí. Mi vista es tan buena como la de usted y yo estaba más cerca de ella y, sin embargo, no fui capaz de notar que los dos dedos de esa chica estaban algo hinchados y que la piel ofrecía un aspecto más pálido. Como es natural, en cuanto usted me ordenó que tomara las huellas dactilares, me di cuenta de ello en seguida y, como verá, la prueba de ello está en que conseguí enterarme de

cómo y cuándo se había lastimado los dedos. ¿Tiene algo que objetar?

—No. Pero todo eso es una conjetura y no una conclusión.

—Una conjetura que se parece mucho a una conclusión. Por el hilo se saca el ovillo. No me negará que es mucha coincidencia el que esa joven mecanógrafa, que reside en la misma casa en que se recibe un anónimo, se lastime dos dedos de una mano lo bastante ligeramente para no privarla de escribir, obligándola, sin embargo, a pulsar las teclas con precaución y que luego..., ¡vamos! Lo dicho; por el hilo se saca el ovillo. En vista de ello, le ha dado usted a leer el anuncio, para que dé

cuenta de él al señor Knapp. ¿Por qué la ha dejado marchar?

Wolfe movió la cabeza.

—La alternativa es obvia. Contéstese a sí mismo. ¿Cree que hubiera hablado?

—No. Es una mujer muy serena.

—En caso de que el señor Vail esté ya muerto, cosa muy posible, hubiera sido una tontería el darle a entender que sabemos esto. Y, en caso de que el señor Vail se halle aún con vida, también. Podíamos haberla conservado como rehén, para entregarla a cambio del señor Vail. El golpe no hubiera estado mal, pero ¿cómo dar con el señor Knapp? Es demasiado tarde para

publicar otro aviso en los periódicos. Ante todo ello, ¿tiene algo que sugerir?

—Sí. Podría ir a casa de la señora Vail con cualquier pretexto; una vez allí, no me sería muy difícil conseguir escribir algo con la máquina de la señorita Utley. Como es natural, hay que admitir la posibilidad de que ella escribiera la nota con otra máquina y, si obtuviera algo mecanografiado con esa máquina, podríamos salir de la duda.

Wolfe denegó con la cabeza.

—No. Es usted inteligente, e incluso astuto, pero reconozca que un paso semejante pondría en guardia a la señorita Dinah Utley. Además, y para repetir la pregunta que ella hizo,

¿servirá esto, acaso, para devolver con vida al señor Vail? No.

Tras estas palabras, lanzó una ojeada a su reloj. Dentro de diez minutos, Wolfe debía dirigirse a la planta baja, para su sesión de tarde, de cuatro a seis. Pero aún disponía del tiempo suficiente para leer un par de páginas más. Así es que cogió el libro y lo abrió tranquilamente.

CAPÍTULO III

Tal vez haya dado una descripción no muy precisa acerca de Jimmy Vail y, en tal caso, habré de ser más concreto.

Edad, treinta y cuatro años. 177 centímetros de altura. Peso, sesenta kilogramos. Cabello ondulado, casi negro y un rostro agradable, de ancha boca. Había tenido ocasión de verle en tantas oportunidades como había visto a su mujer, puesto que solían estar siempre juntos. En 1956 había dado una charla de treinta minutos de duración, en el «Glory Hole» del pueblo, opinando y

metiéndose con todo el mundo. Althea Tedder, viuda de Harold E Tedder, se hallaba allí y así le conoció. En 1957 ella se casó con él o a la inversa. Dependía de quién hablase primero de ello.

No dudo de que cualquier mujer que se case con un hombre doce años más joven que ella, tropezará invariablemente con el hecho de que sus amigas o enemigas comenten que el tal marido hace de las suyas, aun cuando los hechos no siempre coincidan con semejantes comentarios. Es posible que en el caso que nos ocupa todo se limitara a meras habladorías. Hay que reconocer que las mujeres en general,

jóvenes o no, gustaban de Jimmy Vail y de su compañía y que éste bien podía haber engañado a su madura esposa siete veces por semana, pero yo jamás tuve ocasión de comprobarlo. Casi me atrevería a decir que había que prescindir de esos malevolentes comentarios y considerarlo como un esposo modelo. Cuando vi llegar a Althea Vail al despacho de Wolfe, supuse en un principio que ella venía a encargarle de la vigilancia de su esposo, inquieta, tal vez, por las malintencionadas indirectas de sus amistades.

También ella había dado una charla, hacía veinticinco años —Althea Vail, en

su papel de lechera de *Meadow Lark*— y, de resultas de ello, se había casado. Fue con un hombre bastante mayor que ella y mucho más rico. Tuvieron dos hijos, un varón y una hembra. Yo había tenido ocasión de verlos un par de veces en el «Flamingo». Tedder falleció en 1954, y Althea había esperado un tiempo prudencial para reemplazarle.

Ni Jimmy ni Althea habían hecho nada digno de mención en los años que duraba ya su matrimonio. Aparecían a veces en letras de molde, pero era porque se esperaba de un momento a otro que dieran una campanada. Ella había abandonado Broadway, en pleno éxito profesional, para casarse con un

hombre maduro, rico y de nombre conocido; y él, por su parte, también había abandonado *sus* actividades para casarse con una mujer madura y rica. Ante semejante pareja, viviendo en una mansión y administrando la fortuna Tedder, todo hacía presumir que algo sucedería tarde o temprano. Eso era, al menos, lo que se suponía.

Ahora acababa de ocurrir *algo*. Algo sensacional había ocurrido dos días antes y, sin embargo, la Prensa no aludía a ello en absoluto. Nada en el anuncio que publicara Nero Wolfe se prestaba a que la gente lo relacionara con los Vail. En caso de haberlo leído Helen Blount, la amiga de Althea Vail, bien pudo

relacionarlo con el asunto, pero no podía tener la seguridad de no equivocarse.

Tuve la oportunidad de leer el anuncio poco después de que Wolfe se marchase a la planta baja. No queriendo esperar a las cinco y media, que es la hora en que aparece la *Gazette*, me fui paseando hasta el 34 de la Octava Avenida, que es donde está la central. El anuncio estaba en la página cinco y, a juzgar por su aspecto, nadie que se llamase Knapp podía dejar de leerlo. Bueno, ya sabemos que el nombre era figurado.

Aquella noche tenía yo que reunirme con un amigo, para cenar juntos e ir a un

espectáculo. Era una suerte que así fuera. El trabajo de un detective, aun cuando se trate de un detective que trabaje a las órdenes de Nero Wolfe, resulta a veces rutinario y monótono, por lo que la idea de tener que prestar escolta a una mujer que se dirige a entregar un montón de dólares a un secuestrador me resultaba especialmente atrayente. No sólo por el hecho en sí, sino porque se prestaba a una serie de posibilidades. Sin embargo, el caso pertenecía a Wolfe, y yo no tenía derecho a tomar iniciativas sin su consentimiento. Proponérselo hubiera sido pérdida de tiempo y de saliva. Me hubiera dicho ¡pfui! y se hubiera puesto

a leer su libro, sin más comentarios. En vista de ello, a las seis subí a mi habitación, me cambié de ropa y me dirigí al encuentro de mi amigo. Durante toda la velada, estuve recordando a nuestra cliente y, cuando regresé a casa alrededor de la una, tuve que hacer un esfuerzo para no telefonar.

Me despertó el timbre del teléfono. Es la forma más desagradable de despertar que conozco. Me reincorporé, abrí los ojos con esfuerzo y, a la tenue luz que se filtraba a través de las cortinas, vi que el reloj marcaba las 7,52. Cogí el auricular y lo acerqué a mi oído.

—Aquí la residencia de Nero Wolfe.

Archie Goodwin al habla.

—¿El señor Goodwin?

—Eso he dicho.

—Soy Althea Vail. Deseo hablar con el señor Wolfe.

—Imposible, señora Vail. No se le puede molestar hasta después del desayuno. Si se trata de algo urgente, dígamelo a mí. Acaso...

—¡Mi marido ha regresado! ¡Sano y salvo!

—Magnífico. ¿Se encuentra con usted?

—No, está en nuestra casa de campo. Me ha telefoneado, hace diez minutos. Va a bañarse y cambiarse de ropa. Después de desayunar vendrá

aquí. Está bien, perfectamente bien. Me dijo que prometió a esa gente no decir nada hasta dentro de cuarenta y ocho horas y yo tampoco voy a decir nada hasta entonces. No le dije que fui a entrevistarme con Nero Wolfe. Se lo diré cuando llegue. Como es natural, no deseo que el señor Wolfe, ni usted, hablen de este asunto con nadie. Por eso les telefono. ¿Hará el favor de decírselo a él?

—Sí. Será un placer. ¿Está segura de que era su esposo quien le ha hablado por teléfono?

—¡Claro que lo estoy!

—Muy bien. Haga el favor de avisarnos cuando llegue su marido.

Me prometió que lo haría y colgó. En aquel momento, se conectó la radio: «...dispone de oficinas en Nueva York, una de ellas...» La desconecté. Generalmente, cuando me acuesto después de medianoche, pongo el dispositivo de forma para que emita el boletín de noticias WOXR de las ocho de la mañana, pero, en aquellos momentos, yo ya había escuchado las noticias que me interesaban. Me sentía alegre y optimista y dije en voz alta:

—Al diablo todo lo que pueda contar Jimmy Vail. El señor Knapp *tiene* que haber leído el anuncio.

Bostecé y consideré lo molesto que resulta el tener que levantarse. Como no

tenía prisa, me tomé las cosas con calma. A las ocho y media bajé los dos pisos que me separaban de la planta baja, entré en la cocina, saludé a Fritz y me bebí mi zumo de naranja. Mi estómago me lo agradeció. Había estado a punto de entrar en la habitación de Wolfe, pero había desistido de mi propósito. Seguramente estaría desayunando, puesto que Fritz le lleva la bandeja a las ocho y cincuenta minutos.

—No hay especias en los embutidos; lo contrario sería un insulto —dijo Fritz—. Son los mejores que nos ha enviado el señor Howie.

—En tal caso, doble el pedido —aconsejé, terminando mi jugo de naranja

— Ya que me ha dado usted una buena noticia, voy a darle yo otra. La mujer que vino ayer a mediodía nos encomendó un trabajo. El trabajo ha sido llevado a término con éxito. Asunto terminado y bien cobrado. Lo bastante como para pagar el sueldo de usted y el mío durante muchos meses.

—*Fort bien* —contestó Fritz, batiendo mantequilla en un recipiente—, ¿Lo hizo usted anoche?

—No. Lo hizo Wolfe sin moverse de su despacho.

—¿Sí? Pero él no puede hacer nada sin que usted *pique*.

—¿Cómo se escribe eso?

Deletreó la palabra.

—La aprenderé.

Dejé el vaso vacío sobre la mesa y me dirigí a la repisa que hay junto a la pared. Allí estaba mi ejemplar del *Times*. Lo cogí y me senté para ojearlo, en tanto daba cuenta de la parte más sustanciosa de mi desayuno. A las 8,57, después de haber comido mi segundo bocadillo de salchichón, cogí el auricular del aparato telefónico interior y llamé a la habitación de Wolfe.

—¿Sí? —gruñó.

—Buenos días. La señora Vail telefoneó hace una hora. Acababa de hablar con su marido; según parece, se encuentra en la casa de campo y regresará junto a ella en cuanto se haya

cambiado de ropa. Prometió a alguien, probablemente el señor Knapp, que no diría palabra de lo ocurrido a nadie en el plazo de cuarenta y ocho horas. La señora Vail desea que también nosotros nos abstengamos de divulgar la menor noticia.

—Me satisface.

—También a mí. Y creo que me resultará un paseo dirigirme al Banco para cobrar sus cheques y, como la *Gazette* se encuentra a un par de manzanas de allí, podría pasar a la vez para visitar a Lon Cohen. La bomba no tardará en estallar y valdría la pena informar del asunto a Lon. Le diré que no diga ni palabra hasta el momento

indicado. Sabrá guardar el secreto y nos lo agradecerá profundamente.

—No.

—¿Quiere usted decir que no le cree capaz de guardar silencio?

—No se trata de eso. Ha demostrado que se puede confiar en él. Pero ni usted ni yo hemos visto aún al señor Vail. Es inútil molestar a Lon Cohen. Tal vez dentro de unas horas.

Colgó. Iba a llegar con un retraso de dos minutos al piso superior... Cuando Fritz me trajo el tercer bocadillo, le dije:

—Por menos de una perra gorda, subiría a cantarle las cuarenta.

Me dio unas palmadas en la espalda:

—Mire, Archie, si conviene, ocurrirá y, si no conviene, no ocurrirá.

—Supongo que es una manera de darme ánimo —contesté, untando una tostada con mantequilla—. No está mal. Pensaré en ello.

Durante las dos horas siguientes, terminé de desayunar, leí el *Times* (nuestro anuncio estaba en la página veintiséis), abrí la correspondencia, quité el polvo a los escritorios, cambié el agua de las orquídeas y realicé todas las ocupaciones diarias, sin dejar de dar vueltas en mi mente a aquel asunto. Me parecía completamente absurdo el que fuéramos contratados para intervenir en el secuestro de Jimmy Vail y que nuestra

única relación con ello se limitase a insertar un anuncio en los periódicos y a cobrar un cheque. Pero, ¿qué otra cosa se podía hacer? Hay ocasiones en que actúo por mi cuenta, prescindiendo de las órdenes de Wolfe, pero, teniendo presente que Jimmy Vail había regresado sano y salvo, no había nada que hacer. En cuanto la bomba estallase, iba a correr detrás del señor Knapp todo un ejército de policías y especialistas del FBI, dando probablemente con él, tarde o temprano. En realidad, no nos faltaba más que un pequeño detalle: ver personalmente con vida a Jimmy Vail. En cuanto la señora Vail nos telefonease, para decir que había llegado su marido,

iría a preguntarle si el señor Knapp le había enseñado el anuncio publicado en la *Gazette*.

Pero nada de esto fue necesario. A las 11,25 sonó el timbre. Wolfe acababa de llegar del invernadero; había colocado un ejemplar de *Oncidium marshallianum* en el jarro, arrancado la hoja del calendario correspondiente al día de ayer, y ojeado la correspondencia. En aquel momento, estaba dictándome una carta para un coleccionista de orquídeas, de Guatemala. Detesta que le interrumpen cuando está ocupado en cosas verdaderamente importantes, por lo que, como Fritz estaba en el último piso, fui

yo mismo a contestar a la llamada.

—Jimmy Vail en carne y hueso —le dije a Wolfe, antes de abrir la puerta.

Y, en efecto, en cuanto la hube abierto, Jimmy Vail cruzó el umbral y dijo:

—¿Me conoce usted? Yo sí le conozco. Por cierto, baila usted muy bien.

Contesté que también él era un buen bailarín, lo cual era verdad.

I ras haber colgado su abrigo en la percha, le acompañé al despacho de Wolfe. Cruzó la habitación con paso decidido y se plantó ante el escritorio de Wolfe.

—Ya sé que no acostumbra usted

estrechar la mano de sus visitantes. En cierta ocasión, estuve a punto de pegarme con un tipo porque dijo que usted era un pedante. Soy Jimmy Vail. ¿Puedo sentarme? De preferencia me sentaría en el sillón de cuero rojo. ¡Ah, aquí está! —y se sentó, apoyando los codos en los brazos del sillón y cruzando las piernas—. Tenga la bondad de perdonarme en caso de que eructe. Durante dos días y tres noches no he comido otra cosa que judías en conserva, frías; las preferí a los huevos con jamón. Mi mujer me explicó cómo le había contratado a usted. Jamás gastó tanto por tan poco. Huelga decir que nunca me ha gustado que me consideren

como propiedad de mi esposa, ¿a quién iba a gustarle?, pero me temo que se encuentra usted en el mismo caso. Bien, he visto ese anuncio, cuando ella me lo ha enseñado, e ignoro si esos tipos lo han leído

o no. ¿Tiene eso alguna importancia?

Viéndole, y escuchándole hablar, nadie hubiera podido sospechar que acababa de pasar sesenta horas en poder de unos secuestradores, subsistiendo gracias a judías frías, y con la posibilidad, además, de no seguir subsistiendo con o sin judías. Bien es verdad que se había bañado, cambiado de ropa y que había desayunado; además, nunca había oído decir que

fuera pusilánime. Su rostro tenía una palidez cadavérica, pero esto era habitual en él, y su aspecto era cuidado y pulcro, como de costumbre. Sus ojos brillaban con limpidez.

—Nos convendría saberlo —contestó Wolfe—, pero no es de capital importancia. ¿Ha venido exclusivamente para decirme que no sabe usted eso?

—No, verdaderamente. —Vail apoyó una de sus manos contra la sien derecha, con elegante gesto; era uno de los detalles que le hicieron famoso durante su corta carrera en el «Glory Hole»—. Si he venido a hablar de ello, es porque este asunto puede seguir siendo peligroso para mi mujer y para

mí. Si alguno de ellos ha tenido ocasión de leer el anuncio, sabrá que Althea ha venido a consultarle y quizá redunde en perjuicio nuestro. Por eso vine aquí, sin pérdida alguna de tiempo. Me ordenaron que mantuviese la boca cerrada durante cuarenta y ocho horas, es decir, hasta el viernes por la mañana y que mi mujer hiciera lo propio, si no queríamos lamentarlo. Tengo la seguridad de que hablaban en serio. En vista de ello, tanto mi mujer como yo, pensamos callar, pero ¿y usted? Hemos pensado que sería conveniente que publicase otro anuncio en los periódicos, indicando al señor Knapp que, habiendo sido recuperada la mercancía, da por concluido el asunto,

en lo que a usted se refiere. Que se desentiende usted de él. ¿Qué le parece?

Wolfe meneó la cabeza, sin apartar sus ojos de él.

—Está usted haciendo un juicio temerario, Vail. No hay motivo para que suponga que yo voy a permanecer en silencio, igual que usted. Le dije a su mujer que las circunstancias obligan en determinados casos a callar ciertos hechos. Una de estas circunstancias es que peligre una vida, pero ya no es el caso. Acabo de verle a usted sano y salvo, por lo que no hay ya motivo para que no dé parte a la autoridad. Mi licencia de detective privado me obliga a deberes que no son los de un

ciudadano ordinario. No deseo disgustar a su mujer o a usted...

Sonó el teléfono y acudí a contestar.

—Oficina de Nero Wolfe. Archie Good...

—Soy Althea Vail. ¿Se encuentra ahí mi marido?

—Sí, él...

—Quiero hablar con él.

Al parecer, se trataba de algo urgente. Procedí como si no sintiese la menor curiosidad. No me cabía la menor duda de que iba a producirse un choque entre Wolfe y Jimmy Vail y, si el tema de la conversación telefónica entre marido y mujer iba a ser el que yo me suponía, no deseaba enterarme de segunda mano.

En vista de ello, tendí el auricular a Vail y me dirigí a la cocina, para escuchar a través del teléfono supletorio. Cuando acerqué el auricular a mi oído, la señora Vail decía lo siguiente:

«—...terrible ha ocurrido. Acaba de telefonar un hombre, desde White Plains; ha dicho que era el capitán Saunders, de la Policía Estatal, y que acaban de encontrar el cadáver de una mujer que suponen se trata de Dinah Utley. Me ha rogado que vaya yo misma a identificar el cadáver o que envíe a alguien en mi lugar. ¿Es posible, Jimmy, que se trate de Dinah? ¿Cómo es posible que sea Dinah?

Jimmy: No lo sé. Tal vez lo sepa

Archie Goodwin, que está escuchando a través de un supletorio. ¿Te dijeron cómo la asesinaron?

Althea: No. El...

Jimmy: ¿Dónde encontraron el cadáver?

Althea: No lo dijo. El...

Jimmy: ¿Por qué suponen que se trata de Dinah Utley?

Althea: A causa del contenido de su bolso y por el coche. El coche de ella estaba allí. Yo creo..., no quiero..., ¿puedo enviar a Emil?

Jimmy: ¿Por qué no? ¿Qué opina, Goodwin? Emil es el chófer. Puede identificar perfectamente a Dinah Utley. ¿O cree usted preciso que vaya mi mujer

o yo mismo?

No valía la pena hacer ver que no estaba allí.

—No —dije—, para la identificación, no es preciso que vaya uno de ustedes, pero si se trata verdaderamente de Dinah Utley, es probable que deseen hacer a ambos algunas preguntas, para averiguar detalles acerca de la forma en que murió. Sin embargo, estas preguntas se las pueden hacer a domicilio. En cuanto a la identificación, yo mismo puedo hacerla. Sugiérselo al señor Wolfe.

Althea: ¡Sí! ¡Hazlo, Jimmy!

Jimmy: Bueno..., quizás. ¿Dijeron que había que ir a White Plains?

—Sé dónde hay que ir —dije.

Althea: Debe ser Dinah. Anoche no regresó y ahora... ¡es terrible!

Jimmy: Tranquilízate, Al. Dentro de un momento estoy ahí. Tranquilízate y...

Abandoné el teléfono y me dirigí a la oficina. Vail colgaba el auricular en aquel momento.

—Como es natural —dije—, debía saber lo que la cliente del señor Wolfe decía por su teléfono y, como es natural también, usted ha sospechado que yo escucharía. Un policía estatal ha llamado a la señora Vail —dije volviéndome a Wolfe—. Han encontrado un cadáver en White Plains. No han dicho en qué lugar. Por los objetos

encontrados en el bolso y el coche, suponen que se trata de Dinah Utley. Algo habrán encontrado que les ha hecho conectar a la muchacha con la señora Vail; tal vez la dirección. Han ordenado a la señora Vail que se presente allí para identificar el cadáver. Ni ella ni su esposo desean ir. [>es he indicado que pueden pedirle que me envíe.

Wolfe no apartaba su vista de Vail, pero se dirigió a mí.

—¿Falleció de muerte violenta?

—La señora Vail lo ignora. Le he dicho cuanto sabe ella.

—Miren —dijo Vail—, todo esto es algo endemoniado. —Estaba junto a mi

escritorio—. ¡Cielos, hay para perder la cabeza! Creo que será mejor que vaya yo mismo.

—Si se trata de la señorita Utley —dijo Wolfe—, le preguntarán dónde estuvo usted la pasada noche. Es pura rutina.

—No estoy dispuesto a decir a nadie dónde estuve. Ni siquiera a ustedes. No hablaré hasta el viernes por la mañana.

—En tal caso, le considerarán sospechoso. Usted y su mujer deben ponerse de acuerdo, sin pérdida de tiempo. Si el señor Goodwin identifica el cadáver, y se trata de Dinah Utley, le preguntarán qué relación tenía con ella y dónde la había visto. ¿Sabe usted que la

joven estuvo aquí, ayer?

—Sí, mi mujer me lo dijo, pero, ¡por Dios, no irá a decirles el motivo por el cual estuvo aquí!

Wolfe se reclinó en su sillón y cerró los ojos. Vail se dispuso a decir algo, pero comprendió que no le iba a escuchar y desistió. Se dirigió al sillón de cuero rojo y se sentó; y luego volvió a levantarse, dirigiéndose hacia la puerta. A medio camino, se detuvo y regresó, plantándose ante el escritorio de Wolfe. Permaneció mirándole en silencio.

Wolfe abrió los ojos y dijo:

—Archie, ve a buscar a la señora Vail.

—Estoy yo aquí —dijo Vail—. Puede usted hablar conmigo.

—Usted no es mi cliente, señor Vail. Es su mujer quien lo es.

Marqué el número de teléfono, que ya se había quedado grabado en mi memoria desde el jueves por la noche. Una voz femenina respondió a la llamada:

—Aquí, la residencia de la señora Vail.

Dije que el señor Nero Wolfe deseaba hablar con la señora Vail; cuando escuché la voz de nuestra cliente, hice un signo a Wolfe para que descolgase su propio receptor. Yo permanecí con el mío en la mano, pero

tuve que luchar por conservarlo, ya que Jimmy Vail se abalanzó sobre mí, pretendiendo arrebatármelo. A pesar de todo, no pudo apartar el auricular de mi oído, por lo que me dijo algo que no entendí al estar pendiente de la conversación de Wolfe.

—Buenos días, señora. Ha sido para mí un placer el ver a su esposo. La llamada telefónica que le ha sido hecha, desde White Plains, plantea un nuevo problema. Tengo entendido que no desea ir personalmente a identificar el supuesto cadáver de la señorita Utley, ¿no es así?

—Sí. Archie Goodwin dijo que iría él.

Wolfe gruñó.

—El señor Goodwin siempre quiere ir. Es... muy impulsivo. Si verdaderamente se trata de la señorita Utley, le preguntarán cuándo la vio por última vez y, si dice que la vio ayer en mi despacho, le pedirán explicaciones adicionales. Si las da, habrá de confesar que ayer, cuando la señorita Utley abandonó nuestro despacho, él y yo llegamos a la conclusión de que ella estaba envuelta en el asunto del rapto del señor Vail y...

—¿Dinah? ¿Que ella tenía algo que ver con el rapto? ¡Eso es ridículo! ¿Qué les hizo sospechar cosa semejante?

—Prefiero reservarme el motivo. Se

lo diré más tarde..., o no se lo diré. Como le iba diciendo, querrán un informe completo acerca del secuestro del señor Vail y no se limitarán a hacernos preguntas a mí y al señor Goodwin; se las harán también a usted y su marido y no estarán dispuestos a esperar el viernes. Ése es el pro...

—Pero ¿por qué sospechan de Dinah?

—Eso es otra cuestión. Pero en lo que ahora nos concierne le ofrezco una solución. Me dio usted cheques por valor de sesenta mil dólares. Le dije que le devolvería parte de ese dinero, en caso de que su marido regresase sano y salvo sin que en ello hubiera influido el

anuncio que publiqué en los periódicos. Huelga decir que me quedaría con ese dinero, con muchísimo gusto, pero en conciencia debo ganarlo. Sugiero, pues, que el señor Goodwin se presente en White Plains e identifique ese cadáver. Si en realidad se trata de la señorita Utley, declarará que tuvo ocasión de verla ayer en mi despacho, donde fue a consultarme acerca de un asunto privado. Se negará a dar más explicaciones, alegando que es empleado mío y que no puede hacer declaración alguna sin mi autorización. Por mi parte, me comprometo a no hacer declaraciones hasta las once de la mañana del viernes, siempre y cuando

usted no me autorice a hacerlas. Todo esto me traerá una serie de complicaciones y molestias, e incluso me expone a serios disgustos; por lo tanto, en caso de que usted acepte mi proposición, no me consideraré obligado a devolverle su dinero. Quedaremos en paz. Además, debo advertirle de que, en caso que no acepte mi oferta, me veo imposibilitado para seguir guardando en secreto un crimen capital, como es el secuestro. Tendré que dar parte inmediatamente a las autoridades.

—Eso es una trampa; una coacción.

—¡Pfui! He ofrecido correr un riesgo muy grande, por una suma

insignificante. Retiro mi oferta. Hoy mismo recibirá usted su cheque. Con esto hemos ter...

—¡No! No cuelgue, por favor. Espere un par de minutos. Deseo hablar con mi marido.

—De acuerdo —Wolfe miró a su alrededor y luego se dirigió a mí—. ¿Dónde está?

Cubrí el receptor con la mano.

—Se largó. En cuanto le oyó a usted decir que sospechaba que Dinah estaba complicada en el asunto, se fue. Oí cómo se cerraba la puerta de entrada.

—Pues yo no lo oí —habló de nuevo por teléfono—. Su marido se ha marchado, señora Vail. Probablemente

ha ido a reunirse con usted. Así, pues, le envío su cheque...

—¡No!—hubo un corto silencio—. De acuerdo, envíe a Archie Goodwin a White Plains.

—¿Está conforme con las condiciones que propuse?

—Sí. Pero quiero saber el motivo que le hizo suponer que Dinah estaba relacionada con el secuestro de Jimmy. Es increíble.

—No dudo que a usted se lo parezca. En realidad, fue una mera conjetura, tal vez equivocada. Se lo explicaré en cualquier otro momento. Ahora debo enviar al señor Goodwin a White Plains. Discúlpeme.

Colgó. Y yo también. Crucé después el vestíbulo, abrí la puerta de la habitación de enfrente y miré en el interior, regresé al despacho de Wolfe y le dije:

—Se ha ido. No es que yo crea al marido de su cliente capaz de cualquier chanchullo, pero, distraídamente, bien pudo cerrar la puerta quedándose dentro. ¿Qué debo hacer?

—No hace falta que se lo diga. Ya oyó lo que hablamos con la señora Vail.

—Sí, conforme. Lo peor que puede pasar es que me den un buen golpe, pero, ¡qué diablo!, para eso le pagan a usted. Aun así, ¿es que acaso nos importa a nosotros lo que le ocurrió a

esa chica, cómo y cuándo?

—No. No nos concierne en absoluto.

Me dirigí al vestíbulo, pero, antes de llegar, dije:

—Quiero que sepa usted una cosa. Sabe usted a la perfección que todo esto nos concierne, que va a tener que encargarse del asunto y que le conviene que yo haga acopio de detalles ahora, cuando las cosas están aún calientes. Pero ¿convendrá en ello? No. ¿Por qué? Porque piensa usted que yo soy tan... hm... enérgico, que haré acopio de todos los detalles aun y cuando usted no me lo ordene, y que los tendré a punto en el momento en que usted los necesite. Pero, por una vez, no lo haré. Si alguien

desea confesarme algo, diré que no es cosa que me concierna.

Fui a la percha y descolgué mi abrigo. Bajé los siete peldaños que conducen a la acera y caminé por la Décima Avenida, hasta el garaje de la esquina. Allí estaba el «Heron» 1961, sedán del que es dueño Wolfe y del que yo soy su único conductor.

CAPÍTULO IV

A las once y cuarto, Clark Hobart, fiscal del distrito del Condado de Westchester, clavó en mí sus ojos y dijo:

—Se le ve el plumero, Goodwin. Sabe usted muy bien a qué ha venido.

Estábamos en su despacho del Palacio de Justicia; una gran sala, con cuatro balcones. Estaba sentado ante su escritorio y su aspecto era el del electo servidor del pueblo. Su mandíbula resultaba enérgica, su mirada aguda y sus orejas grandes y separadas de la cabeza. Mi silla se encontraba al

extremo del escritorio. En las dos sillas, frente a mí, se sentaban el capitán Saunders, de la Policía Estatal, y otro hombre con quien ya había tenido ocasión de tratar en diferentes ocasiones, Ben Dykes, jefe de los detectives del Condado. Dykes había engordado algo en los dos años últimos que no había tenido oportunidad de verle. Lo que antes fueron unas mejillas redondas se habían convertido ahora en mofletes y, cuando se sentaba, su redonda barriga sobrepasaba el cinturón. Pero la verdad es que seguía siendo un policía listo y eficiente.

Vi que los ojos de Hobart me miraban con penetración, pero sin

beligerancia.

—Quiero tener la certeza —dije— de que está usted bien enterado de todo. Ya sé que le informaron antes de que yo entrase aquí y no dudo que le habrán presentado los hechos con exactitud; sé que Ben Dykes es incapaz de hacer lo contrario. Pero hay que evitar cualquier malentendido. Miré el cadáver y lo identifiqué. Era Dinah Utley. El capitán Saunders me preguntó si la conocía mucho y le contesté que tan sólo la había visto en una ocasión: ayer por la tarde, en la oficina de Nero Wolfe. Me preguntó qué había ido a hacer la señorita Utley a la oficina de Nero Wolfe y le contesté que la señorita Utley

fue allí por orden de la señora Vail y porque Wolfe así lo deseaba. Quería hacerle unas preguntas relativas a un asunto confidencial que la señora Vail había ido a exponerle. Me preguntó en qué consistía ese asunto confidencia] y yo...

—Usted se negó a contestar.

Asentí.

—Mi negativa no le gustó. Yo le dije que estaba trabajando a las órdenes del señor Wolfe y que, si tenía la amabilidad de decirme dónde, cómo y cuándo fue encontrado el cadáver de la señorita Utley, yo iría en busca de Wolfe y él decidiría si aquel crimen estaba relacionado con el asunto que la señora

Vail fue a consultar. Aún no había terminado de hablar, cuando el capitán Saunders dijo que había oído decir que yo era muy listo y que iba a llevarme a un sitio en que iba a poder demostrar hasta qué extremo lo era. No cabe duda de que es hombre emprendedor, Ben Dykes, que es sólo un poli, y no un héroe, insistió en traerme aquí. Si se decide usted a confiarme al cuidado del capitán Saunders me hará un favor. He pensado en ir a consultar a un psiquiatra, para averiguar hasta qué extremo soy listo y así me evitaré la molestia.

—Para mí iba a ser un placer —dijo Saunders.

Hablaba sin mover apenas los

labios. Alguien debió decirle que aquel modo de hablar le confería un aspecto amenazador y lo había ensayado ante el espejo.

—Se quedará usted aquí —dijo Hobart—. Soy el encargado de defender la Ley en este condado. Ha sido cometido un *crimen*. Dinah Utley ha sido asesinada y da la casualidad de que usted la vio unas horas antes. Incluso es probable que fuera usted el último en verla con vida. El capitán Saunders estaba en su derecho al preguntarle detalles acerca de su entrevista con ella. Ahora soy yo quien se los pregunta.

Negué con la cabeza.

—El capitán Saunders no me hizo

preguntas; casi me acusó. En cuanto al crimen, ¿cómo y cuándo sucedió? Si un automóvil pasó por encima de...

—¿Cómo sabe usted que un coche pasó por encima de ella? —me interrogó Saunders.

Hice caso omiso a la pregunta.

—Si un coche pasó por encima de su cuerpo esta mañana, aquí en Main Street, y la gente vio que el conductor tenía un tic en el ojo izquierdo, tengo la certeza de que el señor Wolfe considerará que la conversación que mantuvo con ella ayer está relacionada con todo ello. Después de haber visto el cadáver, he llegado a la conclusión de que un automóvil pasó varias veces

sobre él, a no ser que el cuerpo de la joven fuese golpeado repetidas veces con una llave maestra. También existen otras posibilidades —hice un gesto de fastidio—. ¡Al diablo, señor Hobart, de sobra sabe que Wolfe conoce las leyes!

—Y también sé cómo las elude, cosa que también conoce usted. Dinah Utley no murió aquí, en Main Street. Su cadáver fue encontrado a las diez de la mañana, por dos chicos que hicieron novillos. Estaba en una zanja, junto a la carretera, donde...

—¿Qué carretera?

—Iron Mine. Se llama así, porque probablemente conducía antiguamente a una mina de hierro; en la actualidad, no

conduce a ninguna parte. Es estrecha y árida y termina a unas dos millas de la carretera Mil veintitrés. El cadáver...

Saunders carraspeó sin separar los labios y seguí ignorándole.

—¿En qué lugar termina la carretera Mil veintitrés?

—A unas dos millas, converge con la carretera Mil veinticinco —contestó Hobart—. Al sur de Ridgefield; no lejos de la frontera del Estado. El cadáver fue arrastrado hasta la zanja. El automóvil que había pasado sobre el cuerpo se encontraba también allí, a unos cien pies de la carretera, escondido en un claro del bosque. En él se encontraba la cédula de identificación a nombre de

Dinah Utley, residente en el noventa y cuatro de la Quinta Avenida de Nueva York, veintiocho. También estaba allí su bolso con sus efectos, varios de los cuales llevaban su nombre. Se comprobó que fue ese coche el que le pasó por encima. ¿Algo más?

—¿Cuándo murió?

—¡Ah, claro! Se supone que entre las nueve de la noche pasada y las tres de esta madrugada.

—¿Encontraron huellas de otro coche?

—Sí. Una, o tal vez dos, pero en el césped. La carretera está cubierta de grava y el césped que la bordea es bastante frondoso.

—¿Vio alguien a Dinah Utley en su automóvil anoche?

—No es fácil. La casa más cercana se encuentra casi a media milla al Esté, junto a la carretera Mil veintitrés, y ese tramo de carretera no suele estar muy concurrido.

—¿Tienen alguna pista?

—Sí. Usted. Cuando una mujer es asesinada después de haber ido a consultar a un detective, es probable que ambos hechos se relacionen entre sí y que lo que le dijo al detective sea importante. ¿Se hallaba usted presente en el momento en que ella hablaba con el señor Wolfe?

—Sí. Pero también es probable que

Wolfe sea el más indicado para dictaminar si ambos acontecimientos se relacionan entre sí o no, así como si, cuanto dijo el cliente, era de importancia o carecía de ella. Como ya he dicho, la señorita Utley no fue a consultar al señor Wolfe por su propia iniciativa. Se presentó en la oficina porque así se lo ordenó la señora Vail, con el fin de que administrase al señor Wolfe ciertos informes que le interesaban —me levanté—. En resumen, lo que ustedes me han dicho, no es más de lo que podré leer en los periódicos dentro de un par de horas. Hablaré con el señor Wolfe y les telefonaré.

—Esto es lo que usted se figura — exclamó Saunders, poniéndose en pie de un salto—. Señor Hobart, sabe usted perfectamente la importancia que tiene el tiempo en un asunto como éste. Dése cuenta de que, si suelta a Goodwin, éste se hallará fuera de su jurisdicción antes de veinte minutos. Tenemos la certeza de que los informes que él nos puede dar ahora pueden cambiar el enjuiciamiento del crimen.

Le obsequié con una sonrisa.

Ben Dykes le dijo a Hobart:

—Me gustaría hacerle una pregunta.

Hobart asintió, y Dykes preguntó:

—En la *Gazette* de ayer, había un anuncio destinado a un tal señor Knapp

y firmado por Nero Wolfe. ¿Guarda relación ese anuncio con el motivo que impulsó a la señora Vail a ordenar a Dinah Utley que visitase al señor Wolfe?

La fama que disfrutaba Dykes, como buen detective, quedó probada con esta pregunta. La sonrisa que le dediqué no se parecía a la que acababa de dedicar a Saunders.

—Lo lamento —dije—, pero estoy a las órdenes del hombre para el cual trabajo —y después me dirigí al juez del Distrito—. Ya conoce usted las reglas, señor Hobart. No entra en juego el obligarme a contestar, o acosarme a preguntas, en tanto no haya tenido ocasión de ponerme en contacto con el

señor Wolfe. Me temo que el capitán Saunders no se va a poder salir con la suya. Además, tengo que suponer que este asunto es cosa de usted.

Eché atrás la cabeza, para mirarme fijamente.

—Conoce usted el castigo que implica el entorpecer la labor de la Justicia —me amenazó el juez—, ¿no es así?

A lo que, con exquisita educación, le contesté:

—Sí, señor —vi cómo cerraba los puños y parecía dispuesto a saltar de la silla. Y se limitó a gritar

—¡Salga de aquí, por todos los diablos!

Cuando di la vuelta para marcharme, Ben Dykes me miró meneando la cabeza. Pasé lo bastante cerca de Saunders como para que tuviera oportunidad de estirar un pie y ponerme una zancadilla, pero no lo hizo.

Cuando me vi en la calle, comprobé en mi reloj que eran la 1,35 y decidí caminar tres manzanas, hasta un lugar llamado «Mary Jane's». Allí le sirven a uno pollo frito, tal y como solía hacerlo mi tía Anna en Chillicothe Ohio. En tanto daba cuenta de una ración, consideré detenidamente el caso. No valía la pena gastar dinero llamando a Wolfe; en cuanto a nuestra cliente, no corría prisa. Por lo tanto, y teniendo en

cuenta que me encontraba a medio camino de la carretera de Iron Mine, ¿por qué no ir hasta allí? Incluso podía ir hasta la misma mina de hierro. Si se me ocurriera secuestrar a alguien, para cobrar después un buen puñado de dólares, una mina de hierro abandonada me parecería el lugar ideal para esconder a mi víctima. Pagué pues mi ración de pollo y otra de pastel de ruibarbo que había pedido para completar mi menú y me dirigí al lugar en que había aparcado el «Heron». Cuando hube llegado a Hawthorne Circle, cogí la carretera de Saw Mili River y, al final de ésta, hacia Katonah, la carretera 35 Este. El día era limpio y

soleado y sé apreciar la belleza de los pinos y la retama, así como el encanto de las vacas pastando en la pradera, siempre y cuando disponga de un automóvil que me permita trasladarme de nuevo a la ciudad. Antes de llegar a Connecticut, di media vuelta, adentrándome por la carretera Mil veintitrés. Cuando hube rodado milla y media empecé a prestar atención hasta que me encontré en ,la carretera de Iron Mine.

Cuando hube cubierto la primera milla de ella, comencé a dudar de que el «Heron» fuera capaz de devolverme a la ciudad. Me crucé con cuatro automóviles. Tuve que hacer marcha

atrás, para ceder paso a uno de ellos, y tuve que hundirme a medias en la cuneta, para evitar una colisión con otro. No fue difícil localizar el lugar del siniestro. Ocho coches, ninguno de ellos oficial, se hallaban detenidos allí, bloqueando la ruta. Una docena de mujeres y tres o cuatro hombres se hallaban en pie junto a la zanja, discutiendo en voz alta acerca de quién había abollado el parachoques de quién. No me molesté siquiera en bajar. Al Norte, se extendían tupidos bosques y, al Sur, una llanura rocosa, con un pequeño pantano en su centro. Reconozco que mi idea acerca de las minas abandonadas era un poco vaga, pues en aquélla no había detalle que se

prestase a propósitos sospechosos. Hice marcha atrás, hasta encontrar un lugar en que me fuera posible dar la vuelta, y regresé de nuevo por la carretera Mil veintitrés, donde me crucé con tres automóviles más.

En el trayecto tomé dos decisiones. Una de ellas consistía en apreciar con calma la belleza que la primavera sembraba en la campiña que me rodeaba. La causa que me movió a decidir esto consistía en que era inútil que yo llegase a la calle Treinta y cinco antes de las cuatro. Hasta esa hora Wolfe se encuentra en el invernadero y le molesta muchísimo que le interrumpan por motivos baladíes. Esto lo decidí

antes de llegar a la carretera Treinta y cinco.

Ignoro en qué momento tomé la segunda decisión, tan sólo recuerdo que me vi rodando a 75 por el asfalto de Thruway. Cuando me dirijo a Nueva York, y deseo entrar por West Side, no abandono la ruta de Saw Mill; pero, cuando quiero ir a East Side, la dejo en Ardsley. Bueno, pues allí estaba yo, en Thruway, y era por tanto obvio que me dirigía a East Side. Pero ¿a qué? Tardé un par de minutos en contestarme. ¡Por todos los demonios! Estaba claro, me dirigía a casa de nuestra cliente, con el fin de darle personalmente la noticia de la identificación del cadáver. De este

modo me evitaba el gasto de una llamada telefónica. Por otra parte, si el marido estaba allí, podría contestar personalmente a las preguntas que se me hicieran, lo que siempre resulta más satisfactorio. Crucé, pues, el Major Deegan Expressway, East River Drive, y de allí pasé a la calle Noventa y seis.

Cuando hube conseguido encontrar lugar para aparcar el «Heron» eran y las 4 y 10 minutos. Crucé el vestíbulo de una casa de piedra de cuatro pisos y apreté un timbre. Me abrió la puerta una mujer uniformada, de rostro cuadrado, y con un lunar en la mejilla izquierda. Creo que el primer señor Tedder jamás soñó, al construir aquella señorial

mansión, que la puerta fuera abierta por una representante del sexo débil. Aunque ella lo ignorase, iba a darme una sorpresa. Cuando le dije que deseaba ver a la señora Vail, me contestó que ésta me esperaba. En realidad, ya debería yo saber que Wolfe me conoce tan bien como le conozco yo a él. Bueno, tal vez me conoce él mejor aún que yo a él. Lo ocurrido, al parecer, había sido que, cuando la señora Vail le telefoneó para tener noticias acerca de la identificación, Wolfe le contestó que yo no había regresado aún, pero que en mi camino de vuelta me detendría en su casa. Era exactamente lo que había hecho. Ahora bien, ¿cómo se explica que

lo supiera Wolfe, cuando yo mismo lo ignoraba?

Cuando hube entregado mi abrigo a la mujer uniformada, sonó una voz de tenor, desde las alturas.

—¿Quién es, Elga?

—Es el señor Goodwin, señor Tedder —contestó la mujer.

—Suba, señor Goodwin —dijo la voz de tenor.

Ascendí por una amplia y despejada escalera de mármol, en cuyo final encontré a Noel Tedder. Ya he dicho que había tenido ocasión de ver anteriormente a Noel Tedder, pero jamás tuve oportunidad de hablar con él. Sabía que era soltero y que contaba veintitrés

años, que fue expulsado de muchos colegios, que tuvo que dejar de escalar montañas porque se cayó de una de ellas y que, después de esto, su madre le prohibió el seguir escalando. También, en cierta ocasión, su helicóptero aterrizó en el Yankee Stadium, interrumpiendo un partido de pelota—base. Mi experiencia personal, acerca de él, se limitaba a saber que se vestía con despreocupación para dirigirse al «Flamingo» y que hablaba con voz excesivamente alta cuando había bebido un par de copas. Su voz de tenor pensé que podría ser una de esas equivocaciones que se cometen cuando uno se siente inseguro.

Me hizo cruzar un amplio vestíbulo,

y, abriendo una puerta, me cedió el paso. Cuando hube cruzado el umbral, me detuve en seco, creyendo que interrumpía una gran reunión, pero pronto me repuse, pues comprobé que allí tan sólo había reunidas cinco personas. Las demás eran de piedra. Sí, estatuas de mármol, la biblioteca del señor Tedder; ahora me encontraba en ella. Se trataba de una habitación alta de techo, amplia, pero empequeñecida por una serie de estatuas colocadas a lo largo de las paredes. Si lo que el caballero deseaba era compañía, no cabe duda de que lo había conseguido. Oí la voz de la señora Vail.

—Venga hacia aquí, señor Goodwin.

Los allí reunidos estaban agrupados junto a una chimenea en la que no había fuego encendido. Cuando estuve junto a ellos, la señora Vail me preguntó:

—¿Y bien?

—Era Dinah Utley —contesté.

—Pero..., cómo...

Miré a mí alrededor.

—¿No estorbo? —pregunté.

—No se preocupe —dijo Jimmy Vail—. Todos ellos están al corriente de todo. Son la hija de mi esposa, Margot Tedder. Su hermano, Ralph Purcell, y su abogado, Andrew Frost.

—Ya saben lo de Nero Wolfe —dijo la señora Vail—. Mis hijos y mi hermano vinieron a hacerme preguntas y

pensamos que era mejor contarles todo. Luego, cuando lo de... Dinah..., comprendí que debía poner al corriente de todo a mi abogado. Así, pues, ¿era Dinah?

—Sí.

—¿La atropelló un automóvil?

Esta pregunta la hizo Andrew Frost, el abogado. Tenía un cierto parecido con el hombre de bronce que se erguía de su silla, Abraham Lincoln, con la diferencia de que no llevaba barba y de que sus ojos eran grises. Probablemente, al ponerse en pie, no era tan alto como podía presumirse. Pensé que tal vez se había informado telefoneando a White Plains, o a través de la radio.

—Fue atropellada por *su propio* coche —repuse.

—¿Su propio coche?

Me dirigí a la señora Vail, la cual estaba recostada contra unos almohadones.

—Como cliente del señor Wolfe — dije—, debo darle dos informaciones. Una de ellas es que, después de haber visto el cadáver, lo identifiqué como Dinah Utley. La segunda es que le dije al juez del Distrito que la había visto ayer tarde en el despacho del señor Wolfe, con motivo de un asunto que usted consultó al señor Wolfe. Nada más. Me negué a informar acerca del motivo que la indujo a usted a visitar al señor

Wolfe. Esto es cuanto debo decirle, pero, si desea saber algo más sobre la muerte de Dinah Utley, estoy dispuesto a contestar a sus preguntas.

—Sí, deseo saber, ante todo, cuándo murió.

—Entre las nueve de anoche y las tres de esta madrugada. Falleció porque su propio coche pasó por encima de su pecho, siendo después abandonado en un camino adyacente, no lejos del lugar en que se encontró el cadáver. En un lado de la cabeza se podía apreciar una fuerte contusión, lo cual hace suponer que fue golpeada con un objeto contundente y que perdió el conocimiento antes de ser atropellada. Entonces...

Me interrumpí, pues la señora Vail acababa de exhalar algo muy parecido a un gemido, a la vez que cerraba los ojos.

—¿No puede usted ser menos crudo?
—preguntó Margot Tedder.

La hija de la señora Vail parecía ser un par de años más joven que su hermano. Estaba sentada en el extremo del diván. Al decir de las gentes, mantenía siempre el cuello tan erguido como si se hubiera tragado un palo y ello la obligaba a mirar siempre desde arriba. En mi opinión hubiera sido una chica estupenda con tan sólo abandonar aquella actitud llena de empaque y suprimir de su boca cierto rictus de dureza que la afeaba. Si se la veía andar

o bailar, daba la impresión de que llevaba grilletes en los talones.

—No sé, señorita —le contesté—.

Me limito a exponer los hechos.

—No ha dicho usted el lugar —cortó Jimmy Vail—. ¿Dónde fue?

La señora Vail abrió los ojos y yo me dirigí a ella, puesto que era ella la cliente.

—En la carretera de Iron Mine. En un lugar bastante pedregoso de más allá de la carretera Veintitrés. A unas siete millas al Oeste de Katonah, no lejos de la frontera.

Sus ojos se agrandaron.

—¡Cielos! —exclamó, mirándome fijamente—. Han debido ser *ellos*. —

Luego se volvió hacia su abogado—. La asesinaron los secuestradores. Tenía razón Wolfe, cuando sospechó de ella. Allí...

—Ten calma, Althea —interrumpió Frost—. Antes debemos hablar tú y yo, en privado. Se trata de algo muy peligroso, peligrosísimo. Debiste hablar conmigo el lunes, cuando recibiste esa carta. En calidad de abogado, te aconsejo que no hagas comentario alguno al menos hasta haber hablado conmigo... ¿A dónde vas?

Althea había comenzado a andar en dirección a la puerta, pero no se detuvo. Solamente se limitó a contestar

—Vuelvo en seguida.

Jimmy Vail se levantó. Hizo ademán de seguir a su esposa, pero, cuando estuvo a medio camino, regresó junto a la chimenea. Ralph

Purcell le dijo algo a Frost, pero éste no contestó. Yo nada sabía del hermano de Althea Vail; ni tan siquiera de oídas. Aparentemente, debía de tener unos cincuenta años; su cabeza estaba bastante despoblada de cabello y su rostro era tan redondo como el de su hermana. Había en él un detalle que llamaba la atención. Tenía la costumbre, cuando alguien empezaba a hablar, de mirar a cualquiera de los presentes, en lugar de a quien había tomado la palabra. Esta actitud tenía el inmediato

efecto de conseguir que quien hablara centrara su esfuerzo en cautivar su atención.

Noel Tedder, apoyado contra George Washington, me preguntó:

—¿Qué quiere decir con eso de que sospechaban de ella? ¿Qué es lo que sospechaban?

El abogado le hizo un signo con la cabeza y Margot dijo:

—¿Qué importa eso ahora? Ya está muerta.

En aquel momento, Purcell me miraba y yo empecé a pensar en lo que podía decir para atraer su atención. La puerta se abrió y entró Althea Vail. En la mano llevaba un sobre, de donde sacó

unos papeles; tras sentarse en el diván, Frost intervino.

—¿Qué es lo que has ido a buscar? Althea, insisto en que...

—No me importa que insistas —contestó ella—. Andy, eres un buen abogado y la confianza que tengo en ti es absoluta. También Harold confiaba en ti y sé que lo mereces. Si te llamé, fue para que me aconsejases en lo referente a la parte *legal* de este asunto, pero, ahora, sabiendo que Dinah ha muerto, ya no me importa el punto de vista legal. Lo que me interesa, ante todo, es saber la opinión de Nero Wolfe. ¿Cree usted que vendría aquí? Es difícil, ¿verdad? —me preguntó a mí.

Corroboré sus palabras con un movimiento de mi cabeza. Y añadí:

—No, jamás sale de casa por negocios. Si desea verle, tendrá que ir a su despacho a las seis...

—No. No me veo con ánimo... Le diré a usted lo que hace al caso. ¿Puedo?

—Claro que sí.

Saqué mi cuaderno y mi pluma y me senté en una silla, junto al diván.

Althea Vail miró a su alrededor y dijo:

—Deseo que todos vosotros escuchéis lo que voy a decir. Todos conocíais a Dinah. Tengo la certeza de que todos vosotros la apreciabais tanto

como yo... Bueno, tal vez no todos la queríais como yo, pero no dudo que reconoceréis que era perfectamente competente y de toda confianza. Sin embargo..., en fin, esperad hasta haber oído todo... —Ojeó los papeles que había sacado del sobre, me los tendió y de nuevo miró a su alrededor—. Ya os hablé de la carta que recibí el lunes por la mañana, en que se me decía que habían secuestrado a Jimmy y que recibiría una llamada de un tal señor Knapp. Nero Wolfe tiene esa carta. También os dije... sí, creo que os lo dije, que, cuando ese señor Knapp telefoneó, Dinah anotó toda nuestra conversación. Después pasó a máquina

las notas que había tomado. Haga el favor de leerlas en voz alta, señor Goodwin.

Un vistazo me bastó para saber que la mano que había escrito aquellas notas era la misma que escribió la carta que Wolfe tenía en su poder. Sin embargo, el papel empleado era de mejor calidad y diferente tamaño.

Leí en voz alta:

Sra. Vail: Aquí, Althea Vail. Es usted...

Knapp. ¿Recibió la carta?

Sra. Vail: Sí. Esta mañana.

Knapp: ¿Hay alguien más a la escucha?

Sra. Vail: No, claro que no. La

carta decía...

Knapp: Que debe guardar una reserva absoluta. Será mejor que lo haga así, si es que tiene intención de volver a ver a su Jimmy. ¿Tiene ya el dinero?

Sra. Vail: No, ¿cómo iba a tenerlo?

La carta no llegó hasta...

Knapp: Pues vaya a buscarlo. Tiene tiempo hasta mañana. Póngalo en una maleta. Quinientos mil dólares, en billetes usados, no mayores de cien. ¿Me ha entendido?

Sra. Vail: Sí, lo he entendido, pero ¿dónde está mi marido? Acaso...

Knapp: Está perfectamente. Sano y salvo y sin un arañazo. Ésta es la pura verdad, señora Vail. Si juega limpio con

nosotros, puede tener confianza de que todo irá a pedir de boca. Ahora, escúcheme, no deseo hablar mucho rato. Coloque el dinero en la maleta. Mañana por la noche, martes, coloque la maleta en el compartimiento para equipajes de su sedán azul. No se olvide de comprobar que el compartimiento esté bien cerrado. Diríjase a Merritt Parkway. A la altura de Westport, adéntrese en la carretera Treinta y tres. ¿Conoce la carretera Treinta y tres?

Sra. Vail Sí.

Knapp: ¿Sabe dónde está «Fowler's Inn»?

Sra. Vail: Sí.

Knapp: Pues bien, diríjase a

«Fowler's Inn». Debe estar allí a las diez de la noche. No llegue con antelación, ni se retrase más de cinco minutos. Le darán un mensaje. ¿Me ha entendido bien?

Sra. Vail: Sí. A las diez, en «Fowler's Inn». Pero cuando...

Knapp: Haga lo que le he dicho. Eso es todo.

Levanté la vista.

—Eso es todo.

—¡Pero, por Dios, mamá! —estalló Noel Tedder—. ¡Si me lo hubieras dicho...!

—O a mí —dijo Frost, cariacontecido.

—Bueno, ¿y qué hubierais hecho?

Lo principal es que Jimmy está aquí sano y salvo. Fui a ver a Nero Wolfe, se lo conté todo y las medidas que él tomó dieron buen resultado. Lo demás me tiene sin cuidado.

—Pues yo creo que diste prueba de acierto al no ponemos al corriente a ninguno de nosotros —dijo Margot Tedder—. Frost te hubiera dicho que no hicieras nada hasta que él hubiera consultado sus libros. Noel hubiera ido a «Fowler's Inn», probablemente, disfrazado y con una barba postiza. ¿Fuiste a «Fowler's Inn», madre?

La señora Vail asintió.

—Hice exactamente lo que se me ordenó. Fui a retirar el dinero del

Banco. Naturalmente, el señor Graham se mostró desconfiado. Mejor dicho, asombrado. Quiso saber para qué necesitaba yo tanto dinero, pero no le di explicaciones. Al fin y al cabo, el dinero era mío. Llegué a «Fowler's Inn» con mucha anticipación y permanecí en el coche hasta que fueron las diez. Entonces entré, procurando disimular mi nerviosismo, aunque no sé si lo conseguí. Me senté a una mesa y pedí una bebida. No cesé de mirar a mi reloj y eran las diez y veinte cuando me llamaron por teléfono, el cual se encontraba en una cabina. La voz que me habló era idéntica a la del señor Knapp, aunque no dijo que lo fuera. Me ordenó

que mirara en la guía telefónica de Manhattan, en la primera página correspondiente a la «Z», y dicho esto, colgó. Ojeé la guía y, en el lugar indicado, encontré una nota. Aquí está —dijo, tendiéndome un papel—. Léalo, señor Goodwin.

—Un momento. —Jimmy Vail se había levantado y miraba fijamente a su mujer—. Creo que es preferible que no adelantemos los acontecimientos. Al, tú y yo debemos hablar. Decirle a Goodwin todo esto equivale a decírselo a Frost... y todavía no estamos a viernes.

—Debo hacerlo, Jimmy. —La señora Vail posó una mano en el brazo

de su marido—. No me queda otro remedio, puesto que Dinah... ¡ha sido asesinada...! Léalo, señor Goodwin.

El papel era de la misma clase barata del que había llegado por correo y había sido escrito por la misma mano. Leí en voz alta.

Márchese inmediatamente. No hable con nadie. Diríjase al automóvil y lea el resto de esta nota cuando esté dentro del coche. Diríjase a la carretera Siete y tuerza a la derecha. Cuando haya pasado Weston, abandone la carretera Siete y adéntrese por una ruta confluyente que encontrará por espacio de una milla. Regrese de nuevo a la carretera Siete y repita la

maniobra varias veces, durante media hora. Pasado este tiempo diríjase por la carretera Siete a Danbury. Cuando esté a una milla de Branchville, deténgase en el «Fatted Calf», siéntese a una mesa y recibirá otro mensaje.

—Me quedo con estos mensajes — dijo Jimmy Vail—. Con los dos.

Comprendí por el tono de su voz y por su actitud que, si me empeñaba en decir que deseaba los mensajes para enseñárselos a Wolfe, tenía la partida perdida. En vista de ello, tomé el texto de aquellas notas en mi cuaderno y a taquigrafía. En realidad, era una precaución innecesaria, ya que, después de tantos años de práctica, me es fácil

repetir cualquier conversación verbalmente. Sin embargo, tratándose de notas de aquel género resulta más prudente. La señora Vail siguió hablando:

—Hice lo que se me indicaba. Me pareció que había un coche que me seguía sin cesar, pero no estoy segura. Creo que, en realidad, no deseaba saberlo. En el «Fatted Calf» ocurrió lo mismo que en «Fowler's Inn». A los diez minutos de haber llegado, fui llamada por teléfono; la misma voz me dijo que buscara en la guía telefónica, ahora en el lugar correspondiente a la «U». Allí encontré otra nota —me la tendió—. Léala.

Otra vez el mismo papel e idéntica escritura Leí:

Márchese inmediatamente. No hable con nadie. Lea el resto de este mensaje cuando esté en el coche. Adéntrese por la carretera Siete, hasta el lugar donde coincide con la carretera Treinta y cinco. Tuerza a la izquierda y, adentrándose a la carretera Treinta y cinco, siga hasta Ridgefield Dos millas más allá de Ridgefield, tuerza a la izquierda y siga por la carretera Ciento veintitrés. Adéntrese 1,7 millas y dé la vuelta a la derecha, penetrando por el camino de Iron Mine. Aminore la marcha. Cuando el automóvil que la sigue encienda las

luces tres veces consecutivas, deténgase. También el coche que la sigue se detendrá. Baje de su automóvil y abra el portaequipajes. Un hombre se acercará a usted y dirá: «Es la hora de Knapp.» Usted le dará la maleta. Él le dirá lo que debe usted hacer.

—Y así ocurrió —prosiguió la señora Vail—. Me ordenó que me dirigiera a Nueva York sin detenerme. Que no dijera nada a nadie hasta que Jimmy estuviera de nuevo en casa, pues, de lo contrario, jamás volvería a verle. Añadió que Jimmy estaría de regreso antes de veinticuatro horas. Y así ha sido. ¡Gracias a Dios!

Quiso colocar una mano sobre la de

su Jimmy, pero no lo consiguió. Jimmy estaba forcejeando conmigo para quitarme los mensajes. En aquel momento, acababa yo de copiar el último de ellos en mi cuaderno. Los hermanos Tedder decían algo, y también hablaban los demás. Haciendo caso omiso de Jimmy, devolví los mensajes a la señora Vail, quien los cogió, diciendo:

—¿Comprende ahora por qué deseaba hablar con el señor Nero Wolfe o con usted?

—Me lo figuro —contesté—. El señor Wolfe le dijo a usted que abrigábamos sospechas acerca de Dinah Utley. Ahora le diré que su cadáver ha

sido hallado en Iron Mine, cerca o en el mismo lugar en que usted entregó la maleta con el dinero. Este hecho va a complicar el problema de ustedes, si es que insisten en seguir guardando el secreto del secuestro hasta el viernes. ¿Aún no han venido a interrogarles los del Condado de Westchester County?

—No.

—Pues no tardarán en aparecer. En lo que se refiere al señor Wolfe y a mí, puedo asegurarles que no pronunciaremos ni una palabra acerca del asunto hasta las once de la mañana del viernes. Wolfe ha fijado esta hora porque es cuando acostumbra bajar del invernadero. Por lo que se refiere a sus

hijos y hermano, señor Frost, y ustedes mismos, creo que deben decidir lo que desean hacer. No deben olvidar que es peligroso ocultar o retener ninguna información referente a un crimen; no obstante, si esa reserva se basa en un motivo de defensa propia, ello queda justificado. Éste sería el caso si tanto usted como su marido creen que puede reportarles verdadero peligro el divulgar los hechos antes del viernes. ¿Es esto todo lo que desean del señor Wolfe y de mí?

—No. —La señora Vail guardaba de nuevo los mensajes en el sobre—. Deseamos algo más. Quiero saber por qué supusieron que Dinah estaba

complicada.

—Es natural —dije, guardando mi cuaderno en el bolsillo—. ¿No la vio usted en Iron Mine?

—No, claro que no.

—Por supuesto... El hombre que iba en el coche que la seguía a usted, ¿estaba solo?

—No pude ver a nadie. La oscuridad era completa. Además, no se me ocurrió comprobarlo.

—¿Qué aspecto tenía ese hombre?

—No lo sé. Llevaba un sombrero muy entrado y le ocultaba bastante el rostro; sólo se le veían los ojos. Llevaba un abrigo.

—¿Quién se marchó primero, él o

usted?

—Yo. Así me lo ordenó. Tuve que alejarme algo hasta encontrar un lugar apropiado para poder dar la vuelta al coche.

—Cuando usted pasó de nuevo por aquel lugar, ¿estaba allí aún el coche de aquel hombre?

—Sí. Lo había arrimado a la cuneta, para cederme el paso.

—¿No vio ningún coche más, en el trayecto de regreso?

—No. —Hizo un gesto de impaciencia—. ¿Qué tiene eso que ver con Dinah?

—Nada —dijo Noel Tedder—. Es un detective y en sus atribuciones entra

la de incordiarte.

—Insisto —intervino Andrew Frost — en que este asunto está mal enfocado. Muy mal enfocado. Estás cometiendo una torpeza, Althea. ¿Estás de acuerdo conmigo, Jimmy?

Jimmy estaba otra vez junto a la chimenea.

—Sí —dijo—, estoy de acuerdo.

—Pero, Jimmy, hazte cargo — protestó la señora Vail—. *Ella* estaba allí. ¡Y la mataron! Es preciso que se sepa por qué sospecha de ella Nero Wolfe. ¡Dígamelo, Goodwin!

Sacudí la cabeza.

—Se trata de simples conjeturas, pero pueden representar una pista —y

me levanté—. Tengo entendido que Dinah copió a máquina la conversación que usted sostuvo con Knapp. ¿Puedo ver esa máquina?

Los tres hombres hablaron a la vez. Jimmy Vail y Andrew Frost dijeron: «¡No!» Noel Tedder exclamó: «¿No lo dije?». Althea Vail no les prestó atención.

—¿Por qué? —preguntó.

—Se lo diré cuando la haya visto y entonces le haré una sugerencia. ¿La tiene aquí?

—Está en mi estudio. —Se levantó—. ¿Me dirá, de una vez, por qué sospecharon de Dinah?

—Se lo diré en el momento preciso.

—Conforme, venga conmigo.

Sin hacer caso a las protestas de los demás hombres, echó a andar. La seguí a través del vestíbulo, hasta que se detuvo ante una puerta cerrada. Apretó un botón que había en la pared y la puerta se abrió. Era un ascensor bastante más moderno y lujoso que el que usa Wolfe para dirigirse al invernadero. Ni ruido, ni sacudidas. Cuando el ascensor se detuvo, Althea abrió la puerta y me condujo a través de otro vestíbulo, más sencillo que el anterior. Abrió una puerta y me encontré en una habitación bastante más reducida que la librería de Harold F. Tedder. Di un vistazo circular..., según costumbre. Dos

escritorios, uno mayor que el otro. Varios paneles con libros y revistas. Un gran espejo ocupaba totalmente un lienzo de pared y, sobre una mesa, había un aparato de televisión y varias fotografías.

Althea Vail se volvió hacia mí y exclamó:

—¡La máquina ya no está aquí!

Me acerqué a ella. En un extremo de uno de los escritorios había una mesa para máquina de escribir, pero sobre ella no había nada. La señora Vail permanecía atónita, sin apartar la vista de aquel lugar. Tan sólo cabía hacer dos preguntas, y las hice.

—¿Tiene siempre aquí la máquina, o

la trasladan de habitación?

—No la movemos nunca de aquí.

—¿Cuándo la vio aquí por última vez?

—No lo sé..., no recuerdo. Debo pensar. He entrado hoy por primera vez en esta habitación cuando he venido a recoger el sobre con los mensajes y entonces no he reparado en nada. Ayer... No recuerdo... No comprendo...

—Alguien ha debido cogerla. —Me dirigí a la puerta—. He de dar parte de esto al señor Wolfe. En caso de que él quiera hablar con usted, la llamará por teléfono. En cuanto a nosotros, guardaremos silencio acerca de todo, a no ser que ustedes nos autoricen a

hablar.

—¡Dígame por qué sospecharon de Dinah!

—Ahora no es posible. Cuando haya encontrado la máquina, tal vez.

Me marché. No estaba de humor para conversaciones. La verdad es que no debí mencionar la máquina, puesto que no tenía la menor relación con el asunto que había sido encomendado a Wolfe, pero me hubiera gustado tener una prueba que corroborase nuestra deducción. Noel Tedder estaba en lo cierto: soy un detective y los detectives somos así. Entré en el ascensor y, cuando llegué al piso inferior y abrí la puerta, me salió al encuentro la mujer de

cara hosca que me había recibido anteriormente. Me dio mi abrigo y abrió la puerta para dejarme salir. Allí, precisamente en el umbral de la puerta, estaba Ben Dykes, jefe de los detectives del Westchester County.

—¡Hola! —dije—. No pierde usted el tiempo, ¿verdad?

—He estado en el parque, dando de comer a las palomas —contestó—, pero cada cosa a su tiempo.

—Es cierto. Le deseo mucha suerte.

Pasé junto a él y me dirigí a la Calle Ocho, donde había aparcado mi coche.

CAPÍTULO V

Eran las seis de la tarde. Yo estaba sentado en mi despacho, con los pies sobre el escritorio y la cabeza apoyada en el respaldo de la silla, cuando oí el ruido del ascensor. Era Wolfe que descendía del invernadero.

Llevaba veinte minutos entreteniéndome en un juego de acertijos, puesto que era lo único que podíamos hacer, después de haber prometido mantenernos al margen del asunto hasta el viernes. Con los pocos huesos de que disponía me empeñaba en

reconstruir un esqueleto: el del secuestro de Jimmy Vail. Era cierto que llegaría un día en que tanto el asesinato de Dinah Utley, como el secuestro de Jimmy Vail, aparecerían claros a la luz del día. Tanto si se encontraba al señor Knapp como si no. Ahora bien, en caso de que yo consiguiera una hipótesis aproximada de aquellas incógnitas, iba a ser para mí un placer concederme a mí mismo una medalla, en el momento en que se confirmase mi acierto.

Pregunta: ¿Estaba Dinah Utley complicada en el secuestro?

Respuesta: Sin duda alguna. Fue ella quien escribió la carta que la señora Vail recibió por correo y las notas que

encontró en las guías telefónicas.

P.: ¿Quién se llevó la máquina de escribir?

R.: Dinah Utley. Cuando, al ir a casa de Nero Wolfe, vio que le tomaban las huellas dactilares y observaban sus dedos, se alarmó y escondió la máquina.

P.: ¿Iba ella junto con el hombre que fue a recoger la maleta de la señora Vail?

R.: No. Probablemente estaría en cualquier lugar de Iron Mine, esperando en su coche a que se alejara de allí la señora Vail, dispuesta a cerrarle el paso al señor Knapp o a quien fuese. Debíó reclamar su parte del botín y el hombre la debíó matar.

P.: ¿Pudo estar complicado alguien de la familia Vail, además de Dinah Utley?

R.: Sí. Jimmy Vail. Se secuestró a sí mismo. Debía haber alguien más, un hombre, complicado en el asunto, puesto que no fue Jimmy Vail el que habló por teléfono a la señora Vail. Hubiera reconocido su voz. Sin embargo, pudo haber sido Jimmy Vail quien recogió la maleta y el que asesinó a Dinah Utley. Esto último no concordaba con la hipótesis de que se tratase de Knapp, pero no debemos parar en detalles. *Ítems:* Jimmy Vail salió disparado del despacho de Wolfe, cuando oyó que sospechábamos que Dinah Utley estaba

complicada en el asunto. Posteriormente ordenó a su mujer que callase y que no nos entregase las notas escritas a máquina. También fue él quien insistió en que nos abstuviéramos de hacer declaraciones hasta el viernes.

P.: ¿Por qué complicó a Dinah Utley en el asunto?

R.: No interesa. Existen mil razones probables.

P.: ¿No es una imprudencia, por parte de Jimmy Vail, el hacer escribir la carta a Dinah y en su propia máquina de escribir?

R.: No. Él comprendió que la señora Vail no estaría en un estado propicio para inspeccionar la máquina. Pensaría

recuperar la carta y las notas a su regreso y destruirlas entonces. Bastaría para ello decir que así se lo había prometido al tal Knapp y que hacer lo contrario sería peligroso. Necesitaban una máquina para redactar esa carta y las notas y hubiera sido más peligroso alquilar una o pedirla prestada. De aquí que él quisiera a toda costa quitarme las notas.

P.: ¿Podría ser el señor Knapp, Ralph Purcell? ¿Andrew Frost? ¿Noel Tedder?

R.: No. La señora Vail conoce demasiado bien sus voces.

P.: Jimmy está dispuesto a hablar el viernes. Deberá decir cómo y cuándo le

secuestraron, dónde le retuvieron y otros detalles. ¿Será capaz de omitir algún detalle, cuando esté en manos del FBI y la Policía?

R.: No hará falta. Dirá que le taparon los ojos y que, por lo tanto, ignora dónde le llevaron y dónde estuvo. Asegurará que la noche pasada le taparon también los ojos para conducirlo al lugar donde le abandonaron.

P.: Si es así, ¿cómo voy a poder conseguir mi medalla? ¿Será posible descubrir al culpable?

Me hallaba pensando en la contestación a esta pregunta, cuando se abrió la puerta para dejar paso a Wolfe.

—¿Informes? —dijo.

Retiré los pies del escritorio y me incorporé.

—Sí, señor. Se trata de Dinah Utley. Le dije al juez de Distrito, Clark Hobart, que la vi aquí, ayer por la tarde, cuando vino para entrevistarse con usted, a causa de un asunto relacionado con la señora Vail. Cuando me preguntó en qué consistía ese asunto, tuve que mostrarme muy descortés. Incluso le envié al diablo. Le dije que me explicase cómo y de qué manera había muerto Dinah Utley, para que yo se lo dijera a usted y usted decidiera si el asesinato tenía relación con el asunto que le habían consultado. Bien es verdad que no vale la pena que nos preocupemos, ya que,

como usted ha dicho, lo ocurrido a Dinah Utley no es cosa que nos concierna. Fui a informar de todo ello a la señora Vail y le prometí no dar información alguna hasta las 11 de la mañana del viernes.

Di media vuelta, coloqué una hoja de papel en la máquina, saqué el cuaderno de mi bolsillo y guardé las llaves del coche. Perfecta armonía. Resulta muy agradable, cuando dos personas están siempre juntas, como nos ocurre a Wolfe y a mí, que reine entre ellas un perfecto acuerdo. Él sabía que yo era demasiado puntilloso para darle más informes si él no me los pedía, pero yo también sabía que él era demasiado

soberbio para pedírmelos. Como es natural, no podía permanecer inmóvil; no se puede permanecer prolongadamente puntilloso y quieto, sentado en una silla. Así es que copié a máquina las notas de la señora Vail y otros apuntes que había hecho en el curso de mi visita. Luego me dirigí a la caja fuerte y extraje de ella la carta que la señora Vail había recibido por correo. Jimmy Vail intentaría probablemente recuperar esa carta y a nosotros tal vez nos iba a convenir poseer un documento que atestiguase nuestra intervención en el asunto. Sujeté, pues, la carta con una pinza al respaldo de mi silla y luego fui en busca de mi

máquina fotográfica. Escogí la «Tollens» porque tiene mejor objetivo. Hice media docena de fotografías de la carta. En tanto duró mi trabajo, Wolfe no me dirigió ni una mirada. Permaneció enfrascado en la lectura de su libro. Guardé de nuevo la carta en la caja fuerte, y me disponía a extraer el rollo de la máquina, cuando sonó el timbre de la puerta de entrada. Me asomé y eché un vistazo, luego me dirigí a Wolfe.

—Lamento tener que molestarle. Ben Dykes, jefe del Westchester County, acaba de llegar. Ya estuvo aquí esta tarde. Le encontrará algo más gordo que cuando le vio por última vez, hace algunos años, en casa de James U.

Sperling, cerca de Chappaqua.

Terminó de leer el párrafo, antes de alzar la vista.

—¡Maldito sea! —murmuró—. ¿Es imprescindible?

—No. Puedo decirle que el asunto no nos concierne. Como es natural, dentro de una semana se hartarán y quizá nos lleven a White Plains, con una orden de detención.

—No me ha dado usted su informe.

—Le he dado todo el informe que usted dijo desear.

—Improcedente. Déjelo pasar.

Me dirigí a la puerta, reflexionando sobre aquella palabra. Improcedente. Lo que sí me parecía a mí improcedente era

aquella manera que tenía él de emplear las palabras de forma que me obligase a pensar en lo que había querido darme a entender. Abrí la puerta y, en tanto que ayudaba a Ben Dykes a quitarse el abrigo, le dije que le estábamos esperando, lo cual era cierto. Luego le acompañé a nuestro despacho. Apenas hubo dado tres pasos en la habitación, cuando se detuvo, miró a su alrededor y dijo:

—Muy bonito. Tal vez usted no me recuerde, señor Wolfe.

Wolfe contestó que sí le recordaba y le indicó que tomase asiento. Ben Dykes se sentó en la butaca de cuero rojo.

—Pensé que no valía la pena enviar

a uno de mis ayudantes —dijo—, puesto que lo que me interesa es una información de poca importancia. Goodwin ya le habrá hablado de lo del asesinato de Dinah Utley. En un principio creí que eran ustedes los últimos que vieron a la muchacha, cuando vino aquí a hablar con ustedes, pero ahora he encontrado a varias personas más que estuvieron con ella posteriormente. Sin embargo, ya sabe usted lo que ocurre cuando se investiga un homicidio. Hay que partir de un punto u otro y es eso lo que intento hacer. Según me dijo Goodwin, ella estuvo aquí ayer tarde por orden de la señora Vail. ¿Es cierto?

—Sí.

—Bueno, no voy a preguntarle por qué vino aquí la señora Vail, pues comprendo que se trata de algo confidencial. Lo que me interesa ahora es Dinah Utley. Tampoco le preguntaré lo que usted le dijo; lo único que quiero saber es lo que ella le dijo a usted. Puede ser de capital importancia, ya que la asesinaron ocho o nueve horas después. ¿Qué le dijo Dinah Utley?

Una de las comisuras de la boca de Wolfe se había alzado levemente.

—Admirable —dijo—. Admirable y competente.

Dykes tenía su cuaderno de apuntes en la mano.

—¿Eso dijo?

—No. Lo digo yo. Su interrogación no podía estar mejor preparada ni mejor hecha. Admirable. Está usted en su derecho, al esperar de mí idéntica brevedad y lucidez. —Hizo un gesto con la mano—. Señor Dykes, no me es posible repetir las palabras que dijo la señorita Dinah Utley sin divulgar a la vez lo que me confió la señora Vail. Como es natural, no se trataba de un tema baladí, pero no olvide que no pertenezco a la Policía; soy tan sólo un detective. Reconozco que, si la declaración que me hizo confidencialmente la señora Vail es imprescindible para ayudarle a

esclarecer un crimen/ debo asumir la responsabilidad que adquiero al decidir callar. Pero creo que soy yo quien debe juzgar si realmente es importante y se relaciona con el crimen lo que me consultó esa señora, a lo que mi contestación es negativa.

—¿Se niega a dar información?

—Sí.

—¿Rehúsa decirme lo que le dijo Dinah Utley, ayer tarde?

—Sí.

—¿Y también todo lo referente al motivo que la trajo a este despacho?

—Sí.

Dykes se levantó.

—Usted mismo lo ha dicho; se hace

responsable. Está bien, de todos modos me alegro de haber vuelto a verle. — Miró de nuevo a su alrededor—. Bonito despacho. —Dio media vuelta y se dirigió a la puerta.

Cuando le tendí su abrigo, me dijo:

—También usted es responsable, ¿eh, Goodwin?

Le agradecí el aviso y le pedí que transmitiese mis saludos al capitán Saunders.

Cuando regresé al despacho, Wolfe se hallaba de nuevo enfrascado en su lectura. A veces es algo brusco, pero en otras ocasiones lo es del todo. Aún no sabía cómo ni cuándo había muerto Dinah Utley, pero era consciente de que

yo no lo ignoraba. Parecía olvidar además el riesgo en que se encontraba de perder los sesenta grandes, pero no estaba dispuesto a dar su brazo a torcer. No reconocería que nos interesaba lo ocurrido a Dinah Utley tan sólo porque había manifestado ya, un tanto gratuitamente, que aquello no nos concernía.

Cuando estuvimos sentados a la mesa, consumiendo un guiso a base de costillitas de cordero, sazonadas con una salsa recién inventada por Fritz, se dedicó a explicarme cómo, con conocer lo que come la gente, basta para deducir todo lo demás..., cultura, filosofía, moral, todo...

Yo comí muy a gusto, pues las costillas estaban muy tiernas y la salsa que había inventado Fritz era todo un acierto, pero en mi fuero interno pensaba que, si alguien se ponía a hacer deducciones acerca de Wolfe, basándose en lo que éste había comido en los últimos diez años, la deducción lógica sería la de que había fallecido.

Por la noche, salí después de cenar. La noche de los miércoles la dedico al póquer. En esta ocasión nos reuníamos en casa de Saúl Panzer, quien vive en un apartamento de soltero, en la calle Treinta y ocho, junto a Lexington. Ya tendrán ustedes ocasión de conocer a Saúl más adelante. Y entonces

comprenderán por qué deseaba yo en aquel momento poder estar una hora a solas con él; deseaba comentar con alguien el asunto de Jimmy Vail. Sin embargo, era preferible, en cierto modo, que no tuviera ocasión de hablar con Saúl, ya que, si era de mi misma opinión, no iba a ser mía sola la sospecha. Tal sospecha consistía en creer que Jimmy Vail había asesinado a Dinah Utley y nos obligaba a guardar silencio hasta el viernes por la mañana; es decir, nos estaba tomando bonitamente el pelo. Por supuesto, que tal cosa le estaría muy bien empleada a Wolfe, pero, ¿y a mí? Estos pensamientos influyeron, sin duda, en mi

forma de jugar al póquer, pero como éramos varios los allí reunidos, hube de guardar mis problemas para mí. Saúl, a quien nunca se le escapa nada, notó que algo me ocurría e hizo varios comentarios acerca de mi distracción. Sin embargo, esa noche, cuando hubimos terminado la partida a la hora señalada, es decir, a las dos de la madrugada, más de cien pavos habían pasado de mi bolsillo al de Saúl. En tales condiciones, no experimenté ni el menor deseo de quedarme un rato más para contarle mis cuitas a mi amigo íntimo.

Los jueves no acostumbro madrugar. Después de una sesión de póquer, no me despierto nunca antes de las nueve o

nueve y media, pero ese jueves, antes de las ocho, ya estaba yo con los ojos abiertos, reflexionando. Me sentía nervioso.

—¡Maldito Jimmy Vail! —dije levantándome de un salto.

Me gusta caminar. Ya me gustaban las largas caminatas cuando era un niño, en Ohio. Si son ustedes amantes de andar, sabrán seguramente que, tras un rato de paseo, se tiene de las personas y las cosas un concepto muy distinto al que se tiene cuando se pasea en automóvil o en cualquier otro artefacto que nos evite el gasto de las propias fuerzas. Así, pues, cuando me hube afeitado, aseado, vestido y desayunado,

telefoneé a Wolfe al invernadero y le dije que me iba a dar un paseo por mi cuenta.

Como es natural, no se llega a conocer a la gente únicamente paseando; lo que se consigue es hacer acopio de detalles aquí y allá. Por ejemplo, ese día tuve la oportunidad de observar la curiosa reacción de una muchacha vestida con un traje de chaqueta gris. Uno de sus tacones quedó preso entre dos adoquines de la Segunda Avenida y tengo la seguridad que ninguna chica de las que conozco hubiera hecho lo que hizo ella. Pero no quiero variar de tema; estábamos hablando de las excelencias de un buen paseo. Quizá, después de

todo lo que les he dicho, no se sorprendan al saber que a las once y cuarto entrara en una lechería que hay en la esquina de la Octava Avenida y me dispusiese a beber un vaso de leche. Apenas había tomado asiento, cuando entró en el establecimiento un tipo de Broadway. Se sentó junto a mí, y le dijo al empleado:

—Venga un café. ¿Sabe ya lo de Jimmy Vail?

—¿Qué quiere usted que sepa de Jimmy Vail?

—Que ha muerto. Lo han encontrado muerto en el suelo. Y sobre él había una estatua. Acaban de decirlo por radio. Yo conocía a Jimmy antes de que se casase

con un billón de dólares. Es más, le conocía muy bien, Sam.

—No lo sabía. —Sam sirvió el café —. ¡Mala suerte!

Entró un nuevo cliente y Sam se dirigió al mostrador. Acabé de beberme la leche. Estuve a punto de atragantarme, pero me la terminé toda. Mi cabeza bullía de ideas, pero yo me obligué a concentrarme en aquella obligación que consistía en esto: beber leche. Me dirigí a la cabina telefónica y me dispuse a introducir la ficha en la ranura, pero mi gesto no acabó de realizarse. No, lo que una voz traiciona a través de un receptor es poca cosa. Lo que cuenta es la expresión y el gesto. Guardé la ficha en

mi bolsillo y, saliendo del local, anduve varias manzanas de casas. Llegué a un gran edificio de piedra, crucé un vestíbulo de mármol y tomé un ascensor.

Al llegar al piso veinticinco, le hice un gesto al ascensorista para que parase y, a lo largo de un pasillo, caminé hasta el despacho de Lon Cohen. Se entra en él por una puerta que ostenta su nombre ampliamente sin ninguna otra indicación. No creo haber entrado jamás en su despacho sin haberle encontrado con el receptor telefónico en la mano. Esta vez no fue una excepción. No interrumpió la conferencia al verme entrar; se limitó a echarme un vistazo. Me senté en una silla, situada al extremo de su escritorio,

y observé que no se notaba en él ni el más leve signo de cansancio. Su cara morena y sus ojos, abiertos y marrones, estaban tan reposados como si la noche anterior no se hubiera retirado de casa de Saúl después de las dos de la madrugada. Cuando hubo acabado de hablar, se volvió hacia mí y sacudió la cabeza.

—Lo siento, me lo he gastado todo. Al menos pude haber ahorrado un penique —dijo.

Él y Saúl habían sido los únicos ganadores en la noche pasada.

—No he venido a sablearte —contesté—. Espero poder sobrevivir durante una semana, pero, ¿qué hay de

Jimmy Vail?

—¡Oh! —exclamó—. ¿Anda Wolfe buscando empleo o lo tiene ya?

—Ni una cosa ni otra. Soy yo quien siente curiosidad. Iba paseando cuando oí algo acerca de Jimmy Vail. No tuve paciencia para comprar un periódico. ¿Qué ha ocurrido?

—Ha muerto.

—Eso he oído. Pero, ¿cómo?

—Le encontraron..., ¿sabes algo acerca de la biblioteca de Harold F. Tedder?

—Sí. Estatuas.

—Le encontraron allí, poco después de las nueve de la mañana. Su hijastra, Margot Tedder. Estaba en el suelo y,

sobre él, Benjamín

Franklin. Franklin en bronce. Una copia del de Filadelfia, obra de John Thomas Macklin. Sería una bonita fotografía, pero no sé si la tenemos. ¿Quieres que telefonee abajo?

—No, gracias. Pero, ¿sabes cómo llegó a caer Franklin sobre Jimmy Vail?

—¡Si lo supiera! ¡O cuando menos fuera el primero en saberlo! ¿Se te ocurre algo?

—No. ¿Qué es lo que sabes?

—Poco, por no decir nada. Puedo telefonar abajo y enterarme si se sabe algo más, pero lo dudo. Tenemos a cinco hombres trabajando en este asunto, pero ya sabes lo que ocurre con los polis y no

digamos cuando intervienen los del DA. No se limitan a gruñir, es como si tuvieran los labios cosidos.

—Pero tú has de saber *algo*. Por ejemplo, ¿cuánto tiempo lleva muerto?

—No lo sabemos, aunque esperamos estar enterados antes de las tres.

Sonó el timbre del teléfono. Lo cogió y dijo tres veces «Sí» y cuatro veces «No». Y después se volvió hacia mí.

—Te toca a ti, Archie. Sospecho que Wolfe está metido en esto. Ayer por la mañana apareció el cadáver de la secretaria de la señora Vail en una cuneta de Westchester. Hoy aparece el cadáver del señor Vail y, a continuación,

apareces tú aquí. No te habría sido suficiente con telefonar, sino que vienes personalmente. Lo que quiere decir que Wolfe trabaja para alguien de los Vail. Pero, ¿desde cuándo?

Le miré fijamente.

—Me sería fácil darte toda una página de información —dije.

—Me conformo con media página. Deja ya de atravesarme con la mirada. Soy muy nervioso. ¿Sabes quién mató a la secretaria?

—No. Creía saberlo, pero me equivoqué. Lo que yo sospecho puede estallar de un momento a otro... o tal vez no. Si te informo de ello, deberás callarlo hasta que yo te autorice a

divulgarlo. A no ser que estalle antes, claro. Es asunto privado. Ni siquiera Wolfe sabe que estoy aquí.

—De acuerdo, callaré.

—¿Lo dices de veras?

—Sí. Callaré hasta que sea el momento.

—En tal caso, coge lápiz y papel. El domingo por la noche, Jimmy Vail debía regresar a su casa, después de haber pasado el fin de semana en su casa de campo. Pero no regresó. En el correo del lunes, la señora Vail recibió una carta en que se le decía que su marido había sido secuestrado y que se le dejaría de nuevo en libertad si ella entregaba quinientos de los grandes.

Debía esperar la llamada de un tal Knapp, que le diría lo que debía hacer. Tengo en mi poder varias fotocopias de esa carta, que quizá me decida a cederte, si me ayudas a marcar las cartas, con el fin de recuperar el dinero que me ganó Saúl. ¿Te gustaría poder publicar esa foto en exclusiva?

—Te ayudaré a marcar cien barajas. Mil barajas. ¿Trato hecho, Archie?

—Sí.

—Diablo, eso de «Knapp» me gusta. ¿Cómo se escribe?

Deletreé el nombre y proseguí explicando:

—El lunes por la mañana telefoneó. Le dijo que fuera a recoger el dinero al

Banco, que lo metiera en una maleta y que metiera luego la maleta en el portaequipajes del sedán azul. El martes por la noche, ella debía ir a lo largo de la carretera Treinta y tres hasta «Fowler's Inn», llegando allí a las diez. Apenas llegó, fue llamada por teléfono y le dijeron que buscara en la guía telefónica la letra «Z». Allí encontró una nota en que se le daban más instrucciones. Yo...

—Magnífico —dijo Lon, sin dejar de manejar el lápiz.

—Sí, no está mal. No me interrumpas, que tengo prisa. No tengo la fotocopia de esas notas, pero copié el texto, directamente de los originales. La

señora Vail siguió las instrucciones que se le daban en la nota y llegó al «Fatted Calf» a las once. Allí se repitió la llamada y le ordenaron que buscase en la guía telefónica la letra «U», donde encontró otra nota, escrita a máquina, como la anterior, con más instrucciones. Siguiéndolas, fue a través de la carretera Treinta y cinco y luego por la Mil treinta y tres hasta el camino de Iron Mine. Es un lugar amplio y rocoso. Se adentró por allí y fue entonces cuando un coche...

—Dinah Utley —cortó Lon—, la secretaria fue encontrada muerta en Iron Mine.

—No interrumpas. Un coche que la seguía hizo varias señales con los focos,

entonces la señora Vail bajó del suyo y entregó la maleta a un hombre. No consiguió ver qué aspecto tenía, pues, aparte los ojos, llevaba el rostro cubierto. Ese hombre le ordenó que regresase a su casa sin detenerse y sin decir nada a nadie, cosa que ella hizo. Ayer por la mañana, alrededor de las siete y media de la mañana, Jimmy Vail telefoneó desde su casa de campo. Dijo que los secuestradores le habían soltado y que regresaría a la ciudad en cuanto se hubiese aseado y dormido. También dijo que le habían ordenado mantener en silencio la aventura durante un plazo de cuarenta y ocho horas. No sé con exactitud a qué hora llegó a su casa de la

Quinta Avenida, pero supongo que debió ser hacia las diez de la mañana.

Dicho esto, me levanté, pero aún dije a Lon:

—Bueno, ya lo tienes. Ahora he de irme. Recuerda que, si una sola de estas palabras aparece en el periódico antes del plazo convenido o antes de que yo te dé el aviso para publicarlas, escribiré una carta al editor y te aseguro que quedas cesante. Tampoco debes mencionar en absoluto el nombre de Wolfe o el mío. Si lo del secuestro sale a la luz antes de que yo te haya avisado, tampoco habrás perdido nada, ya que dispondrás de una serie de informes completamente inéditos. ¡Hasta la vista!

—¡Espera! —dijo Lon, levantándose—. De sobra sabes lo peligroso que es todo esto. Puede convertirme en cenizas.

—Claro que sí. Y, en tal caso, no podrías enseñarme a marcar la baraja.

—¿Hasta qué extremo es verídico todo esto?

—¿Quién es capaz de saberlo? Si es cierto, cada una de esas palabras es oro; si no lo es, podemos asegurar que la señora Vail es una solemne mentirosa e incluso una asesina. De ser así, no hay cuidado que pueda pedirte daños y perjuicios. Pero, si fue ella quien mató a Dinah Utley, ¿quién mató a Jimmy Vail? ¿Benjamín Franklin?

Di media vuelta hacia la puerta.

—¡Maldita sea! ¿Vas a escucharme?

—Me cogió por un brazo—. ¿Estaba Dinah Utley en el sedán, con la señora Vail?

—No. En este punto no caben alternativas. El automóvil de Dinah Utley estaba también en Iron Mine. Pero, basta ya, Lon. Podrías estar interrogándome durante una hora, pero yo no dispongo, ni mucho menos, de ese tiempo.

Y me fui. Entré de nuevo en el ascensor, crucé el vestíbulo y caminé a lo largo de la calle. Un taxi no me hubiera transportado con más diligencia. Crucé Lexington Avenue, en dirección a la casa de piedra marrón.

Abrí la puerta con mi propia llave, colgué mi abrigo y me dirigí al despacho de Wolfe. Estaba ya ante su escritorio, bebiendo cerveza.

—Buenas tardes —dije—. ¿Escuchó la radio para enterarse del boletín de noticias de las doce?

—Sí.

—¿Hablaron de Jimmy Vail?

—Sí.

Me senté ante mi escritorio.

—He entrado para darle a usted la satisfacción de despedirme cara a cara. He desobedecido sus órdenes. Soy desleal. He traicionado su confianza. Acabo de informar a Lon Cohen de todo lo referente al secuestro de Jimmy Vail.

Aunque, de momento, no publicará nada, hasta que yo lo autorice. No le dije que la señora Vail ha contratado sus servicios, por lo tanto, esto le excluye a usted del asunto. No es que abandone mi empleo, es usted quien me despide, por lo tanto, tengo derecho al sueldo de dos meses como indemnización.

Cogió el vaso y bebió. Le gusta beber cuando queda una pulgada de espuma sobre la cerveza, para que quede prendida en sus labios y poder luego sorberla. La sorbió y colocó el vaso sobre la mesa.

—¿Es una bravata? —preguntó.

—No, señor. Si desea usted saber por qué lo hice, se lo diré, aunque no

como excusa, sino como información.
¿Lo desea?

—Sí.

—La cosa se empezaba a poner al rojo vivo. Yo sabía demasiadas cosas que usted ignora. No se interesó por saber lo que hice en White Plains y, a pesar de que sabía que yo había ido a ver a la señora Vail, no dio un paso para enterarse del resultado de la entrevista. Por ello...

—No me negué a escucharle.

—Sabe usted de sobra cómo habían quedado las cosas. Me dijo que lo ocurrido a Dinah Utley no tenía interés y no nos concernía. ¿Merece la pena insistir en esto?

—No.

—Conforme. Lo que vi allí me hizo suponer que Jimmy Vail se había secuestrado a sí mismo y nos estaba tomando el pelo. También sospeché que había asesinado a Dinah Utley. Usted hubiera deseado que yo le dijera: «Por favor, señor Wolfe, ¿será tan amable de prestarme un poco de atención? Si no le resulta molestia, le diré lo sucedido en Iron Mine, para que usted decida lo que conviene hacer.» Todo esto podía habérselo dicho a las once, cuando baja del invernadero. Pero no me gustó y, en vista de ello, me fui a pasear; sólo que a las once y veinte oí cómo un hombre le decía a otro que había muerto Jimmy

Vail. Había sido encontrado en el suelo de la biblioteca, donde yo había estado la tarde anterior.

Hice una pausa, para acentuar el dramatismo de la situación, y proseguí:

—¿Qué estaba yo diciendo? Ah, sí; ha de saber, además, que, si los de la Brigada de Homicidios ignoran aún que ayer estuve allí, no tardarán mucho en saberlo. Es posible incluso que, en estos momentos, Cramer esté ya llamando al timbre. Tuve ocasión de encontrarle allí en el momento en que me marchaba. Me preguntó lo que hacía allí, me negué a contestar y ello puede costarme mi licencia. Después de todo, no creo que me iba a servir de mucho por sentarme

aquí y decirle: «Por favor, señor Wolfe, aunque esto no le concierne, permita que le cuente lo ocurrido porque estoy en un lío.» ¿Qué hubiera hecho usted? Tenía que componérmelas yo solo. Así es que fui a ver a Lon Cohen y le conté todo lo relacionado con el secuestro, cosa que usted me había prohibido. Luego vine aquí y vi que no estaban ni Cramer ni Stebbins. Tampoco había rastro de policías a la puerta; en vista de ello, entré. Ahora despídame y me marcharé. Le puedo asegurar que nadie va a ser capaz de dar conmigo antes de mañana a las once de la mañana, hora en que expira el plazo.

Me levanté.

—Siéntese —bramó.

—No. Cramer o Stebbins están al llegar.

—No les recibiré.

—Cercarán la casa y volverán al poco rato con una orden de arresto — dije, echando a andar.

—¡Deténgase! —ordenó—. Muy bien —convino—, reconozco que lo ocurrido con la señorita Utley nos concierne. Es una abdicación en regla. No me deja usted opción para elegir. Dígame lo que tenga que decirme.

—¿Por qué he de hacer un informe, estando despedido?

—No está usted despedido. ¡Por todos los demonios, hable!

—Es demasiado tarde. Nos interrumpirían. De un momento a otro, llamarán a la puerta.

Me miró en silencio y luego miró a su reloj. Cerró las manos y las miró, luego empujó con ellas su sillón hacia atrás. Se levantó y, al llegar al vestíbulo, gritó: «¡Fritz!» La puerta de la cocina se abrió de golpe y Fritz apareció. Wolfe ya se dirigía hacia la percha. Descolgó su abrigo.

—¿Ha abierto los mariscos?

—No, señor. Sólo que...

—No los abra. Guárdelos. Archie y yo vamos a salir. No abra la puerta a nadie.

—Pero..., pero —tartamudeó Fritz,

quien no salía de su asombro.

—Si preguntan por nosotros, no podrá decir dónde estamos, porque lo ignorará —introdujo los brazos en el abrigo que yo le sostenía—. Comeremos mañana, a la hora acostumbrada.

—Pero... se marcha usted sin equipaje...

—Ya me arreglaré. Déselo a Theodore. Ya sabes lo que es una orden de registro. Si se presenta un policía, déjalo pasar y no te muevas de su lado. ¿Vamos, Archie?

Me puse mi abrigo y abrí la puerta. Cuando hubimos bajado la escalinata, pregunté:

—¿El coche?

Wolfe negó con un gesto y, al llegar a la esquina, torció a la derecha, hacia la Novena Avenida. No llegamos a ella. De repente, se detuvo ante una casa muy parecida a la nuestra, en cuanto a aspecto y estado de conservación, con la diferencia de que tenía vestíbulo. Apretó el timbre y, al momento, se abrió la puerta, apareciendo una mujer de oscuro cabello, de dulces facciones, a la que había estado enviando orquídeas en los últimos diez años. Era de baja estatura, por lo que hubo de alzar la vista para mirarnos.

—Cómo, señor Wolfe..., señor Goodwin..., pasen. ¿Desean ver al doctor?

Entramos y ella cerró la puerta.

—No nos trae un asunto profesional —dijo Wolfe—. Y tampoco nos sobra el tiempo.

—Claro, como guste...

Parecía intimidada. Yo ya había estado allí en diferentes ocasiones, pero Wolfe no. El doctor solía visitarle a domicilio. La mujer fue hacia el vestíbulo y abrió una puerta, desapareciendo. El doctor Vollmer no tardó ni dos minutos en aparecer. Era un hombrecillo de aspecto triste y escasa mandíbula. En una ocasión me colocó veintidós puntos en el costado; fue cuando un tipo me clavó un cuchillo con menos profundidad de la que él deseaba.

Se acercó a nosotros.

—Vaya, vaya... ¡Pasen, por favor!

—Hemos venido a molestarle, doctor —dijo Wolfe—. Necesitamos una habitación donde poder quedarnos en lo que queda de día y un par de camas para dormir esta noche. También necesitamos comida hasta mañana. ¿Podemos contar con usted?

Vollmer no estaba sorprendido, estaba atónito.

—Pues claro... Quiere decir que usted..., ¿usted y Archie?

—Sí. Esperamos un visitante poco grato y hemos escogido el éxodo. Mañana el visitante será algo más grato. Hasta entonces, necesitamos refugio. Si

ello le representa a usted un exceso de molestia...

—No, claro que no —sonrió—. Me siento muy honrado, más aún, halagado. Sólo que me preocupa lo de la comida; no tengo ningún Fritz a mis órdenes. ¿Necesitarán teléfono en la habitación?

—No, no; nos basta con la habitación. Gracias, Vollmer.

—En tal caso, si ustedes me permiten... Tengo un paciente en el consultorio...

Cruzó la puerta, desapareciendo. Un par de minutos después regresó la mujer de cabello oscuro, cuyo nombre era Helen Gillard. Nos indicó que la acompañásemos, con un tono de voz

lleno de naturalidad, como si fuese cosa corriente el que unos vecinos se presenten sin previo aviso a solicitar hospedaje para dos días.

Subimos unas escaleras y cruzamos un vestíbulo; luego entramos en una habitación muy espaciosa, con dos ventanas que se abrían a la calle y una gran cama. Las paredes estaban recubiertas de fotografías de barcos, de partidos de *baseball* y de chicos y chicas. Bill Vollmer, a quien en una ocasión enseñé a tomar huellas dactilares, estaba en el colegio. Helen preguntó:

—¿Bajarán al comedor o prefieren que les suba una bandeja con la comida

aquí?

—Más adelante le dirá algo el señor Goodwin. Gracias.

—¿Y ahora desean ustedes algo?

Wolfe hizo un gesto negativo con la cabeza y ella se marchó. Dejó la puerta abierta y yo la cerré. Nos quitamos los abrigos y los colgamos en unas perchas que encontramos en el interior de un armario. Wolfe, de pie en el centro de la habitación, la recorrió con la vista. No había que hacerse ilusiones. Los asientos de dos de las sillas medían, por mucho, la mitad del contorno de Wolfe; y, en cuanto al sillón, tenía brazos y parecía una miniatura. En vista de ello, se sentó en la cama. Se quitó los

zapatos, cerró los ojos y dijo:

—Hable.

CAPÍTULO VI

A las 12,35 del viernes, el inspector Cramer, de la Brigada de Homicidios West, se sentó en el sillón de cuero rojo, retiró de su boca el cigarro y dijo:

—Insisto en saber dónde han estado, usted y Goodwin, en las últimas veinticuatro horas.

El único motivo que nos impedía contestar era que sabíamos que inmediatamente él enviaría a uno de sus sabuesos a casa del doctor Vollmer. El doctor tiene siempre mucho trabajo y hubiera sido un mal pago a su

hospitalidad el enviarle ese género de visitas. Hablando de hospitalidad, diré que mi estancia en la casa de nuestros vecinos no me resultó molesta. Wolfe no puede decir otro tanto. Para empezar, no encontró ninguna silla a su medida, de manera que, aunque disponía de libros, no pudo leer, pues no le gusta leer echado en la cama. No consiguió encontrar pijamas a su medida, por lo que tuvo que dormir con su ropa interior. La comida era alimenticia, pero no halagaba a su exigente paladar. Con las almohadas resultaba que una era demasiado pequeña para ser usada sola, pero si utilizaba dos, resultaban demasiado voluminosas. Las toallas

eran o muy cortas o muy largas. Como es natural, se puso de muy mal humor, pero cualquiera se hubiera sentido disgustado, hay que reconocerlo, si le obligaran a emprender un viaje sin darle tiempo a coger un cepillo de dientes.

No nos habíamos atrevido a telefonar a Fritz para saber si habían preguntado por nosotros. De sobra sabíamos que no era fácil que hubieran controlado el teléfono, pero con los «polis» nunca se sabe si deciden o no averiguar la procedencia de una llamada, por lo que, en vista de ello, nos abstuvimos de llamar a Fritz. Así, pues, debíamos conformarnos con las noticias de los periódicos. Los compramos el

jueves por la noche y el viernes por la mañana. En la *Gazette* no había ni palabra acerca del secuestro; Lon mantenía la palabra dada. El *Times* del jueves por la mañana no decía nada nuevo y lo mismo ocurría con la radio.

Se hablaba mucho de Jimmy Vail, pero todo lo que se sabía era lo que me dijera Lon. Jimmy Vail fue encontrado en el suelo de su despacho, a las 9,05 de la mañana del jueves, por su hijastra Margot Tedder. Sobre él estaba la estatua de bronce de Franklin, la cual le había aplastado el pecho.

Fueron cinco personas las que vieron por última vez con vida a Jimmy Vail. Y éstas eran la señora Vail, mujer

del difunto, Margot y Noel Tedder, sus hijastros, Ralph Purcell, hermano de la señora Vail, y Andrew Frost, abogado de ésta. Se hallaban todos reunidos en la biblioteca (el motivo de la reunión era familiar, pero desconocido). Poco después de las diez Jimmy Vail dijo que tenía mucho sueño y se echó en el diván, quedando dormido. Una hora después seguía durmiendo y los demás, dando por terminada la reunión, abandonaron la biblioteca, dejándole allí.

Noel y Margot Tedder y Ralph Purcell se dirigieron al piso superior, para ir a dormir. Andrew Frost y la señora Vail fueron al estudio de ella. Hacia medianoche se marchó el señor

Frost y la señora Vail se fue a acostar. Debía estar tan soñolienta como su marido, ya que seguía durmiendo cuando, al día siguiente, jueves, su hija fue a decirle lo ocurrido a Jimmy.

Todos los que residían en la casa, incluyendo, claro está, a la servidumbre, sabían que la estatua de Benjamín Franklin no era completamente estable. La *Gazette* publicaba un artículo, estudiando las diferentes posibilidades que existen para que una estatua bascule sobre su pedestal. El cronista no había tenido ocasión de estudiar la estatua que había causado la muerte de Jimmy Vail, pero suponía que la causa del accidente no pudo ser leve. Según decía, era

posible que Jimmy cruzase la habitación medio dormido aún y tropezase inadvertidamente con la estatua, promoviendo la caída de ésta y causando su propia muerte.

Me pareció muy decente por parte de la *Gazette* el enfocar el hecho desde el punto de vista de un accidente fortuito, pues ya es sabido que una sospecha de asesinato equivale a la venta de miles de periódicos extra. Publicaban la fotografía que según dijo Lon resultaría curiosa; en ella, Benjamín Franklin aparecía sobre Jimmy Vail.

No había declaración alguna de los miembros de la familia. La señora Vail estaba confinada en su habitación por

orden de su médico de cabecera. El señor Frost había declarado a los periodistas que no entró en la biblioteca, cuando a medianoche abandonó la casa.

Como ya he dicho, tampoco la radio daba noticia alguna, aparte las ya consignadas. A las 11,10 telefoneé desde el despacho del doctor Vollmer, quien a esa hora estaba en el hospital. Le dije a Cramer que Nero Wolfe deseaba facilitarle ciertos informes acerca de Jimmy Vail. A las 11,13 me comuniqué con el juez de distrito de White Plains. Por medio de su ayudante, le hice saber que el señor Wolfe estaba a la disposición del señor Hobart para contestar a cuantas preguntas deseara

hacerle. A las 11,18 llamé a Lon Cohen, a la *Gazette*, y le dije que estaba autorizado a publicar toda la información que le di, incluyendo nuestros nombres, si así lo prefería. Como es natural, hubiera querido hacerme más preguntas, pero colgué el aparato. A las 11,24 dimos las gracias a Helen Gillard y le rogamos transmitiese nuestro agradecimiento al doctor; luego abandonamos la casa, recorrimos la distancia que la separa de la nuestra y llamamos a la puerta de nuestra propia residencia. La puerta estaba cerrada y Fritz en persona salió a abrir. Nos dijo que el sargento Purley Stebbins se había presentado allí diez minutos después de

nuestra marcha y que el inspector Cramer llegó a las seis. No se presentaron con órdenes de registro, pero Cramer había vuelto a telefonar a las 8 y media y a las 10 y cuarto. Ante la puerta del despacho, Wolfe le preguntó a Fritz cómo estaban los mariscos, a lo que Fritz contestó que estaban en perfectas condiciones. Wolfe se sentó ante su escritorio, en la silla en que tan a gusto puede sentarse, y cerró los ojos, suspirando. Yo me acomodé ante mi escritorio y comencé a abrir la correspondencia; pero en aquel momento, sonó el timbre de la puerta de entrada. Fui a abrir y me encontré ante el inspector Cramer. Su cara estaba algo

más sonrosada de lo acostumbrado y sus amplias espaldas me parecieron algo encogidas. Ni me miró siquiera y me siguió en silencio hasta el despacho. Apenas hube cerrado la puerta, cuando le oí mascullar:

—¿Dónde han estado usted y Goodwin, desde ayer por la tarde?

Como ya he dicho, quince minutos después, a las 12,35, replicó:

—Insisto en saber dónde estuvieron usted y Goodwin y lo que hicieron en las últimas veinticuatro horas.

Hicimos inventario. Como es natural, fui yo quien hizo casi todo el gasto de la conversación, pues, como todo el mundo sabe, la única diferencia

que existe entre una cinta magnetofónica y yo, estriba en que a mí pueden hacérseme preguntas. Además había algunas cosas a las que Wolfe no podía contestar por no haber estado presente. Por ejemplo, la visita a White Plains y la reunión en la biblioteca de Harold F. Tedder. Le mostramos la carta llegada por correo y firmada por Knapp, las copias que yo había hecho de las notas encontradas por la señora Vail en las guías telefónicas, así como también el texto de las conversaciones sostenidas por teléfono. Hicimos hincapié, tanto Wolfe como yo, en el hecho de que lo más importante, es un principio, era el retomo con vida de Jimmy Vail. También

le dijimos que nuestra obligación era proteger al señor y a la señora Vail, guardando el silencio de cuarenta y ocho horas que se les había exigido. Como era de esperar, Cramer cogió la ocasión por los cabellos. ¿Por qué habíamos de proteger a Jimmy Vail durante veinticuatro horas después de su muerte? No cabía duda de que el único motivo consistía en que, de esta forma, Wolfe iba a poder quedarse con el dinero que tenía en el Banco. Había retenido informaciones capitales en un caso de homicidio, con el único fin de asegurarse una prima, sin tener en consideración que interfería la labor de la justicia.

Wolfe gruñó y yo me sentí muy ofendido. No, nosotros no habíamos tenido más deseo que el de proteger a la señora Vail, ni tan siquiera sabíamos que Jimmy Vail había sido asesinado. ¿Lo había sido? Nosotros sólo sabíamos lo que decía la Prensa; que Jimmy Vail había sido encontrado muerto en la biblioteca y que se trataba posiblemente de un accidente. ¿No fue accidente? Cramer no contestó, ni falta hacía. El hecho de que estuviese en nuestro despacho hablaba por sí solo. Aseguró que, si habíamos leído las declaraciones del Juez de Distrito, debíamos habernos enterado también de que no se daría por terminante la idea de accidente hasta

haber verificado la autopsia del cadáver y haber llevado a cabo las investigaciones necesarias. Luego se quitó de la boca el cigarro y dijo que deseaba saber dónde habíamos estado en las últimas veinticuatro horas.

Wolfe no tenía ganas de perder el tiempo. Se encontraba de nuevo en su casa, sentado en su silla, y el plazo de cuarenta y ocho horas había terminado. Y los mariscos estarían a punto dentro de una hora.

—Como ya le he dicho —comentó—, sabíamos que iban a molestarnos y decidimos levantar el campo. El lugar adonde nos retiramos carece de interés. Bástele a usted saber que no hablamos

con nadie, ni fuimos a parte alguna. Cuando expiró el plazo de silencio que prometimos a la señora Vail, telefoneamos inmediatamente a su despacho. No hay motivo de querrela. No se atreverá usted a decir que está investigando un asesinato. Todo lo más que está haciendo es averiguar si ha habido asesinato. Por lo tanto no he entorpecido la labor de la justicia. Me ha parecido, por las preguntas que ha hecho al señor Goodwin, que supone usted que él ha estado intentando localizar la máquina de escribir de la señorita Utley. Se equivoca. Desde ayer por la tarde ni él ni yo hemos intentado encontrar nada. Nuestra intervención en

este asunto ha terminado. No tenemos ya obligaciones con la señora Vail. Ya no es cliente nuestra. En caso de que sea ella quien haya asesinado a Dinah Utley y a Jimmy Vail, lo cual no es probable, aunque no imposible, no le adeudo nada.

—¿Le pagó a usted sesenta mil dólares?

—Sí. Y, de acuerdo con las cláusulas de nuestro contrato, los he ganado.

Cramer se levantó. Acercándose a mi escritorio, arrojó la colilla de su cigarro en la papelera. Aquello no era muy corriente en él, pues acostumbraba lanzarla a distancia, errando en el blanco. Luego recogió su sombrero del

suelo, donde lo había tirado al entrar. Antes de cruzar la puerta, todavía le dijo a Wolfe:

—Quiero una relación detallada y sin omisiones de cuanto me acaban de decir. La firmarán usted y Goodwin. Ha de estar en mi despacho a las cuatro en punto. El juez de Distrito deseará seguramente ver a Goodwin en persona y me encantaría que también quisiera verle a usted.

—Se dice muy pronto a las cuatro de la tarde —protesté—. Ese trabajo lleva cuando menos seis horas.

—Lo que deseo es lo esencial, y con detalles. Puede ahorrarse lo relativo a White Plains: eso ya lo saben ellos.

—Dicho esto, cruzó la puerta. Le acompañé y, a mi regreso, Wolfe ya estaba enfrascado en la lectura de su libro. Sentado ante mi escritorio, continué la correspondencia. Cuando hube terminado, cogí papel y varias hojas del papel carbón y procedí a hacer el informe solicitado por Cramer. Preparé varias copias. Una para Cramer, otra para los D. A. de Manhattan y dos para nosotros. Estaba introduciendo el papel en el rodillo cuando sonó la voz de Wolfe:

—*Dendrobium chrysotoxum* para la señorita Gillard y *Laelia purpurata* para el doctor Vollmer. Mañana.

—De acuerdo... *Sistassia* releída

para usted y Transcriptum underwoodum para mí.

Eran las cinco y cuatro minutos cuando, tras haber comido, haberme afeitado y cambiado de ropa, salí de casa. Crucé la Octava Avenida y fui en busca de una *Gazette*. Luego paré un taxi. Había tenido justamente el tiempo suficiente para que Wolfe firmase el informe antes de dirigirse al invernadero, pero me habían interrumpido en varias ocasiones. El sargento Purley Stebbins me telefoneó para decirme que llevase el informe al despacho del D. A., en lugar de entregarlo en la Brigada de Homicidios. Ben Dykes me había retenido durante

quince minutos en el teléfono y finalmente concertó una cita con Wolfe, para las once y treinta del sábado por la mañana. También recibí la llamada de tres periodistas y la visita de dos más. Lo que los había soliviantado era la página frontal de la *Gazette*, que yo iba hojeando mientras el taxi me trasladaba al centro de la ciudad. Allí aparecía el relato del secuestro de Jimmy Vail y la entrega del dinero por la señora Vail. Como es natural, el hecho carecía del interés que suelen tener las historias de secuestros, con la emoción por la suerte que correrá la víctima y su regreso al hogar, pero el hecho de que la víctima fuera encontrada muerta en su domicilio,

horas después de su llegada, resultaba bastante emocionante. Había también fotografías de Iron Mine, «The Fatted Calf» y «Fowler's Inn». Lon no dejaba cabos sueltos; demostraba saber dónde ponía los pies. Nos mencionaba a Wolfe y a mí dando la impresión de que lo que sabíamos no era de mayor trascendencia. Era el mejor bocado que le he servido en bandeja a Cohen y no lo lamentaba. Cuando entré en el despacho de Leonard Street 155, el ayudante del Juez del Distrito, Mandel, tenía el periódico abierto sobre su escritorio..

—¿Cuándo dio usted esta información? —me preguntó, señalando el periódico.

Contesté que a las 11 y diez de aquella misma mañana.

En aquella ocasión no me hicieron perder demasiado tiempo. En ese edificio de piedra había pasado yo muchas horas. Hubo una vez en que un interrogatorio duró seis horas y media, otra vez fueron catorce y, en otras dos ocasiones, la sesión finalizó arrestándome como testigo de cargo. Pero, a la sazón, Mandel y los dos números del Departamento de Homicidios me soltaron antes de dos horas. Fue en parte porque oficialmente el asunto no era de su incumbencia, ya que el secuestro pertenecía a la demarcación de Westchester, pero

también porque no existía la seguridad de que la muerte de Jimmy Vail fuera resultante de un asesinato. Los «polis» ya tienen bastante trabajo con los delincuentes habituales, para, además, complicarse la vida con Tedders y Vails, aparte de que yo llevaba una declaración en regla y firmada. Así, pues, tras haberme sometido durante hora y media a los trámites de rigor, me dejaron marchar. Y, a las seis y cuarto, ya me encontraba pagando al taxi que me había llevado hasta la casa de piedra marrón que comparto con Wolfe. En aquel instante, oí que pronunciaban mi nombre. Me volví. Era Noel Tedder.

—¿Quién diablos se cree que es ese

Nero Wolfe? —farfulló.

—Depende del humor en que se encuentre —contesté intentando liberar mi brazo, que mantenía asido con fuerza —. Suelte mi brazo, que puedo necesitarlo. ¿Qué ha pasado para que Wolfe le haya soltado un bufido?

—Ni tan siquiera he conseguido entrar. Primero me dijo por medio de un criado que regresase después de las seis. Así lo hice y entonces me dicen que Wolfe estaba ocupado, «comprometido», me dijeron. Pregunté por usted y me contestaron que había salido e ignoraban cuándo regresaría. Entonces dije que entraría y esperaría y me dijeron que de ninguna manera. ¿Qué

es necesario, entonces, para verles? ¿Un pasaporte?

—¿Dio usted su nombre?

—Claro que sí.

—¿Dijo el motivo de su visita?

—No. Se lo diré a él.

—Antes deberá decírmelo a mí. No sólo porque esa es la costumbre, sino también porque Wolfe ha tenido un día muy duro. No ha podido desayunarse con jamón acompañado de la salsa que prefiere, también ha tenido que renunciar a su visita a las orquídeas. Luego ha tenido que soportar la visita de un inspector y ha tenido que leer y firmar una declaración. Si me dice el motivo que le trae por aquí, hay cierta

esperanza de que le reciba; en caso contrario, creo que es inútil.

—Pero, ¿vamos a hablar aquí?

—Si lo prefiere, podemos sentarnos en el bordillo.

Ladeó la cabeza para seguir con la mirada a un hombre y a una mujer que pasaban en aquel momento. Observé que iba sin afeitarse. Tampoco le hubiera venido mal un corte de cabello, o cuando menos el empleo de peine y cepillo. Su chaqueta y sus pantalones estaban a [rugados, necesitaban un buen planchado. Cuando el hombre y la mujer se hubieron alejado, se dirigió de nuevo a mí.

—Tengo la oportunidad de forrarme,

pero no me es posible sin ayuda. Mi madre me ha dicho que si soy capaz de encontrar el dinero que dio a los secuestradores, o parte de él, me lo puedo quedar. Medio millón. Quiero que Wolfe me ayude. Le daré una quinta parte, en calidad de honorarios.

Levanté las cejas.

—¿Cuándo le dijo su madre semejante cosa?

—El viernes por la noche.

—Tal vez ahora haya cambiado de criterio.

—No, no ha cambiado. Se lo he vuelto a preguntar esta tarde. No está muy... está muy deprimida, pero pensé que se lo podía preguntar sin alterarla

demasiado. Me contestó que sí. Dijo que, así como así, tampoco desea el dinero.

Mis cejas seguían en alto.

—La Policía está enterada del secuestro y también los del FBI.

—No sé nada del FBI. Nosotros hicimos la declaración a la Policía esta mañana.

—En estos momentos hay docenas de hombres trabajando en este asunto y mañana habrá cientos. Las posibilidades de usted son, por tanto, muy escasas, comprenda.

—¡Maldita sea! Eso es lo que me temía y por ello deseo la ayuda de Nero Wolfe. ¿Acaso no es él mejor que los

demás?

—Es un punto de vista.

Por mi parte, estaba estudiando otro punto de vista. Jamás habíamos intervenido en un asunto de aquel género y, si Wolfe se enredaba en él, iba a ser divertido ver cómo se desenvolvía. Tampoco carecía de interés el recoger una bonita suma, si la ocasión se presentaba.

—La verdad —dije—, dudo mucho de que el señor Wolfe acepte el trato. No tan sólo es hombre excéntrico; le disgusta el trabajar y le molesta el aceptar asuntos sin base sólida. Sin embargo, hablaré con él. Puede usted pasar y esperar.

—Eso será si le dejan a usted entrar —masculló. Hay que reconocer que su timbre de voz no le favorecía.

—Lo intentaré —dije, cruzando la acera.

Me siguió. Habían corrido el cerrojo, por lo que tuve que apretar el timbre. Si Fritz experimentó sorpresa, viéndome introducir a un cliente que había sido despedido dos veces, no lo demostró. Fritz nunca exteriorizaba lo que no cree digno de exteriorizar. Dejé a Noel Tedder en la habitación de la izquierda, crucé el vestíbulo y entré en el despacho. Wolfe se hallaba sentado ante su escritorio. Había abierto el cajón central y contaba unos objetos que

guardaba en él. Se trataba de las cápsulas de cerveza y, en aquel momento, era seguro que estaba calculando el número de cervezas que había ahorrado en las veinticuatro horas que estuvo ausente. Esperé a que cerrase el cajón, para dirigirle la palabra.

—Afectuosos recuerdos de Mandel. No he visto a los del D. A. No creo que nos molesten más, a no ser que se vean obligados a decir que Jimmy Vail no falleció por accidente, cosa que tengo la seguridad que no sienten el menor deseo de decir. ¿Ha visto la *Gazette*?

—Sí.

—¿Hay comentarios?

—No.

—En tal caso, aún no he sido despedido. Ahora reclamo un mes de permiso sin retribución. Tal vez necesite más, pero...

Sus labios temblaron y aspiró una gran bocanada de aire.

—¿Insiste usted en molestarme, más allá de toda resistencia?

—No, señor. Deseo una oportunidad. Al llegar a casa, he encontrado a Noel Tedder ante la puerta. Y él sí que estaba molesto más allá de toda resistencia, porque usted se había negado a recibirle. Su madre le había dicho el viernes por la noche que, en caso de encontrar el dinero que entregó a los secuestradores, podía quedárselo.

El chico vino aquí a solicitar su ayuda. Como es natural, a usted no le interesa el caso, teniendo en cuenta que ahora se dedica solamente a asuntos en que su trabajo se limita a poner anuncios en el periódico, así es que he decidido hacerme yo cargo del asunto. Me he tomado la libertad de hacer pasar al señor Tedder a la sala de espera, pero he querido ponerle a usted en antecedentes. Ya sé que será cosa bastante peliaguda, pero si consigo localizar el fajo de billetes puedo contar con cien de los grandes. Ello me permitirá continuar incordiándole, abriendo un despacho por cuenta propia Con Saúl Panzer como socio bien

podríamos...

—¡Cállese!

—Sí, señor. La ventaja será que usted no precisará...

—¡Cállese!

—Sí, señor.

Me miró sin amabilidad.

—De manera que quiere usted meterme en ese lío demoníaco.

—Vale la pena que se tome la molestia de estudiar el caso. Será muy agradable encontrar algo que buscan diez mil «polis» y los del FBI. Además de que el ingreso que ello supone le permitirá descansar por lo menos hasta el invierno, y no olvide que estamos en el mes de mayo. En caso de que fracase,

no habrá tenido el menor gasto y estará libre de pérdidas. En cuanto a mi propósito de encargarme personalmente del caso, le diré que no le perjudico en absoluto; por ahora no tenemos ningún caso pendiente. Fritz puede muy bien quitar el polvo de su escritorio y vaciar la papelera. Usted abrirá el correo.

—Eso es una fanfarronada. No será capaz.

—¡Que me aspen, si no voy a atreverme!

Cerró los ojos durante unos momentos. Probablemente, contemplaba en su interior la rosada perspectiva de meses y meses de ociosidad y de clientes despedidos. Abrió los ojos y

murmuró:

—Muy bien, que pase.

CAPÍTULO VII

Cuando Noel Tadder se sentó en el sillón de cuero rojo y cruzó las piernas, mostrando los calcetines rayados de azul y amarillo que sobresalían de sus arrugados pantalones, Wolfe le miró detalladamente. Tenía que hacerse una composición de lugar. Siempre le he oído decir que basta fijarse en el atuendo personal de un individuo para saber a qué atenerse acerca de él. También dice que los que llevan trajes poco convencionales son personas con personalidad, pero, en ciertas ocasiones,

también asegura que son pedantes y, claro, así ya no es tan fácil acertar.

Tedder le preguntó si estaba enterado de lo que deseaba y Wolfe asintió. Dijo:

—Y veo que se trata de la menos prometedora oferta que jamás se me hizo. Suponiendo que el señor Goodwin le haya entendido y se haya explicado bien. La señora Vail, su madre, le dijo que, si conseguía encontrar el dinero que pagó por el rescate de su marido, podía usted quedarse dicho dinero. Si yo le ayudo, percibiré un quinto de la cantidad, en caso de conseguir el tener éxito en la búsqueda. Y nada en caso contrario, ¿no es así?

—Sí, señor. Claro que...

—Perdone. ¿Cuándo le dijo su madre todo eso?

—El viernes por la noche. Esta mañana he vuelto a preguntárselo. Con eso de la muerte de Jimmy... de mi padrastro, pensé que era mejor volver a preguntárselo.

—El viernes por la noche, ¿fue usted o fue ella quien hizo la sugerencia?

—¿Sugerencia?

—¿Quién fue el primero en hablar de ello? ¿De quién fue la idea?

—No lo recuerdo. ¿Es importante?

—Puede serlo. Porque, caso de ser usted quien sugirió esa idea, tendríamos la siguiente hipótesis: que usted conoce

el paradero del dinero y desea apoderarse de él de una manera que le permita quedárselo... No me interrumpa. Ha venido aquí en busca de ayuda, porque no le es posible ir tranquilamente a recoger esa cantidad y quedársela sin más explicaciones. Me dará usted pistas, por supuesto, y el señor Goodwin las seguirá y encontrará el dinero. Si sus pistas han levantado mis sospechas, es de esperar que yo cierre los ojos y me limite a cobrar mi parte. Bueno, ¿de quién fue esa idea? ¿De usted o de su madre?

Tedder tartamudeó. No deseo que se formen ustedes una idea equivocada en cuanto al muchacho, sobre todo después

de haber criticado su voz. No es extraño que un hombre tartamudee.

—Cielos —dijo—, ésta sí que es buena. No estaría mal. Pero ¿cómo voy yo a saber dónde está el dinero?

—Puede usted saber dónde lo escondió el jueves por la noche, cuando se lo entregó el cómplice que fue el hombre a quien su madre lo entregó en la carretera.

—No. No, no... —Tedder seguía tartamudeando—. ¿Tiene usted una Biblia?

—Eso despeja la situación y me inclina a creer en su buena fe. ¿Qué estábamos diciendo? Ah, sí; sería inútil intentar llevar este asunto por los

trillados caminos que emplea la autoridad competente. Hemos de enfocar este asunto desde un ángulo que nosotros mismos escojamos y que ellos hayan pasado por alto. Pero antes de empezar diligencia alguna, es preciso que aclaremos un punto. ¿Qué ocurrirá en caso de que encontremos el dinero y su madre se niegue a mantener su oferta?

—No hará tal cosa.

——Puede hacerla.

Tedder sacudió la cabeza.

—Han sido cuatro personas las que han oído cómo me lo decía. Mi hermana Margot, su hermano Ralph, el abogado Frost y Jimmy. Claro que Jimmy ha muerto...

—Aun así, puede hacerlo. En tal caso, quiero advertirle que mi asignación es legal y estoy decidido a cobrarla.

—Claro, ¿y por qué no? No habrá motivo de discusión; mi madre no se retractará. ¿Qué más quiere decirme?

—Hay una serie de hechos que no van a ser de su agrado. El primero de ellos es que la muerte del señor Vail no fue accidental. Se trata de un asesinato.

—¿Qué? —Tedder descruzó las piernas y se incorporó—. Pero si fue él quien hizo caer la estatua sobre sí mismo...

—No —dijo Wolfe con énfasis—, reconozco que el hecho es plausible,

pero no lo bastante como para que la Policía pueda aceptarlo; por mi parte, lo rechazo. En el informe periodístico no dicen si estaba bebido. ¿Lo estaba?

—No.

—¿Había estado bebiendo?

—Un par de copas; ni una más. Corrientemente bebía whisky con agua y era capaz de resistir media docena sin alterarse. No, no estaba ni tan siquiera achispado. Sencillamente, dijo que tenía tanto sueño que no podía mantener abiertos los ojos y se tumbó en el diván.

—Más tarde, cuando los demás se fueron y también usted, ¿dejaron las luces encendidas al abandonar la habitación?

—Fueron apagadas todas menos una. Mi madre dijo que convenía dejar una encendida.

—¿Una luz potente?

—Bastante. Era una lámpara de pie, junto a la pared.

—Así, pues, él se despertó lo bastante como para levantarse y andar. Perdió el equilibrio y se agarró a la estatua, pero ésta, que no estaba firmemente asentada, basculó y cayó sobre él. Es posible, pero yo no lo creo. Me resisto a creer que un hombre, que está lo bastante despierto para caminar, no sea capaz de sortear una estatua que se le viene encima. ¿Se encontraba acaso en línea directa entre el diván y la

puerta?

—No, señor. Pero sí lo bastante cerca —Tedder volvía a tartamudear—. Dijo usted que fue asesinado, pero ¿cómo?, ¿pudo estar tan dormido como para no notar que le arrastraban fuera del diván y que precipitaban una estatua sobre él? ¿Lo cree posible?

—No. Lo que ocurrió es que estaba drogado.

—¡Ni pensarlo!

—No hay otra explicación. Una de sus bebidas contenía una droga. La hipótesis más viable es que se trate de hidrato de doral, que se consigue con gran facilidad. Disuelto en una bebida alcohólica, su sabor queda desvirtuado.

Basta una dosis moderada para provocar un sueño parecido al coma. Por su rápida descomposición, no es posible descubrirlo mediante una autopsia, a no ser que ésta se realice en las tres o cuatro horas siguientes a la muerte del individuo y, aun entonces, la única prueba existente es la identificación de ácido uroclorálico en la orina. Este análisis se hace únicamente cuando existe la sospecha de que ha habido envenenamiento por esa droga. En el caso de Jimmy Vail dudo que existiera esa sospecha. Le advierto que no hablo por hablar. Ayer admití esta posibilidad y consulté un libro.

Wolfe no me había hablado de esto.

Supongo que haber demostrado interés por la muerte de Jimmy Vail hubiera equivalido a reconocer que su muerte podía interesarnos. Por otra parte, en la estantería había varios libros de toxicología, pero Wolfe no había estado allí el día anterior, lo cual me hizo suponer que el informe había salido de la estantería del doctor Vollmer. Por mi parte, tengo una experiencia personal acerca de esa droga, ya que en cierta ocasión me fue servida, junto con un *Mickey Fin*, por una mujer llamada Dora Chapín. Dos horas después de haber ingerido el brebaje, podían haberme arrastrado a todo lo largo de Bedloe's Island y lanzado sobre mí la

estatua de la Libertad, sin que yo me hubiera apercebido de lo más mínimo. Wolfe continuaba hablando.

—Así pues, el hecho de que el señor Vail ha sido asesinado no puede llamarse propiamente una sospecha, sino más bien una deducción. No una deducción final, pero sí una deducción lo bastante firme como para servir de base a mis sospechas. Ahora, gustándole o no, ¿está dispuesto a cooperar?

—No lo sé —la lengua de Tedder asomaba por entre sus dientes—. Continúe con sus deducciones.

—En realidad, no son más que meras tentativas, pero todas ellas tienden a establecer un punto de partida

para nuestras investigaciones. Para empezar, ahí tiene usted otra deducción. La señorita Utley, la secretaria de la señora Vail, estaba implicada en el secuestro y no de manera pasiva o indirecta. A esta conclusión llegamos ya el jueves, hace tres días, con el señor Goodwin. Su muerte...

—¿Cómo lo saben?

—Por detallada observación y debida interpretación. Me reservo el procedimiento. Señor Tedder, si le expongo la situación, es porque voy a necesitar su cooperación, pero no crea por ello que voy a rendirle cuentas de todos mis pasos. Me digno tomar como cierta su buena fe, pero no dejo de

considerar que existe aquella hipótesis... que usted bien pudo ser parte interesada en el secuestro y no ignora el paradero del dinero. De ser así, sería una formidable equivocación el acudir a mí. Yo conseguiría mi parte de honorarios y usted conseguiría lo que se merece. ¿No prefiere abandonar el juego antes de que yo me meta en él? ¿Quiere marcharse?

—Cielos, no. Ya Veo que no se anda usted con rodeos.

—Baso mis posibilidades en nuestro punto de partida. Y no me aparto de él. La señorita Utley estaba envuelta en el secuestro y fue asesinada. El señor Vail fue la víctima del secuestro y también

fue asesinado. Mi sugerencia es que los dos crímenes parten del mismo punto: el secuestro. Y añado que la persona que mató al señor Vail con premeditación, suministrándole una droga, sabe dónde se encuentra el dinero. Además de que tuvo que hallarse presente el viernes por la noche en la reunión familiar. En vista de ello, nuestra labor debe comenzar por un estudio minucioso de la casa y de sus ocupantes. Si está usted dispuesto a comenzar la faena partiendo de esta base, acepto su proposición.

Tedder no cesaba de morderse los labios.

—Jesús —dijo sin cesar de mordérselos—, lo dice usted de una

manera que me da escalofríos... Da usted a entender que quien mató a Jimmy pueden haber sido, por igual, tío Ralph, Frost o mi hermana...

—O su madre, o usted.

—Claro, también estábamos allí. Cielos —repuso meneando la cabeza—. Es una locura pensar en mi madre. En cuanto a mí, le diré que quería a Jimmy. Él no me podía ver ni en pintura, pero yo le apreciaba sinceramente. Tío Ralph...

—Lo que usted dice no guarda relación alguna con mi modo de enfocar las cosas. El secuestrador no sentía la menor animadversión contra Jimmy Vail; lo único que deseaba era el dinero.

Lógicamente, queda excluida del asunto su madre, pero no usted. Existen muchas posibilidades. Cabe pensar que la señorita Utley fue asesinada porque reclamó una parte excesiva del botín. El señor Vail pudo ser asesinado por haber descubierto que uno de los presentes en la reunión estaba relacionado con el secuestro, cosa que no era conveniente para los fines del criminal. Ignoramos la identidad del señor Knapp, aunque todo hace suponer que se trata de un cómplice cuyo trabajo no era otro que el de hacer las llamadas telefónicas. También es posible que fuera él quien recibió el dinero de manos de su madre. De ser así, estamos vendidos antes de empezar.

Podemos, además, suponer que no fue el interés el móvil del robo, pero no debemos pasar de aquí. He dicho «podemos»... «Nosotros.»

¿Empezamos?

—Pero, ¿cómo?

—Primero quiero hablar larga y cuidadosamente con todos los que estuvieron presentes en la reunión del miércoles por la noche. Empezando por usted. Deberá usted traérmelos aquí, uno a uno, con algún pretexto o motivo... prometiéndoles, quizás, una prima del dinero recuperado. Luego ya veré.

—Magnífico. Sencillamente magnífico. Les diré, a mi hermana, por ejemplo, que se presenten aquí para que

usted la asedie a preguntas que no tienen más fin que el de averiguar si secuestró y asesinó a Jimmy. Magnífico.

—Espero que será usted capaz de presentar las cosas con más tacto.

—Claro que soy capaz —se inclinó hacia delante—. Mire, señor Wolfe, puede usted estar en lo cierto y también puede estar equivocado, pero, si consigue el dinero, usted recibirá su parte y yo la mía. No le debo nada a mi tío y Dios sabe que tampoco le debo nada a ese abogado, a Andrew Frost. Intentó convencer a mi madre para que no... ¡Al diablo! En cuanto a mi hermana, no soy su guardián; me consta que es muy capaz de mirar por sí misma.

Intentaré hablar con ella empleando mucho tacto y verá que...

Sonó el teléfono y cogí el auricular.

—Aquí la residencia de Nero Wolfe.

Archie Goodwin al habla.

—Soy Margot Tedder. Deseo hablar con el señor Wolfe.

—Margot Tedder quiere hablar con usted.

Noel emitió un ligero silbido. Wolfe descolgó su propio teléfono.

—¿Diga, señorita Tedder?

—¿Es usted Nero Wolfe?

—Sí.

—No suele usted ir a ningún lado, ¿verdad?

—No.

—En tal caso deberé ir yo ahí. Desearía hablar con usted. ¿Puedo acercarme ahora mismo?

—Pues me temo que no. Ya que, cuando llegue usted, me hallaré almorzando. ¿Para qué desea verme?

—Deseo que me ayude en una empresa.

—¿De qué se trata?

—Prefiero... oh, no importa. Se trata del dinero que mi madre dio a los secuestradores. Ya sabe usted lo que ocurrió.

—Sí. ¿Qué más?

—Mi madre me ha dicho que, si encuentro ese dinero, puedo quedármelo, por lo que deseo que usted

me ayude a dar con él. No tenemos tiempo que perder. Voy ahora mismo. Su almuerzo puede esperar.

—No puede ser. Para hablar con mayor propiedad, le diré que no es tal mi deseo. Preséntese aquí a las nueve; ni un minuto antes. Estoy ocupado. Ruego me disculpe, pero he de colgar.

Y colgó el auricular, para dirigirse a Tedder

—Era su hermana. La señora Vail le dijo que, si encuentra el dinero que entregó a los secuestradores, se lo puede quedar. Desea que le ayude a conseguirlo. Cuando venga, le diré que usted ya contrató mis servicios. Vendrá a verme a las nueve. Ahora disponemos

exactamente de veinte minutos hasta la hora del almuerzo. ¿Dónde estuvo usted, desde las ocho de la noche del domingo, hasta las ocho del miércoles por la mañana?

CAPÍTULO VIII

La explicación que pueda dar un hombre, acerca de la forma en que empleó su tiempo, desde un sábado hasta un miércoles, no es de importancia definitiva, a pesar de que todos los datos dejen de concordar entre sí. Pues existen muchas personas incapaces de recordar lo que hicieron en las últimas cuarenta y ocho horas, aun cuando no hayan intervenido en un secuestro o asesinato. Wolfe, conocedor por

otra parte de lo fácil que resulta encontrar coartadas, no suele molestarse

en verificar las declaraciones. En nuestra larga carrera tan sólo creo haberle visto verificar unas cuatro o cinco. Alguna vez ha encargado ese trabajo a Saúl Panzer, a Fred Durkin o a Orrie Cather, pero ha sido en poquísimas ocasiones. Saqué mi cuaderno y me dispuse a taquigrafiar la declaración de Noel Tedder, aun sabiendo que no íbamos a necesitarla más que en caso de que las cosas se complicasen y que los acontecimientos señalasen a Noel como culpable. En realidad, no había más que una hora determinada que tuviera importancia, tanto para Noel como para los demás. No consistía en poner en claro si había

pescado a Jimmy Vail, el sábado por la noche, ni si había colocado las notas en las guías telefónicas, ni si había estado en la carretera de Iron Mine. La hora y el lugar esenciales eran la biblioteca de Harold F. Tedder, en el miércoles por la noche, y de sobra sabíamos que había estado allí. Todos habían estado. Pero las preguntas debían hacerse. Si nos enterábamos de que Noel Tedder había abandonado el país en globo, en compañía de media docena de senadores, y que su ausencia había durado desde el sábado hasta el miércoles por la tarde, era obvio que no cabía sospechar que estuviese enterado del paradero del dinero, que era,

precisamente, de lo que se trataba. Pero será mejor que no pierda espacio y les haga perder a ustedes el tiempo divagando, por lo que prestaremos nuestra atención a cosas concretas.

Lo más interesante fue ver la impresión que causó a Noel Tedder la llamada de su hermana Margot. Ni una sola de las frases de Wolfe le había trastornado de aquel modo. Cuando dijo que no creía que su madre le hubiera dicho tal cosa a Margot, hablaba sin despegar los labios. No cabía duda de que los sentimientos que le inspiraba su hermana eran intensos y que en ellos no intervenía el amor fraterno. Wolfe le hizo varias preguntas acerca de sus

relaciones con Margot, Purcell y Andrew Frost, sin conseguir respuestas inteligibles. Un solo temor le albergaba; el que Wolfe se pasara al bando de su hermana y la ayudara a ella en la empresa. Incluso llegó a prometer que traería a su tío Ralph aquella misma noche, y a Frost a la mañana siguiente. Cuando Fritz anunció el almuerzo, Noel Tedder siguió a Wolfe hasta la misma puerta del comedor, por lo que tuve que agarrarle de un brazo para llevármelo de allí.

Al entrar en el comedor observé que Wolfe había apartado su silla, pero que aún no se había sentado.

—Es una aventura grotesca, absurda.

¿Será puntual esa mujer?

—No lo creo —contesté—. No pertenece a ese tipo.

—Pues conviene que lo sea. En cuanto haya terminado su café, debe llamar por teléfono a Saúl, Fred y Orrie. Que estén en mis habitaciones mañana a las ocho de la mañana. Pues a las nueve quiero estar con usted en el despacho.

En aquel momento, entró Fritz, portador de los calamares rellenos, y Wolfe se sentó a la mesa. No lo había hecho antes porque para dar órdenes, no podía estar sentado; ello hubiera equivalido a trabajar durante la comida y, ¡voto al diablo!, la ley es la ley. Me serví conteniendo la respiración, pues

ocurre que, cuando uno se sirve calamares rellenos, condimentados con cebolla, ajo, champiñones y jerez, y los huele, se sirve tal cantidad que después no le queda más apetito para el pato asado con sidra y acompañado de salsa tártara. Este último plato es una especie de creación de Fritz y Wolfe, pues han suprimido las zanahorias y el perejil, que generalmente se adicionan al guiso, y lo han sustituido por anchoas. Mientras comía los calamares, iba diciéndome a mí mismo que era de primera necesidad el encontrar el medio millón, ya que Saúl y Orrie cobran a veinticinco la hora, más gastos.

No sé qué motivos tendría Wolfe

para creer que a mí me basta con mirar y oír hablar a una mujer para ser capaz de contestar a cualquier pregunta que se me haga acerca de ella. Sobre todo, cuando las interesadas no han llegado a los treinta años. Semejante criterio debe basarlo en el hecho de que, en algunas ocasiones, suelo dar en el blanco. Esta vez, por ejemplo, había dicho que Margot Tedder no era puntual y llegó con veinticinco minutos de retraso. Bien es verdad que, si ella hubiera llegado puntual, yo hubiera dicho que ello se debía a que le corría prisa mejorar su situación financiera.

Cuando se tiene fama de algo, acaba uno convenciéndose sinceramente de lo

que le adjudican a uno.

Ya he dicho en una ocasión que, según rumores, la señorita Tedder no bajaba nunca la barbilla, para así poder mirar a los demás desde arriba; el modo de entrar en nuestra casa, por ejemplo, corroboró los rumores. Cuando pasó junto a mí, me dirigió un saludo apropiado para un mayordomo, a pesar de que yo no recuerdo haber encontrado ninguno en su casa de la Quinta Avenida. Cuando la conduje al despacho, se detuvo ante un tapiz, lo miró detenidamente, y le preguntó a Wolfe:

—¿Es un Kazak?

—No, un Shirvan —contestó él.

—Seguramente no es usted capaz de

apreciarlo. ¿Le pertenece?

—Lo dudo. Me lo regaló en el año treinta y dos un individuo a quien hice un favor. Siempre tuve la sospecha de que lo robó en Kandahar. Si de derecho no le pertenecía, no es en realidad mío. Claro que la propiedad ilegítima tiene un plazo. Por ejemplo, si ahora se presentase un príncipe de Kandahar o una de sus esposas o concubinas y reclamase el tapiz, yo me negaría a entregarlo. Ello suscitaría un caso judicial muy interesante. Pasado un plazo estipulado, la propiedad legal deja de serlo. Su abuelo fue un bandido; muchas de sus acciones se prestan a licencia, pues bien, si una de sus

víctimas apareciera ahora, y reclamase por ser suyas alguna de las joyas que usted lleva, nadie haría caso de tal reclamación. Me satisface que haya reconocido la calidad de esta pieza, a pesar de que sólo un ignorante podría confundirla con un Kazak. Los Kazaks tienen la trama diferente. ¿Es usted Margot Tedder? Yo soy Nero Wolfe. — Le mostró el sillón de cuero rojo—. Siéntese y dígame lo que desea.

La muchacha había abierto repetidas veces la boca para interrumpir la parrafada de Wolfe, pero la voz de Wolfe no es de las que se prestan a interrupciones, sobre todo cuando clava sus ojos en su interlocutor.

—Ya le dije por teléfono lo que deseaba —dijo Margot.

Me lanzó una ojeada. No quería sentarse porque él le había ordenado que se sentase, pero mantenerse en pie resultaba ridículo. La pobre chica estaba en un dilema. Finalmente encontró una solución. A un extremo del escritorio había una silla amarilla y fue hasta ella para sentarse. Ya dije que su forma de caminar era de lo más antipático, pero hay que reconocer que, una vez sentada, su aspecto no tenía nada de desagradable.

—No he venido aquí para oír conferencias acerca de la propiedad ilegal. Sabe de sobra a qué he venido.

Mi madre le dio a usted sesenta mil dólares por nada. Cuanto hizo fue publicar un anuncio en el periódico. Creo que por sesenta mil dólares bien puede usted ayudarme a mí a recobrar la cantidad que mi madre dio a los secuestradores. Representa más del diez por ciento.

—El doce por ciento es lo exacto — gruñó Wolfe—. ¿Qué puedo yo hacer? ¿Quiere sugerirme algo?

—Claro que no. Debe usted hacer lo que haría cualquier detective. Es su oficio.

—¿Podré contar con su cooperación?

Le miró, alzando aún más la

barbilla.

—¿Cómo podría yo cooperar?

Wolfe no apartó la vista.

—Dependerá de los acontecimientos

—dijo—. Pongamos como ejemplo una hipótesis. ¿Sabe lo que es una hipótesis?

—Es usted un impertinente.

—No, si no me provoca. Usted no sabía lo que es un Shirvan. He aquí la hipótesis: si acepto el trabajo que usted desea encomendarme, habré de hacerle varias preguntas. Por ejemplo, ¿cuáles eran sus relaciones con Dinah Utley?

—¿Y qué tiene que ver eso con el dinero? —exclamó, indignada.

Wolfe asintió.

—Es lo que yo me figuraba. Está

usted equivocada. Espera que me entregue en cuerpo y alma, así como el señor Goodwin, para contrarrestar la labor de esas hordas de investigaciones profesionales que están mirando ya hasta debajo de cada piedra y cada mata que bordean la carretera. Bah, eso sería pueril. He de enfocar el asunto bajo un ángulo diferente, y el mejor es Dinah Utley. Usted no ignora que el señor Goodwin y yo habíamos llegado a la conclusión de que la señorita Utley estaba envuelta en el asunto del secuestro; oyó cómo su madre y el señor Goodwin hablaron de ello el miércoles por la tarde. Pues bien, ahora no cabe ya la menor duda de ello; tenemos la

certeza. En vista de lo cual...

—¿Por qué lo saben? ¿Porque estaba en la carretera y fue asesinada?

—En parte, sí; pero existen otros factores. Ella estuvo aquí el martes por la tarde. Probablemente estaba en contacto con alguno de los que intervinieron en el secuestro. En vista de ello, me conviene saber todo lo posible de ella. ¿La conocía usted a fondo?

—Pues... era la secretaria de mi madre. Vivía en casa, pero no se consideraba a sí misma como una persona a sueldo. A mi modo de ver, mi madre le concedía demasiadas atenciones y le permitía tomarse demasiadas libertades.

—¿Qué clase de libertades?

—De todas las clases. Comía con nosotros. Si dábamos una fiesta y a ella le apetecía, se presentaba sin más. Si yo le rogaba que hiciera algo, lo hacía o no. Por lo visto se creía que éramos iguales. Bien mirado, pienso que no van ustedes desencaminados. Sí, son ustedes muy listos. En realidad, debí sospechar yo también de Dinah, pero conociéndola tan poco... Estuvo a nuestro servicio durante siete años y me imagino que tendría amistades de su propia clase, aunque yo jamás las vi.

—¿Cree que su hermano sabrá algo más de ella que usted?

—Es posible —afirmó—. Sí, puedo

asegurarlo. Hacía cosas con el único fin de irritarme. Por ejemplo, jugar con ella al *gin rummy* en la biblioteca. Viéndoles se hubiera dicho que pertenecían a una misma clase social... quizás hubiera debido pertenecer. Una vez la llevó a un espectáculo.

—Todo esto parece bastante prometedor. Me gustaría hablar con él. No deseo ofenderla, señorita Tedder, pero debo hacerle una pregunta. ¿Cree usted posible que el secuestro fuera llevado en mutuo acuerdo entre su hermano y la señorita Utley? ¿Cree posible que él estuviera mezclado en el asunto?

—¡Cielos! —Sus labios se

entreabrieron y todo su aspecto denotó sorpresa—. Claro que lo creo posible. Éste es el segundo concepto que se le ha ocurrido a usted y que debió ocurrírseme a mí, desde un principio.

—No me cabe duda de que, a la larga, también a usted se le hubiera ocurrido. Las emociones han puesto trabas al normal desarrollo de su proceso mental. Ahora vamos a...

—Pero, si es así. Noel... en tal caso, quiero decir, Noel conoce el lugar donde se encuentra el dinero. ¡Tiene *ya* el dinero!

—Calma, señorita Tedder. No se trata más que de una suposición. Antes de dar nada por cierto, debemos estudiar

las oportunidades de todos aquellos que estaban en contacto con la señorita Utley. Tengo entendido que el hermano de su madre, el señor Ralph Purcell, vive en la casa. ¿Estaba en buenas relaciones con la señorita Utley?

La señorita Tedder escuchaba sólo a medias, pues las sugerencias acerca de Noel se notaba que la habían sacado de sus casillas. Tengo la certeza de que poco le faltaba para dar un salto, admitiendo que una persona de su clase se permitiese la vulgaridad de dar saltos, para correr al encuentro de su hermano y ventilar la cuestión sin demora. Wolfe comprendió que debía repetir la pregunta y así lo hizo...

—¡Oh! —contestó ella—, está en buenos términos con todo el mundo, o cuando menos lo intenta. Se desvivía por Dinah, pero no creo que ello tenga nada de particular. También se desvive por mí. Es simpático y yo le aprecio mucho, pero no siempre consigue inspirar la simpatía que desea. No creo que tenga nada que ver con el secuestro, le faltaría serenidad.

—Pero su amistad con la señorita Utley era lo bastante grande como para que conociera a las amistades de ella, que no pertenecen a la clase de ustedes, o que, cuando menos, conociera alguno de sus nombres.

—Sí, eso es posible. Usted, de todos

modos, puede hablar con mi hermano y yo hablaré con mi tío, ¿le parece bien?

—Es una solución. A cosas de este género me refería cuando le pregunté si podía contar con su cooperación. Creo haber nombrado a todos aquellos que... Pero no, creo que aún existe otra posibilidad. Leí en los periódicos que el abogado de su madre es Andrew Frost, ¿no es así?

—Sí, se llama Andrew Frost.

—Entra en lo posible que un abogado tenga ocasión de tratar a la secretaria de un cliente. Especialmente cuando, además de las funciones de abogado, ejerce las de administrador de bienes. ¿El señor Frost veía

frecuentemente a la señorita Utley?

—Supongo que debía verla, aunque ignoro si la veía a menudo, desde que ella entró al servicio de mi madre. Dinah había sido secretaria de él y se la cedió a mi madre. Claro que lo hizo por complacer a mi padre. Poco después de que ella entrara en casa, falleció mi padre. Debo decirle que era un verdadero caballero. Sin embargo, desearía añadir algo, no sé por qué, siempre y cuando que usted me prometa no repetirlo jamás. ¿Me lo promete?

—Sí.

Los ojos de la joven buscaron los míos.

—¿Y usted? —dijo.

—También.

—En una ocasión, papá confesó que su padre había sido un bandido.

Bueno, al fin se había humanizado. Wolfe asintió:

—En tal caso, estoy de acuerdo con él. Le agradezco su confianza, señorita Tedder. Si me decido a aceptar el trabajo que desea encomendarme, tendré que hablar con el señor Purcell y el señor Frost. También necesito conocer los pormenores de todo lo ocurrido en la biblioteca de su casa e] miércoles por la noche. Tengo entendido que se sirvieron bebidas. ¿Quién las sirvió?

La joven pareció inquietarse.

—¿Por qué? ¿Para qué desea saber

esto?

—Acaba usted de reconocer que soy listo; pues bien, cualquier reunión en que hayan estado presentes su hermano, el señor Frost o el señor Purcell, puede ser informativa. Dijo usted que el señor Purcell se desvive. ¿Fue él quien sirvió las bebidas?

—No. La bandeja con las bebidas estaba allí y solemos servirnos nosotros mismos... a no ser que alguno se tome la molestia. Creo recordar que el señor Purcell sirvió una copa de jerez, al señor Frost. A mi madre le gusta un combinado de champaña y lo toma después de las comidas. Se lo prepara ella misma. Me preparó a mí también un

poco de ese combinado, pero apenas lo probé.

—¿Qué bebió su hermano?

—Champaña. Le gusta batido.

—¿Y el señor Vail?

—No presté atención.

Probablemente whisky con agua. No importa que sea usted listo, tengo la seguridad de que todas estas preguntas no conducen a nada. Las hace con el único fin de impresionarme. —Eché una ojeada a su reloj de pulsera—. ¿Desea ver en primer lugar a mi tío? Vendrá esta noche si se lo pido.

—Esta noche, no. No intento impresionarla, señorita Tedder —dijo Wolfe, meneando la cabeza—, pero he

conseguido imponerme. Me veo obligado a renunciar a su oferta, aunque no debiera llamarlo oferta, puesto que nada me ha ofrecido. Su hermano sí lo ha hecho. Estuvo aquí esta tarde y me he comprometido para ayudarle a recobrar el dinero. Mis honorarios serán una quinta parte.

La muchacha estaba fuera de sí. Claro es que las personas de su clase no deben ponerse fuera de sí, pero reconocerán ustedes que no le faltaban motivos. Una persona de mi clase le hubiera tirado algo a la cabeza a Wolfe.

—Está usted mintiendo —jadeó—. Lo dice para que le dé una parte del dinero. Por supuesto que una quinta

parte sería ridículo que se la diera. Bastante le ha sacado ya a mi madre. Pero le daré diez mil dólares si consigue recuperar *todo* el dinero. Confío en que lo hará, después de todo lo que hemos hablado.

Wolfe movía la cabeza de un lado a otro con mucha lentitud.

—Es asombroso —dijo—. ¿Qué edad tiene usted?

—No soy una menor, si es eso lo que está usted pensando —contestó la muchacha—. Tengo veintiún años.

—Es curioso que tan obtusa criatura haya podido vivir tantos años sin causar algún desastre. Me he esforzado en hacerle notar que nuestra conversación

se ha circunscrito a puras hipótesis y jamás se me hubiera ocurrido pensar que usted daba por hecho el que contaba con mi cooperación. Me pregunto en qué puede ocuparse un cerebro que nunca se emplea. Sería pueril decirle que no tengo la menor intención de posponer a su hermano a causa de usted, sino que, por el contrario, mantengo la palabra que le di a él. No he mentado al decirle que llegó antes que usted... Es más, estaba aquí cuando usted telefoneó.

Creo que habría que agradecer al padre de la señorita Tedder la forma en que ésta reaccionó. Pues hay que suponer que un verdadero caballero enseña a sus hijos a que jamás se debe

discutir con un subalterno. Y, puesto que Wolfe no era un criado a quien poder ordenar que abandonase inmediatamente la casa, no le quedó más que una solución, la cual puso en práctica. Se levantó y salió de la habitación. Lo hizo exactamente cómo debía. Es decir, sin apresurarse, pero tampoco con excesiva calma. La seguí al vestíbulo y, cuando abrí la puerta de la calle para cederle el paso, me dio brevemente las gracias. Genio y figura. Cerré la puerta y corrí el cerrojo, ya para la noche; luego regresé al despacho y le dije a Wolfe:

—Eso de robarle los bombones a un chico...

Gruñó y apartó la silla.

—Ha sido un día insoportable. Me voy a la cama.

Y se levantó.

—¿Qué hay de Fred y Orrie?

—Mañana hablaremos —dijo, marchándose.

CAPÍTULO IX

El sábado por la mañana escuché las noticias radiofónicas de las siete en mi habitación. Y las de las ocho en la cocina. Saúl, Fred y Orrie ya habían llegado y habían ido a las habitaciones de Wolfe. Yo me hallaba escuchando con mucha atención las noticias retransmitidas a las nueve. Por lo general, me conformo con escucharlas un par de veces al día, pero no siempre se hallan a la búsqueda de un montón de dólares todos los chicos del FBI y de la «poli», con el único fin de disputar al

señor Knapp su ilegal posesión.

También había leído los periódicos matinales. Al parecer, los ayudantes del D. A. seguían intrigados por la muerte de Jimmy Vail. Tenían la certeza de que el único culpable era Benjamín Franklin, y no existía el menor indicio que hiciera suponer que no se tratase de un accidente, pero a pesar de todo seguían investigando. Por mi parte me permití dudar esto último. Si hacían esta declaración, era porque debían precaverse en caso de que surgiera algún imprevisto, pero tengo la seguridad de que las últimas cuatro personas que le vieron con vida no eran molestadas con exceso, ni mucho menos.

Lo que no admitía duda alguna es que investigaban acerca del secuestro. Teniendo en cuenta que Jimmy había muerto antes de haber tenido ocasión de declarar en qué lugar fue raptado, dónde le escondieron y en qué sitio le soltaron, no había pista que se pudiera seguir. El colono de la finca había sido acorralado a preguntas por varios expertos, pero todo cuanto declaró fue que Jimmy Vail se había marchado en su «Thunderbird» poco después de las ocho de la noche y que había regresado el jueves a las siete de la mañana, cansado, sediento, hambriento y sucio. No dio ninguna explicación de su ausencia ni de su extraño aspecto. La teoría era que

Jimmy fue raptado y que los secuestradores se llevaron también su automóvil, escondiéndolo en el mismo lugar en que ocultaron a Jimmy, y que luego se lo entregaron de nuevo para que regresara a su casa. La teoría era lógica, ya que se comprende que no desearan emplearlo ellos. Fue examinado por un buen número de técnicos, en busca de huellas dactilares, e intentando averiguar la distancia a que fue llevado y quiénes pudieron hacer uso de él. También se publicaron fotografías en los periódicos y fue presentado en televisión, exhortando a quienes hubieran podido tener ocasión de verlo, entre el domingo y el jueves, para que se

presentasen a dar cuanta información les fuera posible. Debían presentarse en el D. A. de Westchester o en el FBI.

También fue descrita, aunque no retratada, la maleta que contuvo el dinero. Era de becerro y sus medidas eran de 28 por 16 y por 9, muy usada y con tres cerraduras, una en el centro y una a cada lado. La señora Vail la llevaba cuando fue a recoger el dinero, por lo que la descripción fue hecha por el vicepresidente del Banco.

La mejor pista hubiera sido encontrar algún individuo que hubiera estado en «Fowler's Inn», o en el «Fatted Calf», el martes por la noche, y hubiera visto a alguno de los

secuestradores. El hombre que habló con la señora Vail llevaba el rostro cubierto, pero era seguro que algún cómplice debió estar presente en alguno de los dos sitios, con el fin de vigilar a la señora Vail para que no mostrase a nadie las notas encontradas en las guías telefónicas. En ambos locales recordaban haber visto a la señora Vail. El dueño de «Fowler's Inn» incluso recordaba haberla visto dirigirse a la cabina telefónica y consultar la guía, pero no recordó que nadie de los presentes mostrase especial interés por ella.

Los funerales de Jimmy Vail iban a tener lugar en la capilla Dunstan, el

sábado por la mañana.

Gracias a Nero Wolfe y Archie Goodwin, el asesino de Dinah Utley ocupaba no poco espacio en la Prensa, a pesar de que el único en agradecernoslo era Lon Cohen. No tan sólo el cuerpo de la muchacha había sido encontrado cerca del lugar en que fue entregada la maleta con el dinero, sino que también se insinuaba que ella había tomado parte activa en el secuestro. Cramer había comentado la deducción de Wolfe en Westchester y ello hacía esperar que, cuando se presentase Ben Dykes, a las once y media, íbamos a tener que darle no pocas explicaciones.

Como iba diciendo, me hallaba

escuchando las noticias de las nueve, cuando Saúl, Fred y Orrie bajaron de las habitaciones de Wolfe. Como nada nuevo iban a decir por radio, desconecté el aparato. Si hubiera deseado a un ayudante para un trabajo arduo, es probable que entre los tres hubiera escogido a Fred Durkin o a Orrie Cather, pero me hubiera equivocado. Fred era alto y forzudo, su aspecto denotaba solidez y lealtad, pero su solidez era excesiva de la nuca para arriba, lo cual no le favorecía en situaciones en que se imponía una reacción rápida. Orrie era alto, rápido y listo, sus reacciones no dejaban nada que desear en cuanto a rapidez, pero

podían ser acertadas y podían no serlo. Saúl era bajo y rechoncho, de cara larga y gran nariz. Daba siempre la impresión de que necesitaba un buen afeitado, llevaba gorra en lugar de sombrero y sus pantalones no acusaban el contacto reciente de la plancha. Pero no había agencia detectivesca en toda Nueva York que no hubiese deseado contratarle en calidad de mandamás. Sin embargo, él prefería trabajar por su cuenta, de tal modo que así era posible contratar sus servicios siempre y cuando se estuviera dispuesto a pagar diez dólares por hora.

—Seiscientos de adelanto —dijo Orrie—, y, además, quiero una fotografía de Noel Tedder.

—A mí me hace falta una de Ralph Purcell —dijo Orrie.

—De manera que se han repartido el trabajo —dije, dirigiéndome a la caja fuerte y dando vuelta a la manivela—. Es la manera más indicada para perder tiempo y dinero. En cuanto a las fotografías, les diré que sólo dispongo de recortes de periódicos.

—Se las pediré a Lon Cohen —dijo Saúl—. Me ha dicho Wolfe que están en buenas relaciones con él.

—Ya lo creo. —Abrí la caja fuerte y extraje la caja del dinero—. Tenemos crédito. Iba a tener que reunir un montón de billetes si tuviera que pagamos los favores que le hemos hecho. ¿Así que a

ti te ha tocado en suerte Andrew Frost?

Saúl asintió. Y también me dijo que Wolfe le había dicho que yo estaría en el despacho para ir recibiendo los informes. Me lo estaba temiendo. No negaré que resulta halagador saber que hay tres hombres eficientes trabajando a nuestras órdenes, pero resulta molesto permanecer hora tras hora sentado en el despacho, pendiente del teléfono y dispuesto a salir sin demora en caso de que surja alguna complicación. Les di a cada cual el dinero estipulado, consigné en el libro de gastos las cantidades entregadas y les hice las preguntas rutinarias. Habían entrado en casa a las ocho y eran las nueve y media, así es

que llevábamos gastados 37 dólares con 50 centavos.

Me hallaba bastante retrasado en mi tarea de copiar a máquina, en volantes especiales, los apuntes que Wolfe trae del invernadero acerca de la germinación y desarrollo de las orquídeas. Así es que, en cuanto hube abierto la correspondencia, fui a buscar el cajón que había en el gabinete y empecé a copiar cosas como ésta: «27 no agar. Funk. Sol B. 18 Ib. 4/18/16.» Esperaba de un momento a otro una llamada telefónica de Noel Tedder, de Margot, o de su madre, pero a las once aún no había llamado nadie. Wolfe entró en el despacho; ya no era probable que

telefonease nadie, puesto que a aquella hora debía estar en los funerales.

La entrevista con Ben Dykes, que llegó a las 11,40, no fue desagradable, a pesar de que yo había esperado que lo fuera. No hizo alusión a amenaza alguna, en cuanto a lo que a él concernía, pero no dejó de decir que Hobart era de la opinión de que debíamos ser sancionados y acusados. Había leído el informe que yo había entregado y conocía nuestras declaraciones a Cramer y Mandel, pero deseaba saber más. Nos lo dijo con muy buenas palabras. Aunque no lo expresó abiertamente, le satisfacía que el asesinato de Dinah Utley hubiera tenido

lugar en su condado y se prometía un triunfo sonado, encontrando al asesino y el dinero. Tampoco era de despreciar el beneficio que iba a suponer todo ello. Por su parte, creía haber encontrado una pista que conducía al asesino de Dinah Utley, pero no bastaba. En vista de esto, se quedó una hora indagando acerca de todos los detalles referentes a las conversaciones sostenidas por nosotros con la señora Vail, Dinah Utley y Jimmy, esperando que un pequeño indicio le facilitaría la pista soñada. Cuando le acompañé a la puerta, le dije que, al fin y al cabo, Westchester era cosa suya y él me contestó que sí, pero que el problema consistía en lograr evadirse

del enjambre de «polis» estatales y superhombres del FBI.

Las noticias radiadas de la una de la tarde no dijeron nada nuevo y por nuestra parte tampoco habíamos tenido ocasión de averiguar nada. Saúl, Fred y Orrie nos habían telefoneado. Todos ellos se habían ido al funeral, lo cual no representaba gran ayuda. La verdad es que una de las características de nuestro oficio es que el sujeto, al que se ha de seguir, te conduce adonde quiere. Recuerdo que, en una ocasión, pasé horas enteras siguiendo a un hombre que no cesó de recorrer en todos los sentidos posibles la Quinta Avenida y la avenida Madison. Hube de emplear

todas las astucias y trucos que conozco. Pues bien, más tarde supe que todas las intenciones de aquel hombre se limitaban a encontrar un par de tirantes grises con una raya amarilla.

Pero éste sólo fue un día de tantos. A la hora de comer, Fritz nos sirvió filetes de lenguado asados con tocino y sazonados con mantequilla y finas hierbas. Todos los años, para la primavera, tomamos tanto lenguado que, de cuando en cuando, llego a desear que prohíban su pesca.

Hacia las tres de la tarde hubo novedades, si así se las puede llamar. Sonó el teléfono; se trataba de Orrie Cather. Nos dijo que su individuo y el

de Fred se habían reunido y que, por lo tanto, él y Fred estaban juntos en aquellos momentos. Llamaba desde una cabina del cruce de Lexington. Noel Tedder y Ralph Purcell acababan de entrar en la farmacia de enfrente. Nada más. Diez segundos después volvió a sonar el teléfono. Esta vez se trataba de Noel Tedder. Y no pude evitar un pequeño escalofrío al imaginarme la escena: Noel Tedder hablando conmigo por teléfono en tanto que Orrie y Fred mantenían sus ojos clavados en él. Dijo que había convencido a Purcell para que hablase con Wolfe y que se presentarían dentro de veinte minutos. Se lo dije a Wolfe; quien miró a su reloj y exclamó

que ni pensarlo. Cogí el aparato de nuevo:

—Lo lamento, señor Tedder. El señor Wolfe está...

—¡Me lo figuraba! ¡Mi hermana!

—No se trata de su hermana. Estuvo aquí, pero el señor Wolfe la despidió. El acuerdo a que llegaron ustedes sigue en pie. Lo que ocurre es que el señor Wolfe estará ocupado de cuatro a seis. ¿No les sería posible venir a las seis?

—Comprendo. No cuelgue. —
Transcurrió medio minuto—. Sí, de acuerdo, el señor Purcell dice que estará ahí a las seis.

—Conforme. —Colgué el receptor y di media vuelta—. Tendría gracia que

nos diese una pista interesante... Fred y yo podríamos saltar sobre ella y resolver... claro está, en todo caso, ello ocurrirá a las seis y habremos perdido dos horas. Y, en este intervalo, puede alguien adelantársenos. Lástima de dos horas.

—Sabe usted muy bien —gruñó Wolfe— que, si me apartara de mis reglas y fuera haciendo excepciones, pronto no tendría reglas. Espero que se hará cargo de ello.

Podía haber alegado una retahíla de objeciones, pero, ¿de qué iban a servir? Me ocupé de nuevo de las fichas y de la máquina de escribir. Cuando se marchó al invernadero, conecté la radio para

escuchar las noticias de las 3,59. Nada nuevo. Tampoco se sabía nada más a las cinco. Cuando me trajeron la *Gazette*, vi que había en ella varias fotografías de personas que se encontraban en el «Fatted Calf» y en «Fowler's Inn» el miércoles por la noche. Esto demuestra hasta qué extremo se esmera la Prensa para complacer a sus lectores.

A las cinco y cincuenta y nueve minutos seguía escribiendo a máquina, cuando sonó el timbre de la puerta de entrada. Me levanté y fui a abrir. A través del cristal vi a Ralph Purcell. Y, apenas si había abierto la puerta, cuando ya me dijo en tono de disculpa:

—Perdone, temo que llego con

anticipación.

Me tendió la mano y yo se la estreché. Pensé que no sería el primer asesino a quien estrecharía la mano.

Cogí su sombrero y le acompañé al ascensor. Apenas llegamos al rellano, cuando se abrió una puerta, apareciendo Wolfe por ella. Faltaban pocos minutos para las seis, pero él siempre se toma las cosas con tiempo, porque le gusta que los clientes le encuentren sentado ante su escritorio. Purcell se dirigió hacia él.

—Soy Ralph Purcell, señor Wolfe. Soy un gran admirador de usted. —Tendió la mano—. Soy hermano de la señora Vail.

Naturalmente, Wolfe tuvo que estrecharle la mano y puedo asegurar que, cuando estrecha una mano, lo hace a conciencia. Pude ver cómo Purcell se frotaba los dedos mientras nos dirigíamos al despacho. Wolfe le ordenó que se sentara en el sillón de cuero rojo, a la vez que él se dirigía a su propia mesa.

—Me figuro que el señor Tedder le habrá puesto en antecedentes acerca de la situación, ¿no es así?

Purcell me miraba a mí. Cuando le doy un informe a Wolfe, no suelo omitir el más leve detalle y, en esta ocasión, había tenido tiempo suficiente para hacerlo en casa del doctor Vollmer; a

pesar de ello, me había olvidado de algo. Claro está que se lo había descrito —cara redonda, parecida a la de su hermana, algo grueso y con una calva incipiente—, y también creo haber mencionado que tenía la costumbre de mirar a otra persona en lugar de fijar la atención en aquella que estaba hablando, pero ahora pude notar que no llegaba al extremo de mirar a A cuando hablaba con B. Sus ojos se clavaron en Wolfe.

—Sí —dijo—. Noel me lo explicó todo, pero no estoy seguro de... Me parece un poco...

—Tal vez me sea posible aclararle algún extremo. ¿Qué le dijo?

—Me dijo que usted iba a averiguar

el paradero del dinero que mi hermana dio a los secuestradores. Me preguntó si recordaba qué era lo que mi hermana le había dicho, en caso de encontrar el dinero; es decir, si podía quedárselo, y yo le contesté que sí. Luego me dijo algo que me pareció confuso... quizá no le entendí bien. Dijo que deseaba usted hacerme unas preguntas, puesto que sospechaba que uno de nosotros estaba confabulado con Dinah Utley y también dijo algo acerca de que alguien había vertido algo en la bebida de Jimmy, pero cuando le pedí detalles me dijo que usted me lo explicaría todo.

En resumidas cuentas, Noel había dado pruebas de ser hombre de tacto,

por lo menos con su tío Ralph. Wolfe asintió. Y añadió:

—Es algo complicado. Lo mejor... pero, —¿por qué mira usted al señor Goodwin, cuando le estoy hablando?

Los ojos de Purcell se apartaron rápidamente de mí y sus mejillas se colorearon.

—Es una costumbre —dijo—. Una mala costumbre.

—Desde luego; lo es.

—Lo sé. ¿No ha notado que tengo los ojos saltones?

—No.

—Gracias, pero sé que son saltones. Cuando era niño, la gente decía que miraba con demasiada fijeza. Ella... —

Se detuvo en seco y, tras un momento de vacilación, siguió hablando—: De eso hace mucho tiempo, pero no es otra la causa. Sólo lo hago cuando alguien empieza a hablar; después, cuando yo mismo he hablado un poco, lo dejo de hacer. Ahora ya me siento bien.

—En tal caso, empezaré. —Wolfe apoyó los codos en la mesa y unió los dedos—. Como usted sabe, la señorita Utley estaba complicada en el secuestro.

—No, señor; no lo sabía y añadiré que no puedo creerlo. Oí lo que mi hermana le dijo al señor Goodwin y lo que él le dijo a ella; eso es todo cuanto sé. El motivo que me hace dudarlo es que el secuestro es una cosa muy

peligrosa. Si le descubren a uno, no hay esperanza, y Dinah no era mujer para correr riesgos semejantes. Lo sé porque jugaba con ella a las cartas. Jamás arriesgaba una carta si le cabía la menor duda de que podía perjudicar su juego. Ya sé que todo el mundo procura jugar de esta manera, pero es que ella era exageradamente ponderada.

¿Comprende?

Wolfe no podía entenderle, puesto que él jamás ha jugado a las cartas, pero asintió.

—Y usted, ¿se arriesgó?

—¡Oh, ya lo creo! Soy un jugador empedernido. Ya va por tres veces... no, cuatro, que mi hermana ha intentado

apartarme de este vicio, pero no lo ha podido conseguir. Juego mientras tenga algo para poder apostar, sin poder evitarlo.

—La vida hay que sazonarla — concedió Wolfe—. En cuanto a la señorita Utley, le aseguro que estuvo envuelta en el secuestro. Si le dijera las bases en que fundo mi aseveración, tal vez se sintiera usted escéptico, pero le aseguro que no me equivoco. Ahora bien, después de haber hablado con el señor Tedder, he llegado a la conclusión de que, si la señorita Utley no estaba directamente envuelta en el secuestro, cuando menos conocía a alguno de los secuestradores, por ello necesito

informarme acerca de sus amistades. Y espero que usted conozca a alguna de ellas...

Purcell se apoyó en el respaldo del sillón y dijo:

—Pues eso sí que es curioso. Los amigos de Dinah. Claro que tenía amigos, debía tenerlos, pero, sin embargo, no conozco a ninguno de ellos. Solía salir por las noches al cine y al teatro, pero no sé con quién iba. Es curioso. Creí que la conocía muy bien y... Por supuesto, debía tener muchos conocidos...

Sonó el teléfono. A través del auricular, escuché una voz familiar.

—¿Archie? Aquí Fred. Estoy en una

cabina, enfrente. ¿Me puedo tomar un bocadillo y regreso, o doy la faena por terminada? Si he de seguirle hasta dejarle en su casa, ¿ha de estar ahí mucho rato aún?

—Espera. —Me dirigí a Wolfe—. Es Fred. Dice que su individuo ha entrado en un edificio. Un local que tiene aspecto de ser un antro del vicio. Desea instrucciones. ¿Prosigue con la vigilancia?

—Dígale que puede dar por terminado el trabajo de hoy —contestó Wolfe, lanzándome una ojeada—. Que mañana me presente el informe. Continúe —le dijo a Purcell.

Pero el tío Ralph no tomó la palabra

hasta que yo hube acabado de hablar por teléfono. Los buenos modales son lo primero.

—Volviendo a las amistades de Dinah Utley, decía que ella tenía muchos conocidos. Tuvo oportunidad de conocer a mucha gente en las fiestas y reuniones que se celebran en casa, pero no creo que sea esta clase de personas las que a usted le interesen. Usted se refiere a personas de otro tipo, capaces de aventurarse en algo tan peligroso como un secuestro.

—También pudo ser alguien que se sirviera de ella, en calidad de cómplice.

Purcell denegó con la cabeza.

—No lo creo, señor. No creo a

Dinah capaz de haberse atrevido a aventurarse en un secuestro, pero tengo la certeza de que, de hacerlo, sería en calidad de jefe. —Hizo un movimiento con la mano—. He dicho que le admiro, señor Wolfe, y lo repito sinceramente. Cuando usted dice que Dinah Utley estaba envuelta en el secuestro, sus buenos motivos tendrá. Por mi parte, creí conocer bien a Dinah y, como es natural, siento curiosidad, aunque me figuro que usted no querrá confiar a nadie esos motivos...

—Se los he confiado a alguien. —Wolfe clavó los ojos en él—. Se lo he contado todo a la Policía y, como probablemente no tardará en ser

publicada mi declaración, no tengo inconveniente en satisfacer su curiosidad. La señorita Utley escribió a máquina las notas que su hermana encontró en las guías telefónicas, así como también la carta que recibió por correo, sin lugar a ninguna clase de dudas.

La reacción no fue perceptible. Se hubiera dicho que Purcell no había oído nada. Los únicos músculos de su rostro que se movieron fueron los de sus párpados, que cubrieron nerviosamente los ojos que mantenía fijos en Wolfe. Finalmente dijo:

—Gracias por habérmelo dicho. Esto demuestra que no soy tan corto de

alcances como muchos parecen creer. Algo parecido a lo que usted me dice sospeché cuando me preguntaban si sabía quién se había llevado la máquina de escribir del estudio de mi hermana.

—¿Se lo preguntó la Policía?

—Sí. No quise decirles nada porque... Bueno, no les dije nada, pero a usted voy a decírselo. Vi cómo Dinah se la llevaba el martes por la noche. Su coche estaba aparcado frente a casa y ella metió la máquina en él.

—¿A qué hora de la noche del martes?

—No recuerdo muy bien, pero sé que era antes de las nueve. Hacía poco más de una hora que mi hermana se

había marchado en su propio coche con la maleta.

—¿Cómo sabe usted que llevaba la maleta

—Porque fui yo quien se la llevó hasta el coche y la metí en el portaequipajes. Ví que bajaba la escalera con ella y me ofrecí a ayudarla. No me dijo adónde iba, pero yo tampoco se lo pregunté. Intuí que algo marchaba mal, aunque no sabía el qué. Supuse que iba a reunirse con Jimmy. Él se había marchado el domingo y supuse que no estaba en Katonah, a pesar de que mi hermana no nos había dicho dónde se encontraba. —Purcell sacudió la cabeza—. Así es que fue Dinah quien escribió

las notas y luego se llevó la máquina. Le agradezco que me lo haya dicho. Usted no se ha equivocado en cuanto a ella. Yo creí conocerla. Cuando pienso que el miércoles de la semana pasada,..., no, el sábado, estuve jugando a cartas con ella y que ya entonces había planeado todo eso..., cuesta trabajo creerlo, pero, sin embargo, es así. Comprendo que desee saber acerca de sus amistades y le aseguro que si supiera algo se lo diría. ¿Puedo decirle a mi hermana que Dinah escribió esas notas?

—Lo más probable es que ya se lo haya dicho la Policía. —Wolfe apoyó las manos en los brazos del sillón—. No nos ha sido usted de gran ayuda, señor

Purcell, pero ha sido sincero y sé apreciar la sinceridad. El señor Tedder debe estarle agradecido y no dudo que así se lo manifestaría. No deseo retenerle por más tiempo.

—Pero yo pensé que me explicaría eso de que alguien vertió algo en la bebida de Jimmy...

—Sí, parece ser que así fue. En la biblioteca, el miércoles por la noche. Usted estaba allí.

—Sí.

—¿Le sirvió coñac el señor Frost?

—Sí, creo recordarlo. ¿Cómo lo...?

Ah, fue Noel quien se lo dijo.

—No; me lo dijo su hermana Margot. En un principio, albergué la

esperanza de averiguar, gracias a ella, quién pudo y quién no pudo haber drogado al señor Vail, pero desistí. Semejantes averiguaciones suelen ser muy difíciles: la memoria es demasiado insegura y los intereses demasiado arraigados. El punto de partida es sencillo: el señor Vail debía estar bajo los efectos de una droga cuando fue arrastrado desde el diván hasta muy cerca de la estatua. Es la única explicación posible.

Esta vez, la reacción de Purcell fue evidente. Se quedó con la vista fija y sin parpadear.

—¿Arrastrado? —murmuró—.

¿Dice usted que le arrastraron?

—Sí.

—Pero si no le *arrastraron*. A no ser que quiera usted decir que se arrastró él mismo.

—No. Se hallaba inconsciente. Alguien le arrastró hasta colocarle frente a la estatua para hacer caer ésta sobre él. No voy a darle ahora todos los detalles; si lo he mencionado, ha sido únicamente para darle una explicación acerca de lo que le dijo el señor Tedder con relación a las bebidas.

—Eso equivale a decir que Jimmy fue asesinado.

—Sí.

—La Policía no dijo que hubiera sido asesinado.

—¿No?

—Usted no le dijo esto a Noel.

—Sí, se lo dije.

—¿Le dijo que Jimmy había sido asesinado?

—Sí.

—Pero usted no lo sabe. No puede saberlo.

—La palabra «saber» tiene varias acepciones. Más bien, es una conclusión a la que he llegado.

—En tal caso..., no le interesa en lo más mínimo Dinah Utley. Ha estado abusando de mi buena fe. —Sus mejillas habían enrojecido—. Se ha burlado de mí —se levantó—. Noel debió advertírmelo. No han jugado limpio.

Puede que, en realidad, no sea más que un *tonto*.

Dio media vuelta y se dirigió a la puerta. No me moví de la silla. Hay ocasiones en que es mejor dejar que un visitante abandone el despacho por sus propios medios. Cuando oí que se cerraba la puerta de entrada, fui a comprobar si había quedado cerrado el picaporte y después volví al despacho. Wolfe se había levantado y gesticulaba.

—Tanto si es, como si no es tonto — dijo—, podemos eliminarle de la lista.

E hizo una mueca.

CAPÍTULO X

Nunca he llegado a comprender la actitud de Wolfe, en lo que se refiere a las comidas, y creo que jamás llegaré a comprenderlo. Sus puntos de vista en la materia son estrictamente personales. Cuando Fritz presenta una fuente con pichones asados, y uno de ellos es más gordito y está más dorado que los demás, Wolfe lo escoge en el acto. Cuando nuestra reserva de miel de Grecia se ha agotado, Wolfe le suplica a Fritz que me corrobore el hecho de que la miel americana tampoco deja nada

que desear para la confección de pastelillos. Y así sucesivamente. Se siente verdaderamente disgustado cuando mi obligación me impide comer en casa, porque, probablemente, ofenderé mi paladar saboreando un bocadillo o bien mi estómago permanecerá vacío. Cuando tiene motivos para suponer que algún visitante está hambriento, ordena a Fritz que le sirva algo y no precisamente lo que sobró de nuestra última comida. En cuanto a las interrupciones que puedan surgir a la hora de comer, no las tolera en modo alguno. Nada ni nadie puede obligarle a abandonar la mesa, cuando ya está sentado en su silla. Tampoco yo

puedo interrumpir mi comida. Lo que desearía saber es si me lo prohíbe en mi beneficio particular o porque a la vez se interrumpiría también su comida.

Sea como sea, él es así. No es, pues, de extrañar que, cuando sonó el teléfono y yo me levanté para acudir a la llamada, Wolfe me mirase con severidad y gruñese. No hizo comentarios porque sabía que yo haría caso omiso de su oposición. Era la señora Vail y deseaba hablar con el señor Wolfe. Le dije que él estaba comiendo y que llamase media hora más tarde, pero ella protestó y dijo que le quería ver inmediatamente. En tal caso, dije, no había problema, ya que, si ella salía de su casa en aquel momento,

estaría en la nuestra dentro de diez minutos y, para entonces, Wolfe podría ya recibirla. Contestó que no podía ser, que estaba agotada y, en realidad, parecía estarlo.

—En tal caso, habremos de tomar medidas —dije—. Si el asunto es demasiado privado para hablar por teléfono, iré yo mismo a visitarla y usted me explicará de qué se trata para que yo se lo explique al señor Wolfe.

—El asunto no admite demora. ¿Es que no sale *jamás*?

—Para asuntos de negocios, nunca.

—¿Puede usted venir en seguida, entonces?

—Puedo estar ahí a las nueve —

contesté, tras haber mirado mi reloj—. ¿Le conviene?

Dijo que no le quedaba otra alternativa. Regresé al comedor y dije a Fritz que me sirviera, cuanto antes, el postre y el café. La costumbre es tomar el café en el despacho, ya que allí no sólo se encuentra el sillón preferido de Wolfe, sino que también tenemos a mano el talonario de cheques de Wolfe, para el caso de que yo deba salir de servicio. Cuando hubo terminado el postre, le dije que me iba a visitar a la señora Vail, porque ella así me lo había dicho. Y le solicité instrucciones.

—La inteligencia se guía por la experiencia —gruñó—. Ya conoce usted

la situación; no le debemos nada.

Me marché. Antes de salir, tuve la precaución de asomarme a la terraza para verificar la temperatura y deduje que podía salir sin abrigo, sin temor a coger una pulmonía. Caminé, pues, por la Octava Avenida y cogí un taxi. Durante el trayecto, repasé la situación. La aseveración de Wolfe de que yo conocía la situación no concordaba con la realidad; yo la conocía vista desde mi punto de vista, pero no desde el suyo. A la sazón, incluso era posible que él hubiera hecho ya alguna deducción, aunque no la definitiva. Podía, por ejemplo, haber llegado a la conclusión de que Noel Tedder era un embustero, un

secuestrador y un asesino. O bien que su hermana Margot o el tío Ralph. No sería la primera ni la décima vez que Wolfe se reservaba para sí mismo alguna de sus deducciones.

Noel debía estar esperándome en el vestíbulo, pues, apenas hube pulsado el timbre, cuando ya se abrió la puerta, iba vestido con mucha discreción: traje gris oscuro, camisa blanca y corbata gris. Supuse que se habría vestido de aquella forma a causa del funeral. Cerró la puerta y me dijo:

—¿Por qué diablos le dijo Wolfe a tío Ralph que Jimmy fue asesinado?

—Adivínelo —contesté—. A mi modo de ver, no tuvo otro remedio,

después que usted le hubo dicho que alguien había vertido alguna droga en la bebida de Jimmy. Su tío Ralph insistió en saber el porqué de la pregunta de Wolfe. ¿Era necesario que mencionase usted el asunto de la bebida?

—No. Se me escapó. Pero teniendo en cuenta que Wolfe es tan listo, bien pudo eludir la pregunta.

—Claro que podía, pero no me pregunte por qué no lo hizo. Los motivos de las actitudes de Wolfe no me los explica; a veces; hasta semanas después de haber ocurrido y, en otras ocasiones, no lo hace nunca. Pero, ¿se lo explicó Purcell a la señora Vail?

—Claro que sí. No podía ser de otra

manera.

—Muy bien, en tal caso voy a hacer de cabeza de turco. ¿Dónde está?

—¿Qué va usted a decirle?

—Lo sabrá en cuanto me oiga hablar a mí mismo. Suelo actuar bajo la impresión del momento. Le dije que estaría aquí a las nueve y son las nueve y cinco.

Por un momento, pareció que iba a seguir hablando, pero luego cambió de idea. Me dijo que le siguiera y me condujo hacia el interior. Yo esperaba poder echar un vistazo a la biblioteca, con el fin de comprobar si Benjamín Franklin continuaba en el suelo, pero no tuve esa oportunidad. Entramos en el

ascensor y marcó el tercer piso. Cuando salimos de él, cruzamos un amplio vestíbulo y luego penetramos en una habitación. Una ojeada me bastó para tener la certeza de que una habitación como aquélla le gustaría mucho a mi mujer, en el caso de que alguna vez la tuviera, cosa poco probable, porque una mujer sería muy capaz de pedirme una habitación como aquélla.

Se trataba de una estancia espaciosa, llena de suavidad. La luz era suave, así como los tonos gris y rosa que la decoraban. Crucé la mullida alfombra detrás de Noel, hasta llegar a la cama en que la señora Vail se hallaba tendida, entre sábanas y almohadas color de

rosa, que bien podían ser de seda.

—Puedes marcharte, Noel —dijo.

Su aspecto era atroz. No cabe duda de que el aspecto de las mujeres varía según si están o no maquilladas, pero, aun teniendo en cuenta este detalle, hay que reconocer que el aspecto de la señora Vail era impresionante. Su rostro estaba desencajado, sus mejillas parecían de yeso y unas ojeras, oscuras y profundas, subrayaban sus ojos. Cuando Noel se hubo marchado, me dijo que me sentase y yo acerqué una silla.

—No sé hasta qué extremo puede ser de utilidad el que haya venido usted —dijo—. Mi deseo es preguntar a Nero Wolfe a qué viene semejante ultraje...

Les ha dicho a mi hijo y a mi hermano que Jimmy fue asesinado. ¿Puede darme alguna explicación?

—Lamento tener que decirle que ignoro el motivo que le impulsó a decírselo. Por otra parte, supongo que sabe usted el motivo de la visita que hizo ayer su hijo al señor Wolfe.

—Sí. Desea de él que le ayude a encontrar el dinero que entregué a los secuestradores. Cuando Noel me preguntó si le permitía quedarse con el dinero, en caso de encontrarlo, le contesté que sí; Jimmy había regresado y el dinero no me importaba. Ahora él ha muerto y ya nada me importa tampoco. Pero no fue asesinado.

Así, pues, también Noel había hablado de ello.

—Su hijo le preguntó ayer si mantenía usted su promesa y usted le contestó que sí, ¿no es cierto?

—Sí, creo que sí. Nada importa ya, y menos el dinero... Es decir, sí hay algo que importa; quiero saber qué motivos tiene Nero Wolfe para asegurar que Jimmy fue asesinado. Quiero que me los diga y, si es preciso, iré yo misma a hablar con él, a pesar de que mi médico me ha prohibido abandonar el lecho.

Me vi a mí mismo sosteniéndola, a la vez que le ayudaba a entrar en el despacho de Wolfe, quien la miraría fríamente y se marcharía sin pronunciar

palabra. No sería la primera vez que se produjera una escena semejante.

—No puedo decirle exactamente las causéis por las que asegura tal cosa el señor Wolfe, pero, sin embargo, sí que puedo decirle los motivos en que basa su suposición. —Sabía que, de no decírselo yo, Noel podía decírselo igualmente—. Su marido estaba dormido en el diván cuando ustedes abandonaron la habitación, dejando la luz encendida, ¿no es así?

—Sí.

—Se supone que más tarde él se despertó, se dio cuenta de dónde se encontraba, se dirigió a la puerta y, en el trayecto, perdió el equilibrio, asiéndose

a la estatua, la cual cayó sobre él. ¿Es cierto?

—Sí.

—Pues en esto es en lo que no está de acuerdo el señor Wolfe. No puede creer que un hombre, que está lo bastante despierto como para poder caminar, no sea capaz de esquivar una estatua que cae sobre él. De ello deduce que el señor Vail no estaba dormido simplemente cuando alguien le colocó junto a la estatua, sino que estaba inconsciente. Y, puesto que en la autopsia no han aparecido señales de contusión, hay que creer que estaba drogado. Teniendo en cuenta que todos ustedes estuvieron en la biblioteca, que

se sirvieron bebidas y que él bebió whisky con agua, hay que considerar la posibilidad de que alguien le drogara. Por esto es por lo que el señor Wolfe deduce que fue asesinado.

La señora Vail tenía los ojos en mí.

—Pero todo eso es completamente ridículo —dijo.

—No me extraña que a usted se lo parezca —asentí—. Si el señor Wolfe está en lo cierto, su hijo, su hija, su hermano, su abogado, o usted misma, pudieron matar a Jimmy Vail. Creo que tiene razón, pero como usted sabe, yo trabajo para él. Partiendo de la base de que usted es inocente, se encuentra usted ante un dilema. Bien es verdad que usted

desea que quien asesinó a su esposo sea castigado, pero comprendo que tampoco puede dejar de inquietarla la posibilidad de que tal asesino pueda ser su hijo Noel, su hija Margot, su hermano, e incluso su abogado. Reconozco que la alternativa es dura y no me sorprende que diga usted que la acusación es ridícula. Por otra parte, no es mi intención convencerla de que su esposo fue asesinado, lo que quiero es manifestarle los motivos que tiene el señor Wolfe para sospechar que las cosas ocurrieron así. ¿Qué más desearía usted preguntarle si estuviera él aquí?

—Le diría que está loco. Que es un imbécil y un loco.

—Transmitiré su mensaje. ¿Nada más?

—Sí, dígame también que retiro la promesa hecha a mi hijo de que se puede quedar con el dinero del secuestro si lo recupera. No se lo quedará. No suponía que fuera a consultar a Nero Wolfe.

—También usted fue a visitar a Nero Wolfe.

—Es diferente. Hubiera visitado al mismo diablo, con tal de poder salvar a Jimmy.

Antes de hablar, le di a mi inteligencia tres segundos para que guiase mi experiencia.

—También retransmitiré ese mensaje —dije—, pero no sé los efectos que

producirá. El señor Wolfe es hombre tenaz y obstinado y no tan sólo ambiciona el dinero; lo necesita. Su hijo de usted le ofreció un trato que él aceptó, y dudo que esté dispuesto a renunciar a él tan sólo porque usted haya cambiado de intención. No le quepa duda de que, si le es posible, recuperará ese dinero. En mi modesta opinión, le diré que creo que hay una probabilidad, sobre un millón, de que lo recupere, pero tenga la seguridad de que no cejará en su empeño, sino todo lo contrario. Es muy susceptible y la actitud de usted, retirando una palabra dada, no hará más que aumentar su empeño. Incluso le creo capaz de facilitar a los periódicos un

artículo en el que exponga los motivos que tiene para deducir que el señor Vail fue asesinado. Si quiere seguir mi consejo, no le diga aún a su hijo que está decidida a retirar su promesa. Yo transmitiré su decisión al señor Wolfe y él decidirá por su cuenta si le conviene o no perder el tiempo con un asunto en el que no hay nada que ganar.

Pero no hicieron mis palabras el efecto esperado, pues, a medida de que yo hablaba, pude apreciar cómo sus labios se iban apretando y, cuando hube terminado de hablar, me dijo firmemente:

—Aun cuando encuentre el dinero, no se beneficiará lo más mínimo de él.

Tenga en cuenta que el dinero es mío.

—Eso es cosa que decidirán los abogados. El señor Wolfe podrá alegar que llegó a un acuerdo con su hijo, basado en otro acuerdo que hicieron ustedes ante testigos. Será uno de esos litigios que les gustan a los abogados. Pueden durar años y años.

—Haga el favor de retirarse —dijo.

—Conforme —dije, levantándome—. Pero que quede bien claro...

—¡Salga inmediatamente!

Obedecí. Crucé la habitación y cerré la puerta detrás de mí. Cuando me apeé del ascensor, en la planta baja, Noel Tedder salió a mi encuentro.

—¿Qué le ha dicho? —preguntó.

—Mucho de todo. —Me pareció ver que una sombra desaparecía de su rostro —. Está algo alterada. ¿Qué le parece si diéramos un paseo? Si hay algún bar en la cercanía, puedo invitarle a un trago, siempre y cuando no sea champaña.

Giró la cabeza para mirar hacia arriba, pero luego se volvió hacia mí y dijo:

—No es mala idea.

Echó a andar en dirección a la salida y me cedió el paso al llegar a la puerta. Cuando estuvimos en la calle, sugerí que fuésemos a «Barney's», en la esquina de Madison, de tal modo que nos dirigimos al centro de la ciudad.

El compartimiento de un bar no es un

lugar ideal para conversaciones privadas. Bien es verdad que puede uno vigilar al vecino que tiene enfrente y observar si está escuchando la conversación que sostenemos, pero no es tan fácil vigilar a quien tenemos detrás de nosotros, si no es volviendo la cabeza, lo cual equivale a interrumpir de cuando en cuando el hilo de la conversación. Pero tuvimos suerte. En el momento en que entrábamos Noel y yo en «Barney's», se levantaba una pareja sentada en el compartimiento extremo y pudimos sentarnos de manera que yo me hallaba de espaldas a la pared. Un camarero se acercó, retiró los vasos, limpió la mesa y nos preguntó qué

deseábamos. Cuando se marchó, Noel dijo:

—Así es que no hay nada que hacer. No ha podido convencerla.

Yo le había explicado ya la situación durante el trayecto.

—No ha sido posible. —Mi tono de voz era compasivo, casi triste—. ¿Sabe por qué he querido invitarle a beber algo? Porque yo mismo necesitaba un trago. La conversación que he sostenido con su madre me ha trasladado a Ohio, hace muchos años. Me he acordado de *mi* madre. ¿Cuántos años tiene usted?

—Veintitrés.

—Yo sólo tenía diecisiete, acababa de salir de la escuela superior. Claro, la

situación era para mí más difícil de lo que pueda serlo para usted. Mi madre no era acaudalada como la suya. No había manera de sacarle ni cien, ni mil, aunque los necesitase.

—¡Diablo, tampoco lo consigo yo! No vaya usted a creer que es tan fácil.

—Puede no ser fácil, pero lo principal es que ella tiene dinero y que el problema de usted se reduce a saber pedírselo con acierto. Mi problema era peor. Mi madre era una mujer obstinada y tiránica y no se apartaba de sus normas. Yo no estaba autorizado a tomar la menor decisión. Por eso, mientras hablaba con su madre, pensaba que es una lástima que no pueda usted hacer lo

que yo hice.

Sirvieron las bebidas y Noel bebió un trago de la suya.

—¿Qué es lo que hizo? —me preguntó.

—La mandé al diablo. Fue en un día soleado del mes de junio; el día anterior había recibido mi diploma de la Escuela Superior. Le dije que se fuera al diablo, recalcando bien las letras. No pretendo aconsejarle que siga literalmente mi ejemplo. Su situación es diferente. No necesita llegar a estos extremos. Habiendo fallecido Jimmy Vail, es usted el hombre de la casa. Lo único que ha de hacer es darle a entender que dispone de dos pies para caminar solo. Como es

natural, no se trata de que vaya a su encuentro y le diga «Madre, dispongo de dos pies y sé caminar solo.» Eso no surtiría efecto. Convendría aprovechar una oportunidad y, a mi modo de ver, ésta se le presenta ahora en unas condiciones excelentes: Se trata de obligarla a mantener una promesa hecha. Podría usted decirle: «Madre, usted me autorizó a quedarme con el dinero del secuestro, si conseguía encontrarlo. En vista de ello, hice un trato con el señor Nero

Wolfe. Él me obliga a mantenerlo y yo voy a obligarla a usted a que lo mantenga.»

Añadió agua tónica a su bebida.

—Sí, pero, ya ve, dice que el dinero es suyo.

—Ha dejado de serlo desde el momento en que ella aceptó su proposición ante testigos. Ella le dio a usted ese dinero, con una condición: encontrarlo. Se trata, pues, de una donación y ni siquiera está usted obligado a pagar un impuesto. Hay que reconocer que la posibilidad de hallarlo es mínima, pero, si se encontrara, a usted le bastaría con darle lo suyo a Nero Wolfe para que entraran en su haber cuatrocientos mil dólares limpios. Aun suponiendo que no se encontrara el dinero, es una oportunidad excelente para demostrar a su madre que sabe

caminar por su cuenta. Hay algo más, pero pienso que es mejor olvidarlo.

—¿Por qué? ¿De qué se trata?

Bebí un trago de whisky con soda.

—Es de una importancia relativa, la tendrá tan sólo en caso de que Wolfe encuentre el dinero. Si es así, le pertenecerá la quinta parte. Si su madre se niega a entregármela, estallará la bomba y le alcanzará a usted. Si la cosa va al Juzgado, usted deberá declarar a favor de él.

—No ocurrirá tal cosa, porque no es el dinero lo que trastorna a mi madre, sino Jimmy. El saber que le asesinaron. ¿Por qué demonio se lo diría al tío Ralph el señor Wolfe?

—También se lo dijo a usted.

—Pero tuve el suficiente sentido común como para no decírselo a ella. Mire, Goodwin, si Jimmy murió asesinado, me da igual. Si alguien de los que estábamos en la biblioteca le asesinó, me tiene sin cuidado, pues tengo la seguridad de que no fue mi madre, pero, aunque lo fuera, sería lo mismo. Se supone que estoy en edad de votar, pero le aseguro que, si viera usted de qué modo me tiene subyugado, creería que soy un párvulo. Hace un momento decía usted que yo no necesito hacer lo que usted hizo. Pues bien, sí deseo conseguir ese dinero, y lo deseo precisamente para imitarle. Quiero

decirle a mi madre que se vaya al diablo. Sabía muy bien lo que hacía el miércoles por la noche, cuando ante testigos le pregunté si podía quedarme con el dinero del secuestro en caso de encontrarlo. Además, estaba seguro de que, como estaba tan contenta por haber recuperado a su querido Jimmy, contestaría a todo sin reflexionar. Mi intención era visitar a Nero Wolfe al día siguiente, pero luego apareció muerto Jimmy y todo varió. Ahora Wolfe le ha dicho a tío Ralph que Jimmy murió asesinado y él se lo ha repetido a mi madre, aunque no sé con qué fin. Usted pretende que yo demuestre que sé caminar con mis dos pies, pero ¿qué

ocurre si ni tan siquiera dispongo de uno solo?

—Podemos intentar algo —dije, sacando el cuaderno y la pluma.

En una página en blanco escribí la fecha y, a continuación:

Al señor Nero Wolfe:

Por la presente corroboro el acuerdo que convinimos verbalmente en el día de ayer. Mi madre, la señora Althea Vail, me autorizó, en el miércoles día 26 de abril, y ante testigos, para quedarme con la cantidad de

dólares que entregó a unos secuestradores, en caso de que yo consiguiese encontrar dicha cantidad

Repitió su autorización en el día 28 de abril. En vista de ello, deseo asegurarme los servicios de usted, comprometiéndome a pagarle la quinta parte del dinero recuperado. Confirmo, pues, el acuerdo.

Releí lo escrito y luego le tendí la hoja a Noel, observando la expresión de su rostro mientras lo leía. Lo hizo despacio. Cuando hubo terminado, levantó la cabeza y dijo:

—¿Qué quiere decir?

—Que esto equivale a que disponga usted de un pie. No espero que lo firme, porque dudo que se atreva. Lleva usted demasiado tiempo sojuzgado. Si firmase, ya no sería preciso que le

dijera a su madre que iba a hacer esto y lo otro; le podría decir que lo ha hecho ya. Que ha venido aquí conmigo y que ha firmado un documento por el que se compromete a mantener el acuerdo concertado con el señor Wolfe. No puede castigarle enviándole a la cama sin cenar, porque ya habrá usted cenado. De todos modos, este documento no es imprescindible legalmente, puesto que el señor Wolfe tiene un testigo de su acuerdo verbal: yo.

Releyó el documento, bebió un trago y me miró.

—Deme esa pluma —dijo.

Se la tendí y él estampó su firma en el documento; luego cogió su copa y la

levantó.

—¡Excelsior! ¡Por la paz! —la vació de un trago con tal ímpetu que un trocito de hielo cayó sobre la mesa. Cogió un trocito de hielo y lo tiró en dirección a una papelera que había junto al mostrador. Falló en una yarda. Luego sacudió la cabeza y dijo:

—¿Cómo reaccionó su madre, cuando usted le dijo que se fuera al diablo?

Habiendo conseguido lo que deseaba, no era otra mi intención que la de abandonar aquel lugar cuanto antes, pero Noel no parecía dispuesto a seguirme. Tampoco debía ser desconocido en el lugar, pues el barman

no hizo comentarios acerca de sus lanzamientos de hielo y se limitó a echar de cuando en cuando un vistazo en nuestra dirección por si aparecía otro proyectil. Noel se sentía hablador. Consideraba que yo había hecho de él un héroe y deseaba saber quién lo había hecho de mí a su vez, a la edad de diecisiete años. Me resigné a pasar media hora más en su compañía y a pagarle otra copa, pero, como sospechaba que la intención suya era permanecer allí hasta que la hora justificase su regreso a casa, y acostarse sin entrar a despedirse de su madre, calculé que ello me haría perder por lo menos dos horas. Fingí, pues, tener que

acudir a una cita y, tras mirar repetidas veces a mi reloj, pagué y me marché.

Eran las 10,26 cuando subía la escalera de nuestra casa y pulsé el timbre. Cuando Fritz salió a abrir, me señaló con un dedo el despacho de Wolfe, dándome a entender que teníamos visita. Le pregunté de quién se trataba y, con lo que él llama un cuchicheo, me vociferó:

—Investigación Federal.

—Pues borra todas las huellas digitales y quema todos los papeles — contesté, dirigiéndome hacia el despacho.

A pesar de que ustedes lo duden, puedo asegurarles que, aun cuando Fritz

no me lo hubiera dicho, yo habría sabido en el acto que se trataba de un hombre del FBI. Esos caballeros se esmeran con exceso en procurar mirar de tal forma que uno no repara nunca dónde ponen sus miradas. Por otra parte, también sus mandíbulas los delatan. Han de ser sobresalientes para dar a entender que pertenecen a un hombre intrépido, temerario, astuto, rápido y duro como el acero, pero también han de dar la impresión de que son modestos, educados, pacientes, reservados y comprensivos. No obstante, es muy difícil que una mandíbula permita dar a entender tantas cosas. En resumidas cuentas, lo que interesa es que se sepa

moverla de arriba abajo y de un lado al otro.

—Señor Goodwin, el señor Draper —dijo Wolfe.

El señor Draper se puso en pie y esperó a que yo tendiese mi mano para tender la suya. Modesto y reservado, llevó al momento su mano izquierda al bolsillo y yo le dije que no se molestase, pues es sabido que los del FBI enseñan sus credenciales automáticamente, al igual que los paladines echan mano del revólver. De todos modos, le eché un vistazo, para no desilusionarle.

—El señor Draper lleva aquí una hora —repuso Wolfe, acentuando «una hora»—. Lleva consigo el informe que

firmamos y desea toda clase de pormenores. No creo que quede ya nada por decir, pero deseaba hablar con usted.

Al parecer, íbamos a tener que soportarle una hora más. Sacó su cuaderno y se sentó en el sillón de cuero rojo. Yo me senté ante mi escritorio.

—Pocas preguntas, señor Goodwin —dijo—. En realidad, pequeñeces, ¿no tiene ningún inconveniente?

—No, pero prefiero las preguntas importantes —contesté.

—Es por pura fórmula —continuó—. Por supuesto que usted ya sabe lo que son estas cosas, siendo un buen detective. El señor Wolfe me dice que

usted abandonó esta casa a las seis y media, el viernes pasado, pero ignora a qué hora regresó. ¿A qué hora ocurrió esto?

Me permití una sonrisa modesta, educada y comprensiva.

—Señor Draper —dije—, le agradezco el cumplido. Supone usted que yo seguí a la señora Althea Vail cuando fue a entregar el dinero a los secuestradores, sin el consentimiento del señor Wolfe y en contra de los deseos de nuestra cliente. Piensa que bien pude llegar a Iron Mine, sin llamar la atención de los secuestradores. Reconozco que, al menos para los lectores, semejante aventura hubiera sido una pura maravilla

y le doy las gracias por la atención.

—Está bien, ¿cuándo regresó?

Le hice una minuciosa relación de dónde estuve desde la seis treinta hasta la una, con nombres, lugares y tiempo. Me expresé con lentitud para darle tiempo a que asimilara mi informe y lo pasara a su cuaderno. Cuando hube terminado, me preguntó:

—¿Conduce usted coche?

—Sí, en efecto. Pertenece al señor Wolfe y yo lo conduzco. Es un «Heron» setenta y uno, sedán.

—¿En qué garaje lo guardan?

—Curran, en la Décima Avenida, entre la Treinta y cinco y la Treinta y seis.

—¿Sacó el coche el martes por la noche?

—No, señor. Creo haberle dicho que fui en taxi.

——Sí. Ya se hará usted cargo, señor Goodwin; es por pura fórmula. También a usted, señor Wolfe, le agradezco su ayuda —y se levantó—. No creo que volvamos a molestarles.

Dio media vuelta y se marchó. No me molesté en levantarme para abrirle la puerta, pues los del FBI son tan rápidos que hubiera tenido que dar un salto para conseguir llegar a la puerta antes que él. Cuando oí que ésta se hubo cerrado, me llegué hasta el vestíbulo para echar un vistazo y regresé al despacho. Le tendí a

Wolfe la hoja que había firmado Noel Tedder. La leyó y me preguntó, al guardarla:

—¿Por qué ha hecho esto?

—Me pareció conveniente. ¿Desea un informe?

—Sí.

Me senté y di mi informe verbalmente. Lo expliqué todo, a excepción de la última media hora pasada en compañía de Noel por considerar que carecía de interés. Cuando hube terminado, me dijo:

—Satisfactorio —y volvió a echar un vistazo al documento—. Pero, cuando su madre vino a Nueva York el año pasado y vino a comer aquí un par de

veces, no me pareció notar en ellas los rasgos característicos que describió usted al señor Tedder.

—Ni yo tampoco. Pero, si conseguimos ese dinero y en los periódicos publican algo acerca de mi relato, mi madre no se sorprenderá. Sabe de sobra que, cuando trabajo para usted, debo mentir cuanto más mejor y no le importará saber que he tenido que relacionarla con mi trabajo. Por cierto, que en su última carta hacía mención a las deliciosas croquetas de avellana que comió aquí.

—¿Se lo ha dicho a Fritz?

—Claro. ¿Hay algo para mañana?

—No.

—¿Continuarán Saúl, Fred y Orrie?

—Sí —me contestó, mirándome—.

Archie, usted ya contestó a la pregunta del señor Draper. ¿Tenía él algún motivo para hacer esa pregunta que no fuera la crónica sospecha de un inquisidor?

—Ciertamente. Ha podido encontrar en el camino de Iron Mine las huellas de las ruedas de su automóvil. Tenga en cuenta que yo fui allí con él el miércoles por la mañana.

—No se salga por la tangente. Tiene usted amigos que mentirán si usted se lo pide, sin hacer preguntas. Usted mencionó alguno de ellos. Especialmente uno. ¿Qué había de verdad en su contestación?

—Toda ella se ajustaba a la verdad —confirmé—. Me voy a dormir. Tengo la cabeza ardiendo. Primero el hombre del FBI y ahora usted. Lamento no haberla seguido a ella y después al señor Knapp; al menos, sabríamos en estos momentos dónde está el dinero.

CAPÍTULO XI

Como es natural, no me convenía llamar a casa de Vail diciendo que Wolfe deseaba ver a Noel. En primer lugar, porque se hubiera presentado repleto de radiantes ilusiones y también porque Wolfe deseaba también ver a Orrie y entraba en lo posible que Orrie, siguiéndole, perdiera su rastro al llegar al centro de la ciudad. Teniendo en cuenta que a Wolfe le interesaba hablar también con Saúl, y que éste debía ir a recoger a Fred, consideré que un taxi cuesta lo mismo con dos personas que

con una y, en vista de ello, nos dirigimos a la Décima Avenida y alquilamos uno.

Eran las 11,23 de una soleada mañana del mes de abril. Un coche se detuvo en la esquina de la Quinta Avenida, ante el número 994. Pagamos al conductor y nos apeamos. Tenemos nuestro propio método para entrar en contacto entre nosotros sin llamar la atención. A veces, resulta complicado, pero en este caso resultó sencillo. Bastó con levantar un brazo, como si fuéramos a asustar a una ardilla que trepase por un árbol del parque, y luego dirigirnos hacia el centro de la ciudad. Apenas si habíamos caminado veinte pasos, cuando Fred emergió de detrás de un

automóvil aparcado no lejos de allí y, viniendo hacia nosotros, nos dijo que, de haber venido media hora antes, hubiera tenido tiempo de ir a la iglesia.

—No creo que el ir a la iglesia bastase para santificarte —dije—. ¿Aún no has visto a Purcell?

—No.

—¿Qué hay de Orrie?

—Su individuo apareció a las diez y cincuenta minutos y se marchó tras él — Fred miró a Saúl—. El tuyo llegó a las once y cuarto en un coche y entró. ¿Así es que te han dado esquinazo?

—No —contesté—. ¿Tedder se marchó a pie o en coche?

—A pie. Dio la vuelta en dirección a

la calle Setenta y Ocho. Orrie le seguía a poca distancia. ¿Ha ocurrido algo nuevo?

—Sólo Wolfe lo sabe. Hemos de reunimos en pleno, para conferenciar — me volví hacia Saúl—. Tú y Fred podéis leer la Biblia hasta que yo traiga a Tedder y Orrie. Existen cinco versiones, en cuatro lenguajes diferentes, en el estante superior de la derecha. Me pregunto dónde voy a poder dar con él. Por mi parte, me resulta más fácil pensar mientras hablo.

—Podemos ayudarte a pensar —dijo Saúl—. Aunque tú le conozcas y nosotros no, podemos ayudarte a mirar. Por supuesto que, si ha cogido un taxi,

siendo hoy domingo, lo habrá tomado en la Quinta Avenida. También puede haber pensado que ahorra tiempo pasando por Madison, pero, en tal caso, no habría ido en dirección a la calle Setenta y ocho. Claro que si suponemos que pueda tener coche y que lo tiene en un garaje de la Calle Setenta y ocho...

—No —interrumpió Fred—. Había cuatro coches aparcados en la calle Ochenta y dos. He visto tres de ellos...

Como ya he dicho, Fred no es demasiado rápido en sus reacciones, pero, si se le da tiempo, es capaz de recoger una serie de informaciones variadas que pueden ser de utilidad.

—Conforme —dije—. Os agradezco

que hayáis pensado por mí. Creo que ya sé dónde está. Si no habéis acertado, tanto dará que regresemos a la calle Treinta y cinco y nos dediquemos a cantar himnos, hasta que Orrie telefonee. Seguidme.

Era una posibilidad entre mil, pero era la única posibilidad existente.

Les dejé al este de la avenida Madison, me detuve frente a «Barney's» y les dije:

—Es igual que le demos o no a Orrie la señal para que se reúna con nosotros. Entonces, cuando yo traiga a...

—Ahí está —dijo Saúl

Me volví. Orrie cruzaba en aquel momento la calzada.

—Lo único que necesito —dije— es que alguien piense por mí.

Empujé la puerta de «Barney's» y entré. Era domingo, y por la mañana no solía haber nadie en el bar. También los compartimientos estaban casi vacíos; sin embargo, al fondo, casi junto a la pared, vi una cabeza que me resultó familiar y hacia allí me dirigí. En efecto, se trataba de Noel Tedder. Ante él, y sobre la mesa, había un plato con una ración de pato asado, que no había tocado aún, pero en su mano sostenía un vaso casi vacío. Me miró, parpadeó y dijo:

—¡Vaya! ¡Por todos los santos!

Le dediqué la amistosa sonrisa con que se saludan entre sí los héroes.

—Esto ya no es suerte —dije—, es el destino. Cuando supe que había usted salido, me acordé que no había desayunado y me vine aquí sin reflexionar más. Entro y me encuentro ante usted... ¿Ya ha hablado con su madre?

—No —dijo, vaciando el vaso y dejándolo sobre la mesa—. Mi intención era entrar a verla apenas me hube levantado, pero luego pensé que era mejor esperar. Me dije que me convenía reflexionar acerca de la manera en que iba a afrontar la escena. Y me vine aquí para recordar mejor lo que usted me dijo anoche, al mismo lugar en que sostuvimos la conversación. Siéntese y

humedezca su garganta.

—Gracias, pero la verdad es que estoy de servicio. Ya no será preciso que le diga a su madre que es lo bastante mayorcito para afeitarse. Andrew Frost fue a visitar a Wolfe esta mañana y él le enseñó el documento que usted firmó. A continuación, Frost fue a visitar a su madre. En estos momentos está con ella.

—¡Ha ido a verla! ¡Santo cielo!

—El señor Wolfe me envió a buscarle a usted. Me parece que sospecha dónde se encuentra el dinero, aunque a mí no me lo dijo. Se lo quiere decir a usted personalmente y dijo que desea hacerlo cuanto antes, así es que debería venirse conmigo. Pero ahora

veo que no ha probado el asado aún...

—¡Al diablo el asado! ¿Frost está con mi madre?

—Sí.

—¿Y Wolfe desea verme?

—Sí.

—Míreme usted bien —dijo levantándose—. ¿Se ha fijado en mí?

—Me he fijado.

—¿Me sostengo sobre mis dos pies?

—A la perfección.

—Bien dicho. Vamos, entonces.

El camarero se acercó y, en vista de que Noel no parecía reparar en su presencia, le pregunté cuánto se le debía y saldé la cuenta. Luego seguí a Noel.

En la calle, Saúl había arreglado las

cosas en la forma acostumbrada. En la esquina había dos taxis. El primero estaba vacío y en el segundo esperaba el trío. Incluso ordenó al taxista que tocara la bocina para que no nos equivocásemos de vehículo.

Nos detuvimos ante la casa de piedra marrón a las doce y diez del mediodía. Cuando pagué al taxista, me di cuenta de que no había rastro del coche que nos había seguido. Otro detalle de Saúl. Ignoraba si Wolfe deseaba que Noel viera que había movilizó a todo el equipo, por lo que nos estaba dando tiempo para que entrásemos en casa. Tuve que pulsar el timbre, pues estaba corrido el cerrojo.

Cuando Fritz hubo abierto la puerta, acompañé a Noel al despacho. Hacía exactamente una hora que Wolfe me había ordenado que le trajese al muchacho. A mí me parece que esto es lo que se llama «cuanto antes».

Wolfe hizo algo extraordinario. Se levantó de su silla y avanzó unos pasos tendiendo la mano a Noel. Y pensé que con aquel gesto quería darme a entender a mí que Noel no era un asesino o que pretendía dar a Noel la sensación de que estaba entre amigos y que podía contar con nosotros. Por supuesto que el joven no fue capaz de apreciar el hecho en todo su valor, pues es sabido que, cuando uno está destinado a sentarse un

día u otro sobre una respetable cantidad de millones, son muchas las manos que se le tienden. Se sentó tranquilamente en el sillón de cuero rojo y dijo:

—El señor Goodwin me ha comunicado que usted sabe dónde está el dinero.

—Rectifico —concreté—. Dije que creía que el señor Wolfe sabía dónde se encontraba el dinero.

Wolfe emitió un gruñido y miró a Noel.

—La verdad, no está lejos —dijo—. Lo aseguraría, pero puede ser una simple presunción. Para comprobarlo necesito de su cooperación, su asistencia activa. Aun así, va a ser

difícil...

Sonó el timbre de la puerta de entrada y, mirando fijamente a Wolfe, dije:

—Tres amigos míos. Los pasaré a la sala de espera.

—No —dijo—, que pasen.

Así, pues, se trataba de una fiesta familiar. Les hice pasar, invitándoles a reunirse con las personas de calidad, siempre y cuando que supieran conducirse de modo adecuado. Wolfe les saludó y volvió hacia nuestro cliente.

—Señor Tedder —dijo—, le presento al señor Panzer, al señor Dur—kin y al señor Cather.

Wolfe empleó sus más selectos

modales. Jamás le había visto tan amable. Acerqué unas sillas y se sentaron. Wolfe los miró a los tres y luego centró su atención en Noel.

—El tiempo puede ser de importancia vital y no conviene malgastarlo. El dinero en su totalidad, medio millón en metálico, se encuentra en su casa de campo. Si no está en la casa, está en las dependencias.

—¡Cielos! —dijo Tedder.

—Tardaría toda la tarde en explicar las circunstancias que me han hecho llegar a esta conclusión y no quiero perder ni media hora. Usted sabe que soy sagaz, pues de lo contrario no hubiera venido a solicitar mi ayuda.

Convendrá en ello...

—Perdone. Pero, ¿cómo fue a parar el dinero a ese lugar?

—El señor Vail lo llevó allí. Fue él quien recogió la maleta en Iron Mine. La señora Vail se la entregó. Reconocerá que...

—Pero, por Dios, ¿por qué?

——Señor Tedder, ya le he dicho que necesitaría una tarde entera para explicárselo. ¿Desea ese dinero?

—¡Vaya si lo quiero!

—En tal caso, le conviene aceptar mis palabras como ciertas o, cuando menos, a prueba. Le digo que el dinero está ahí. ¿Quién está ahora en la casa?

—Nadie. Tan sólo el colono.

—¿No hay otros criados?

—No. No solemos residir allí hasta mediados de mayo. A veces, incluso más tarde.

—Estamos a domingo. ¿No habrá ido alguien de su familia a pasar el fin de semana?

—Íbamos cuando vivía mi padre; ahora ya no. Mi madre dice que hace demasiado frío hasta junio.

—El señor Vail fue a pasar allí el último fin de semana. Precisamente el sábado por la mañana. ¿Por qué?

—Para verificar el estado de la techumbre. El colono había advertido que había goteras.

—¿Cómo se llama el colono?

—Waller. Jake Waller.

—¿Está en términos amistosos con él?

—Pues, creo que sí. Claro.

—Una techumbre con goteras no debe descuidarse. ¿No entra en lo posible que su tío, su hermana o su madre vayan allí?

—Tengo la seguridad de que mi madre no irá. En cuanto a tío Ralph o mi hermana, podrían ir, pero no he oído que dijeran nada sobre este particular.

—¿Está cerrada la casa?

—Sí, creo que las puertas están cerradas.

—¿Tiene llave?

—No, ahora no la tengo. En verano,

sí.

—¿Le dejará entrar el colono?

—Naturalmente. ¿Por qué me lo iba a impedir?

Wolfe se dirigió a mí.

—Archie, ¿habrá allí alguien de guardia? ¿Policía del Condado o Federal?

—No —dije, negando con la cabeza—. ¿Con qué fin iban a vigilar el lugar? Para ello tenían que haber llegado a la conclusión que ha llegado usted, cosa que no me parece probable.

Wolfe se dirigió de nuevo a Tedder.

—Señor Tedder —dijo—, le sugiero que, si desea conseguir el dinero, vaya en su busca. Ahora mismo. El señor

Goodwin conducirá mi automóvil y los señores Panzer, Durkin y Cather irán con ustedes. Son competentes, dignos de confianza y eficientes. Mi cocinero ha preparado una cesta con comida, para que puedan comer por el camino; les resultará agradable al paladar y al estómago. No puedo hacerles ninguna sugerencia acerca de lo que conviene que hagan cuando lleguen allí. Yo no conocía al señor Vail; ustedes, sí. Regresó a la casa de campo el miércoles por la mañana y no disponía de mucho tiempo. Como es natural, su propósito era tomar las medidas acertadas y al mismo tiempo no deseaba regresar a Nueva York con retraso. Si tenemos en

cuenta la declaración del colono, el señor Vail llegó a las siete y media y salió para Nueva York algo más tarde de las nueve. Teniendo en cuenta que en este intervalo de tiempo se bañó, afeitó, cambió de ropa y comió, es obvio que no le quedó tiempo para esconder la maleta con el dinero. Sin embargo, cabe la posibilidad de que, como él sabía con antelación que iba a tener que esconderla allí, hubiera tomado sus medidas por adelantado. Conociéndole, pueden hacerse una idea acerca de su modo de actuar. Pregúntese usted, ¿en qué lugar pudo esconder la maleta? Tenga en cuenta que él no tenía por qué temer un registro en regla, puesto que

nadie tenía motivo para sospechar que el dinero pudiera estar allí. De lo único que tenía que precaverse era de un encuentro casual por parte del colono o de un miembro cualquiera de la familia. ¿Supongo que conoce el aspecto de la maleta?

—Claro, ¿quién no?

—La descripción se ha hecho públicamente —asintió Wolfe—. Me parece que puede tener la seguridad de encontrar *esa* maleta. No había motivo para que él cambiase el dinero de sitio, aparte de que ello le hubiera obligado a buscar otro escondrijo para la maleta vacía. —Wolfe se volvió hacia nosotros—. Ahí lo tienen, caballeros. Si desean

hacer alguna pregunta, es el momento.
Les deseo suerte.

—Espero que habrá... —Noel había hablado jadeante y dejó la frase sin terminar.

—¿Qué, señor Tedder?

—Nada. —Noel se levantó—.

¿Acaso tengo algo que perder? Vamos.

Y yo me dirigí a la cocina en busca de la cesta.

CAPÍTULO XII

A unas dos millas al noroeste de Katonah, se abandona la carretera general; pasando entre dos pilares de piedra, se sigue por un camino cubierto de grava y, a cuatrocientas yardas, aparece la gran casa de campo de los Vail, construida de piedra gris y provista de una empinada escalinata. A simple vista, no parecía tener tantas habitaciones como la de Frost en Long Island..., tal vez serían unas veinticinco. Árboles y otras cosas, adornados con hojas, bordeaban la extensión cubierta

de hierba que había ante la casa. No puedo dar muchos detalles sobre el particular porque, no siendo un experto en la materia, no concedí gran atención a los vegetales. Saúl detuvo el «Heron» junto a unos arbustos que había a la izquierda de la casa y descendimos todos.

El motivo de que fuese Saúl quien en aquel momento conducía, se debía a que, al llegar a Hawthome Circle, decidí que había llegado para mí el momento de beneficiarme también del contenido de la canasta preparada por Fritz, puesto que no me gusta conducir con una sola mano.

Noel, entre bocado y bocado de

queso o tarta de ruibarbo, nos había dado toda clase de información y había contestado a nuestras preguntas. Nos pareció que la casa, en sí, era el mejor lugar para ocultar algo. No parecían sitio indicado para ello las caballerizas, desprovistas de caballos, ni las perreras en las que no había perros, pues, de haber querido Jimmy ocultar allí la maleta, hubiera sido visto por el colono. También había que descartar el garaje, comunicante con la casa, porque no había en él lugar alguno a propósito para esconder objeto alguno. El edificio más cercano era una casa de unas seis habitaciones destinadas al servicio y que a la sazón tan sólo ocupaba el

colono. No había que temer nada parecido a que hubiera envuelto la maleta en plástico y la hubiera enterrado en el parque, ya que igualmente podía haber sido visto. La casa era, pues, el lugar indicado, dejando a un lado la bodega, ya que en ella podía haber entrado cualquier miembro de la familia, además del colono.

Apenas hubimos saltado del coche, cuando un hombre alto, vestido con una camisa de lana roja y pantalón de pana, salió a nuestro encuentro. Cuando vio a Noel, dijo:

—¡Ah, es usted, señor Tedder!

—Y caminando con mis propios pies

—contestó Noel, tendiéndole la mano. O

bien Wolfe le había contagiado la costumbre o bien era amante de la democracia—. ¿Cómo está usted, Jake?

—Lo mejor que puedo. —Jake nos echó un vistazo—La techumbre, ¿verdad? El viernes hubo un aguacero y volvimos a tener goteras. Ya telefoneé a su madre.

—Ha estado... algo enferma.

Jake asintió.

—Fue una gran desgracia lo del señor Vail. Terrible. Ya debe usted saber que anduvieron molestándome, pero ¿qué iba yo a decirles? Durante más de una semana han venido por aquí toda clase de gente, pero he tomado mis precauciones. —Metió la mano en uno

de sus bolsillos y sacó un viejo revólver negro, tipo Marley 32, sopesándolo—. Seguramente no mataría con él ni a un conejo, pero sirve para intimidarlos. — Guardó de nuevo el arma—. ¿Desea ver la habitación de su madre, que es donde está la gotera?

—Hoy no, Jake. —Me pareció que la voz de Noel empezaba a cambiar de timbre—. Mi madre podrá venir esta semana. Estos señores son detectives y quieren echar un vistazo a la casa. Suponen que puede haber algo... Ya sabe usted cómo son los detectives. ¿Hay alguna puerta abierta?

—La puerta posterior está abierta; la de la cocina. Suelo guisar y cocinar en

ella. Es más cómodo para mí, y su madre lo sabe. Fue una suerte que tuviera huevos y jamón cuando el señor Vail llegó el miércoles por la mañana. Es horrible lo que le ha sucedido. No dudo que usted sabe lo que son los detectives; yo lo sé desde ahora. —Se dirigió a nosotros—. No pretendo ofenderles.

Era obvio que alguno de nosotros debía decir algo, así que me decidí a tomar la palabra.

—No solemos ofendemos —dije—. También nosotros sabemos lo que son los colonos.

—Apuesto a que sí lo saben —rió—. Seguro que lo saben. ¿Puedo

ayudarles en algo, señor Tedder?

—No, gracias. Saldremos del paso perfectamente. Por aquí, Goodwin.

Noel echó a andar en dirección al lugar por donde había aparecido el colono y nosotros le seguimos.

Si quisiera demostrarles a ustedes lo muy eficientes y experimentados que somos, les explicaría con todo detalle lo que hicimos en los siguientes cuarenta minutos, pero ello no les explicaría a ustedes más de lo que nos aclaró a nosotros. Por Noel nos habíamos enterado de que Jimmy Vail era un hombre muy apegado a la ciudad y que jamás se había tomado interés por la finca campestre. La única habitación que

había ocupado en toda la casa era su dormitorio, por lo que, en vista de ello, empezamos nuestra búsqueda allí, pero, una vez registrados los dos armarios y el cajón de una cómoda, ¿qué podíamos hacer? La cama era un mueble muy amplio de madera de castaño con dosel y también había varias perchas, capaces para una colección completa de trajes; eso era todo.

Recorrimos toda la casa, subiendo y bajando escaleras. Incluso estuvimos en el sótano durante diez minutos, registrando una habitación en la que había diferentes objetos antiguos y muebles viejos. No omitimos el garaje, capaz para cinco automóviles, y en él

encontramos algo que hubiera sido prometedor de no haber estado tan a la vista. Se trataba de un viejo cofre de factura antigua. Levanté la tapa y vi algo que me trasladó a los tiempos de mi juventud en Ohio. Sólo que a mí me bastaban dos cajas para guardar mi colección de huevos de pájaros, mientras que aquí eran docenas los compartimientos que contenían uno, dos o más huevos. Le pregunté a Noel si la colección era suya y me contestó que perteneció a su padre, añadiendo que el cofre contenía más de trescientas clases diferentes de huevos. Extraje la primera bandeja y apareció otra conteniendo menos compartimientos, pero allí los

huevos eran de mayor tamaño. Orrie se acercó a echar un vistazo y dijo:

—Cojamos esto. No creo que valga medio millón, pero algo vale.

Coloqué de nuevo las bandejas y me disponía a dejar caer la tapa, cuando se oyó el motor de un automóvil.

las puertas del garaje estaban cerradas, por lo que el ruido llegaba amortiguado, pero yo tengo buen oído y lo oí perfectamente. La puerta por la cual habíamos entrado en el garaje daba a un amplio vestíbulo y se hallaba abierta.

La crucé y saqué la cabeza, escuchando al momento una voz que me pareció familiar. Era la de Margot

Tedder y le preguntaba a Jake a quién pertenecía el coche allí aparcado. Jake le contestó que en él habían venido su hermano Noel y unos detectives de Nueva York, quienes estaban registrando la casa en busca de algo. Margot preguntó qué buscaban los detectives y Jake dijo que lo ignoraba. Margot empezó a llamar a su hermano con un diapasón de una agudeza tal que no la hubiera creído capaz.

Me pareció que el garaje era un lugar propicio para una conferencia y, en vista de ello, grité:

—Estamos en el garaje. —Luego le dije a Noel—: Es su hermana.

—Me lo figuraba. Maldita sea.

—Hablaré yo. ¿Conforme?

—Eso es lo que usted cree; la que hablará será ella.

Es un placer tratar con personas que saben lo que se hacen. En el preciso momento en que grité que estábamos en el garaje, Saúl se dirigió hacia la puerta y Orrie y Fred le siguieron poco después. Yo me alejé de la puerta, llevando conmigo a Noel. Cuando apareció Margot, llevando tras de sí a Jake y al tío Ralph detrás de Jake, bastó a mis acompañantes adelantar un paso para situarse entre los recién llegados y la puerta. Saúl y Orrie estaban a poca distancia del bolsillo de Jake. Sí, es un verdadero placer.

Yo me hallaba junto a Noel cuando Margot se acercó a nosotros. Me lanzó una mirada iracunda que trasladó luego a su hermano y, plantándose delante de éste, dijo:

—Eres un perfecto imbécil. Sal de aquí y llévate a toda tu pandilla.

—Esta casa es tanto de él como de usted —dije en tono de buena educación—. Además, nosotros hemos llegado antes. Porque, ¿qué ocurriría si fuese él quien le dijese a usted que se marchara?

—Vete ahora mismo, Noel. Y llévate a esos tipos —contestó sin oírme.

—Vete tú —dijo Noel—. Vete al infierno.

La joven dio media vuelta y se

dirigió a la puerta.

—Corta el paso, Saúl; será mejor que lo cojas —dije, levantando un poco la voz.

—Ya lo tengo —Saúl levantó el brazo y me enseñó el revólver que había extraído del bolsillo de Jake.

Margot lo vio y se detuvo en seco. Fred y Orne estaban ante la puerta. El tío Ralph carraspeó. Jake miró a Margot, luego a Noel y después otra vez a Margot.

Saúl estaba detrás de él y, por lo tanto, ignoraba que le habían desarmado.

—No se atreverán ustedes a disparar —dijo Margot, y debo reconocer que en su voz no habían ni el menor atisbo de

miedo.

—No —dije —, no disparará. ¿Para qué iba a hacerlo? Hay que tener en cuenta que somos cinco y ustedes son tres. Como ya le ha dicho Jake, estamos buscando algo y no hemos terminado todavía. Noel le ha dicho que se marche, pero yo prefiero que se queden en el garaje hasta que hayamos terminado. Podrían hacer alguna llamada telefónica e interrumpirnos. No creo...

Me detuve porque vi cómo ella se dirigía a la puerta. Se detuvo ante Fred y Orrie y les dijo:

—Apártense de mi camino.

Orrie le dedicó una sonrisa. Pretende que sabe sonreír a las

muchachas y creo que tiene razón.

—Me encantaría —dijo—, pero estamos incrustados.

—No sé el tiempo que vamos a tardar —dije—, pero ahí junto a la pared hay varias sillas. Fred y Orrie, vosotros...

—¡Jake, vaya a telefonar a mi madre! —Su voz no temblaba, pero sonaba algo estridente.

Jake llevó la mano al bolsillo y sentí que no encontrara su revólver, pues me hubiera gustado ver cómo lo manejaba. Dio media vuelta y lo vio en manos de Saúl. Su mandíbula cayó.

—No se preocupe —dijo Saúl—, ya se lo devolveré.

Jake se volvió a Noel:

—Vaya gente que ha traído usted a casa. —Luego, dirigiéndose a Margot—: No va a poder ser, señorita.

—No va a poder ser —repetí—. Fred y Orrie, vosotros permaneceréis aquí, velando por la paz. Noel, Saúl y yo continuaremos buscando. Tengo la impresión de que se me ha pasado algo por alto. Déjenme mirar.

Me dirigí al rincón en que estaba el viejo cofre y levanté la tapa, extraje con cuidado la primera bandeja y la coloqué en el suelo. Con la misma precaución extraje la segunda bandeja y allí, en el fondo, vi una maleta vieja de cuero. Necesité un momento para controlarme y

colocar cuidadosamente en el suelo la segunda bandeja. Me volví hacia Noel y le dije:

—Venga a echar un vistazo, Noel.

Se acercó, inclinándose para ver mejor, luego introdujo una mano y allí apareció. En aquel momento llegué a la conclusión de que, verdaderamente, él disponía de sus dos pies, pues yo había esperado que dijese algo así como «¡Por todos los santos! ¡Diablos!», pero no dijo nada.

Se limitó a sacar la maleta, colocarla en el suelo y, tras haber abierto la cerradura, levantar la tapa. Y vi la mayor cantidad de hojas de lechuga estampilladas que jamás he tenido

oportunidad de ver. Miré a mí alrededor. Purcell estaba junto a mí, Jake junto a él y Saúl justamente detrás de ellos. Margot se acercaba tan erguida como de costumbre. Noel, sosteniendo la tapa de la maleta, volvió la cabeza y dijo:

—No creí lo que Wolfe dijo, pero pensé que nada se perdía viniendo. Aun así, ¿cómo demonios supo él que estaba el dinero aquí?

Orrie seguía junto a la puerta con Fred y gritó:

—Vamos, ¿lo habéis encontrado?

Margot dijo algo que no llegué a entender, mientras que Purcell jadeaba. Miré a mi reloj de pulsera; es agradable saber la hora exacta a la que se

encuentra medio millón de dólares. Las tres menos ocho minutos. Me dirigí al cofre y, con precaución, volví a colocar las bandejas; cerré la tapa y regresé. Noel cerraba la maleta sin prestar atención a lo que decía su hermana.

—Bueno —dije—, nos vamos. Saúl y Noel lo llevarán al coche. —Tendí una mano a Saúl—. Dame el revólver; lo descargaré y lo dejaré sobre la mesa de la cocina. Permaneceré en la cocina para impedir que nadie descuelgue el teléfono antes de que el coche haya dado la vuelta y esté ante la casa. Cuando me deis la señal con la bocina, saldré. Señorita Margot, si ha venido usted aquí con el fin de atender a las goteras del

tejado, no deje que nuestra presencia desvíe su obligación. Como dijo Wolfe esta misma tarde, no conviene descuidar una techumbre con goteras.

CAPÍTULO XIII

El lunes, a las seis menos cinco, me hallaba yo sentado en la silla de mi escritorio, con los pies apoyados en una esquina del mismo. Leía las líneas que encabezaban el artículo de la *Gazette*:

**HA SIDO ENCONTRADO EL
DINERO**

DEL RESCATE DE VAIL

**5000 dólares en un cofre, junto con
una colección de huevos de pájaros.**

Habiéndole dado a Lon Cohen esta segunda exclusiva, nuestro crédito con él era colosal. Yo mismo había hecho la

fotografía en que aparecía la maleta con la tapa abierta. El artículo, que había leído ya dos veces consecutivas, estaba muy bien. En él quedaba yo en muy buen lugar y también se mencionaba a Saúl, Fred y Orrie. A Lon no le hablé de Margot y el tío Ralph, pero sí de Jake y de su revólver. Un revólver realza cualquier historia.

El dinero había sido depositado en un Banco, pero no en aquel del que había salido. Noel dio pruebas de no ser ni un avaro ni un manirroto. Cuando al llegar al despacho colocamos la maleta sobre el diván y la abrimos, reuniéndonos todos alrededor para admirar su contenido, extrajo un fajo de

billetes, del que sacó varios, entregando dos de los grandes a Fred y luego la misma cantidad a Orrie y a Saúl. A mí me dio cinco y, dirigiéndose a Wolfe, preguntó si deseaba cobrar su parte en el acto. Wolfe contestó que no, porque había que calcular con exactitud el porcentaje que le correspondía. Se fue a la cocina y le dijo a Fritz que teníamos invitados para cenar. Eran las cinco, y a las siete Fritz nos había servido una de esas cenas de que a veces les he hablado.

Dos hechos capitales nos obligaron a tomar determinaciones. Primero, que no había sitio para el dinero en la caja fuerte; y segundo, que Noel no deseaba

llevar el dinero a su casa, lo que era muy comprensible. En vista de ello, cuando fue hora de ir a dormir, busqué un pijama para él y le acompañé a la habitación que da al Sur y que está debajo mismo de la de Wolfe. Me cercioré de que no le faltaba toalla y de que la cama estaba en orden. La maleta la llevé a mi habitación y, como no cabía debajo de mi almohada, no tuve más remedio que colocarla a mi lado. Entonces recordé que no habíamos contado el dinero.

Lo cual hicimos el lunes por la mañana, en el Continental Bank y Trust Company, de la Avenida Lexington, donde Wolfe tiene una cuenta abierta

desde hace veinte años. Estuvieron presentes un asistente vicepresidente, dos contables, Noel y yo. Como es natural, mi función y la de Noel fueron de meros espectadores. Comenzaron algo después de las diez y a las doce y pico declararon oficialmente que la cantidad allí reunida ascendía a 489.000 dólares. Noel cogió veinte billetes para sus gastos; 100.000 dólares fueron depositados en la cuenta de Wolfe y Noel abrió una cuenta personal con un valor de 388.600 dólares. El asistente vicepresidente declaró a Noel que no se le cargarían gastos, pues el recuento había sido un verdadero placer. No habíamos dado explicaciones en cuanto

a la procedencia del dinero, pero tampoco ellos nos habían hecho preguntas; se comprende que no necesitaran hacerlas si habían leído los periódicos. Claro está que los periódicos no habían salido todavía, pero Wolfe era considerado como un buen cliente.

Noel y yo nos despedimos con un apretón de manos al llegar a la acera. Él paró un taxi y yo no oí la dirección que dio al chófer, pero apostaría que le dijo que le llevase sin rodeos a la Quinta Avenida, 994. Una bonita cuenta corriente en un Banco ayuda a mantener el equilibrio de un hombre que camina con sus propios pies. Yo fui a hacer una

corta visita a Lon Cohen.

Esperaba tener noticias de la señora Vail o del señor Frost antes de que terminase el día, pero la tarde pasó sin la menor llamada. Abrigaba también la esperanza de que Wolfe me haría un grandilocuente relato de los motivos que le llevaron a adivinar el lugar en que estaba escondido el dinero, pero no lo hizo. Y yo no quise darle el gusto de preguntárselo. Llegué con el tiempo justo para abrir la correspondencia. Después de comer, Wolfe terminó el libro que estaba leyendo y cogió otro de la estantería. Yo me dediqué al fichero de plantas y brotes. A juzgar por el estado de la cuenta corriente de Wolfe,

esperaba que pronto íbamos a ampliar el fichero con nuevas especies.

Cuando a las 5,55 sonó el timbre de la puerta de entrada, retiré los pies de mi escritorio y fui a abrir. Era el inspector Cramer.

Aquello era faltar a lo convenido. Sabiendo como sabe que Wolfe sólo recibe a partir de las 11 y un minuto o de las 6 y un minuto, debió venir a esas horas, pero nunca a las 5,55. Pensé que acaso desease hablar primero conmigo durante unos minutos. Pero no fue así. Apenas le hube abierto, pasó ante mí con un gruñido y, cuando le alcancé en el despacho, estaba ya sentado en el sillón de cuero. Había dejado el

sombrero sobre un mueble, sus piernas estaban cruzadas y su mandíbula contraída. No decía ni una palabra. Me senté ante mi escritorio, crucé las piernas y contraje la mandíbula. Así estábamos, cuando entró Wolfe. Al pasar junto a Cramer, dio un gruñido que fue exactamente igual al que Cramer me había dedicado a mí. Se sentó cómodamente y volvió a gruñir, preguntando:

—¿Hace rato que está usted aquí?

Cramer asintió.

—Así tendrá usted ocasión de amonestar a Goodwin por no haberle avisado y Goodwin protestará. No falla. Esta escena la han representado ya

muchas veces en mi honor y pueden ahorrarse la repetición. Ayer por la mañana usted me mintió. Me dijo que no tenía la menor idea en cuanto al lugar en que podía estar el dinero. Y usted *sabía* dónde estaba. ¿Cómo lo supo?

—¿Se ha pasado del homicidio al secuestro? —preguntó Wolfe, arqueando las cejas.

—No. Si sabía usted dónde estaba el dinero, es porque sabía también quién lo puso allí. Tuvo que ser Timmy Vail y éste falleció el miércoles por la noche. Usted me dijo que no sabía nada acerca del dinero ni de la muerte de Vail. Y mintió. Se aprovechó de lo que sabía para asegurarse su parte del dinero.

Ahora se aprovechará de lo que sabe acerca de la muerte de Vail para beneficiarse de nuevo, con más dinero seguramente, ¿no es así? ¿Cuántas veces me he sentado en este sillón, amonestándole para que no se reserve informaciones y obstruya la labor de la Justicia?

—Veinte o treinta.

—Pues bien, ahora no lo hago. Se trata de algo diferente. Le hago saber que, si tiene usted una prueba que atestigüe que la muerte de Vail fue ocasionada por alguien con premeditación y se niega a facilitármela, la conseguiré por mis propios medios. Luego cursaré una demanda contra usted

y Goodwin, aunque sea la última cosa que haga en este mundo.

—Hmmmm —dijo Wolfe, dirigiéndose a mí—. Archie, yo tengo buena memoria, pero la suya es incomparable. ¿Disponemos de alguna prueba referente a la muerte del señor Vail que pueda convenir al señor Cramer?

—No, señor —contesté—. Más bien creo que es él quien podría darnos una infinidad de pequeños detalles que nos serían de gran utilidad —y me dirigí a Cramer—. Mire usted, estoy al corriente de cuanto sabe el señor Wolfe y sé también que ayer él le dijo que estaba convencido de que Vail había sido

asesinado, así como que casi podría asegurar que también sabía quién le asesinó. Personalmente, lo ignoro; tendré que adivinarlo.

—Él no dijo eso. Tan sólo preguntó.

—Retóricamente, fue una pregunta.

Recuerde que usted dijo que yo era grandilocuente. Ahora, al parecer, ha dejado de pensar así. No es de extrañar, puesto que he encontrado el dinero. En realidad, usted ha venido a pedirme que le saque del apuro.

—Eso no es verdad.

—Lo es. Estudiemos los hechos. —

Wolfe extendió una mano—. Yo le dije a usted ayer que mis conclusiones acerca del lugar en que estaba el dinero del

rescate y la muerte del señor Vail se basaban en las pruebas de que disponía, pero yo no dispongo de más pruebas que usted. Ayer me dijo que me abandonaba a mis deducciones y suposiciones, pero ahora viene a pedirme que se las explique. Me las reclama mascullando amenazas.

—Se está usted saliendo por la tangente, como de costumbre. Yo no mascullo amenazas.

—Hablaré con claridad. Nada me obliga, ni como ciudadano ni como detective con licencia, a hacerle a usted partícipe del proceso mental que me ha llevado a averiguar el paradero del dinero y a identificar al asesino del

señor Vail y de la señorita Utley. Puede que tal vez me decida a explicarle todo ello, pero es asunto que depende exclusivamente de mí. Así es que me lo pensaré y si...

En aquel momento sonó el timbre de la puerta de entrada y me dirigí al vestíbulo, preguntándome si sería Andrew Frost con alguna triquiñuela judicial o de algún periodista. Pero no era ni uno ni otro. Se trataba de Ben Dykes, del Westchester County, acompañado de un desconocido. Yo no sabía si era o no conveniente que se uniera a la reunión y, en vista de ello, abrí la puerta todo lo que lo permitió la cadena y hablé a través de la rendija.

—¿Aquí de nuevo?

—Y con cascabeles —contestó

Dykes.

—¿Es usted Archie Goodwin? —preguntó el desconocido, mostrándome una placa; no era de Westchester, sino de Nueva York—. Abra la puerta.

—Eche un vistazo a los cascabeles —dijo Dykes, y me tendió un pliego de papel a través de la rendija.

Lo cogí, lo desdoblé y leí. Era verdad. Se trataba de un pequeño texto escrito por todo lo alto y se me ocurrió una idea.

—Al señor Wolfe le gustará leer esto —dije—. Es muy aficionado a la lectura. Esperen un momento.

Fui al despacho y esperé a que Wolfe hubiera acabado la frase que estaba pronunciando para decir:

—Lamento interrumpir. Se trata de Ben Dykes, de Westchester, acompañado de un individuo de Nueva York, y traen esto —mostré el papel—. Una orden legal de detención contra Archie Goodwin, acusado de latrocinio. La denuncia parte de la señora Vail. Arresto en regla. —Me dirigí a Cramer —: ¿Quiere hacerme alguna pregunta antes de que me marche?

Ni tan siquiera me miró. Sus ojos estaban fijos en Wolfe, el cual acababa de decir que conocía la identidad del asesino. Wolfe me tendió la mano y yo le

entregué el documento. Lo leyó y dijo:

—Esa mujer es una imbécil. Hágalos pasar.

—No necesitamos a Goodwin — dijo Cramer—. Mañana por la mañana podrá librarle del arresto.

—Que pasen —repitió Wolfe.

Regresé a la puerta, la abrí y les cedí paso. Vi con sorpresa que no eran dos, sino tres. Probablemente habían dejado a otro al pie de la escalera, para tener refuerzos en caso de que yo comenzase a disparar. Hay que tomar ciertas precauciones cuando se va a la caza de un gorila. No tardé en darme cuenta de que me había equivocado. Cuando llegamos al despacho, el tercer

personaje se adelantó hasta el escritorio de Wolfe y le tendió un papel.

—Es para usted —dijo y, dando media vuelta, se dispuso a abandonar la habitación, pero Ben Dykes le cogió por un brazo.

—¿Quién es usted? —preguntó.

—Jack Duffy, ujier de Justicia.

—Un dichoso chupatintas —dijo Dykes, con disgusto.

Salí para asegurarme de que había cerrado la puerta y regresé. Wolfe había cogido el documento y lo recorría con la vista; cuando hubo terminado de leerlo, dejó caer el papel sobre la mesa, se reclinó en su sillón y cerró los ojos. Apretó los labios y los frunció variéis

veces...

—Bueno, Goodwin, en marcha —
dijo Dykes.

El «poli» de Nueva York acababa de reconocer a Cramer y trataba de llamar su atención para poder saludarle, pero Cramer había centrado su atención en Wolfe, quien abrió los ojos y se dirigió al experto en latrocinio de mujeres, es decir, a mí.

—Es una lunática —y dio un golpecito al documento—. Me demanda no sólo por el dinero del rescate, sino también por la cantidad que me entregó en calidad de honorarios.

—¿Y *eso* le molesta a usted? —dijo Cramer.

Wolfe le echó un vistazo.

—Señor Cramer, voy a hacerle una proposición. Le sugiero que aconseje al señor Dykes, aquí presente y acompañado de un miembro de la Fuerza a que usted pertenece, que se retire y posponga la detención del señor Goodwin hasta mañana por la mañana. Lo que deseo decirle no quiero que lo oigan otros oídos más que los suyos. En cuanto ellos se hayan marchado, le haré mi proposición.

Cramer levantó la cabeza y apretó los labios. Intentó lanzar a Wolfe una mirada severa, pero la verdad era que no había por qué.

Sabía perfectamente que Wolfe no

hacía nunca vanos alardes.

—Dykes pertenece a Westchester. Le acompaña una unidad de Nueva York por forma, pero la cuestión del arresto depende de él. —Se volvió y miró a Dykes—. ¿Qué dice a esto, Dykes? ¿Es necesario telefonar a White Plains?

Dykes denegó con la cabeza.

—No será necesario, inspector. Estoy autorizado para proceder según mi criterio.

—Conforme. Entonces, ya ha oído usted lo que ha dicho Wolfe. Creo que no habrá inconveniente en que arreste a Goodwin mañana.

Dykes vaciló.

—Si no tiene usted inconveniente,

haré constar que ha sido a petición suya.

—De acuerdo, puede usted decir que fue a requerimiento mío.

Dykes se levantó, vino hacia mi escritorio, cogió la orden de detención y me dijo:

—No puede usted abandonar el Estado, Goodwin.

Contesté que no era tal mi intención y les acompañé afuera, seguido por el «poli» a quien le había sido imposible saludar a Cramer. Les cedí el paso muy amablemente, como me correspondía hacer con quienes habían tenido la bondad de posponer mi detención. Cuando se hubieron marchado, regresé al despacho. Wolfe estaba hablando.

—...ante todo, debo mirar por mí. Ya le he dicho que carezco de pruebas. Al señor Goodwin le han obsequiado con una orden de arresto y a mí me han demandado. Prefiero no exponerme a ser acusado de difamación.

—Tonterías. ¿Difamación por confiarme algo en privado?

—Tal vez no, pero también puede ser posible que sea así. Quiero dar un paso y temo que, tal y como están las cosas, usted me dificulte el darlo. Usted mismo tampoco se atrevería a darlo, porque, al igual que yo, carecería de pruebas. Recibirá noticias mías esta misma noche o mañana a lo más tardar.

Cramer distaba mucho de estar

satisfecho.

—¡Valiente proposición! —exclamó.

—Nada más puedo hacer. —Wolfe miró a su reloj—. Desearía empezar cuanto antes.

—No lo dudo. —Cramer cogió su sombrero y se lo puso—. Debí permitir que se llevasen a Goodwin. Dormiría mejor sabiendo que está en una celda. —Se levantó—. Sea como sea, le conviene dar ese paso. —Se dirigió a la puerta—. Que Dios le valga si me llama mañana para decirme que sus suposiciones eran falsas.

También esta vez no fui a comprobar si no había nadie en el vestíbulo, como hacía siempre por mera rutina. Nada

hubiera tenido de particular que se hubiese quedado allí, con el fin de averiguar en qué consistía el paso que Wolfe quería dar.

Cuando regresé al despacho, Wolfe me ordenó:

—Tráigame a la señora Vail.

Pero tal cosa no era tan fácil. Primero hablé con una mujer, después con Ralph Purcell. A fuerza de insistir, conseguí que me dijera que iba a hablar con su hermana y que esperase. Cuando regresó, me dijo que su hermana no deseaba hablar conmigo ni con el señor Wolfe. Entonces le pregunté si le daría un recado.

Dijo que sí, y entonces le comuniqué

el deseo de Wolfe de decirle a la señora Vail cómo supo que el dinero estaba en la casa de campo, lo cual hizo su efecto, pues, tras unos momentos, oí la voz de la señora Vail por el teléfono.

—Aquí, Althea Vail. ¿Es el señor Nero Wolfe?

—Sí —contestó él desde su teléfono—. Deseaba decirle cómo supe dónde se encontraba el dinero, pero temo que su teléfono esté intervenido. Así es que...

—¿Y por qué había de estar intervenido?

—La incansable curiosidad de la Policía. También estoy dispuesto a decirle varias cosas más. Por ejemplo, el nombre del individuo a quien usted

entregó el dinero en Iron Mine; cómo supe que no se trataba del señor Knapp; el motivo por el cual asesinaron al señor Vail. La espero a usted en mi despacho esta noche a las nueve...

Hubo un silencio. No había colgado el receptor, pero tanto duró su mutismo que pensé que quizá se había marchado sin colgar.

Wolfe preguntó:

—¿Está usted ahí, señora?

—Sí —otro silencio y la voz continuó—: Un momento, voy hacia ahí ahora mismo.

—No. Necesitará tiempo y ello retrasaría mi hora de comer. Venga a las nueve.

—De acuerdo, allí estaré —y se cortó la comunicación.

—¿A qué viene tanta prisa? —le pregunté a Wolfe—. Ni tan siquiera tiene usted un asidero por pequeño que sea.

Y me miró un instante.

—No iba a consentir que le metieran a usted en la cárcel por culpa de esa bruja imbécil. Hay que registrar la conversación. ¿Funciona ese chisme?

—Creo que sí. Al menos funcionaba la última vez que lo necesitamos.

—Pruébalo.

Me levanté y di la vuelta a un conmutador que había entre la pared y mi escritorio. Luego me senté en el sillón de cuero rojo y dije en voz baja y

clara:

—El señor Wolfe va a presentarnos una charada. Esperemos que no se rompa una pierna.

Fui a mi escritorio y desconecté, después bajé a la cocina y abrí la puerta de una alacena.

Tras algunas manipulaciones se oyó distintamente:

«El señor Wolfe va a presentarnos una charada. Esperemos que no se rompa una pierna.»

Desconecté y regresé al despacho.

—Todo en orden —dije—. ¿Desea algo más?

—Sí. Esa idiota bien puede llevar una bomba, un revólver o algo parecido.

Permanezca cerca de ella.

—Quizá lo que traiga sea un abogado.

—No. Seguro que no. No es tan imbécil como para eso —y cogió el documento que tenía sobre la mesa, volviendo a leerlo de nuevo.

CAPÍTULO XIV

Althea Vail llegó a las 8,50, es decir, con diez minutos de adelanto. En aquel preciso momento, intentaba yo demostrar a Wolfe que debíamos alterar el orden de nuestras costumbres. Para estar cerca de la señora Vail, hubiera tenido que sentarme en una de las sillas amarillas que hay detrás del sillón de cuero rojo, pero yo prefiero sentarme ante mi escritorio. Podíamos también hacer sentar a la señora Vail en una de las sillas amarillas que había cerca de mí, pero Wolfe prefiere que los clientes

se sienten en el sillón de cuero rojo, porque así él está de espaldas a la ventana.

Era una noche muy agradable del mes de mayo. La señora Vail no llevaba ninguna piel, así es que el único peligro estaba en su gran bolso, adornado con una fuerte cerradura. Sé que la cerradura era fuerte porque tuve ocasión de comprobarlo cuando le cogí el bolso para colocarlo sobre mi escritorio. Me apoderé de su bolso en cuanto ella se hubo sentado en la silla y lo dejó descansando sobre sus rodillas. Dio prueba del dominio que ejercía sobre sí misma, pues ni tan siquiera hizo un gesto de protesta. Se limitó a mirarme

mientras yo lo abría y registraba su contenido, que, por otra parte, no tenía nada peligroso. Cuando de nuevo coloqué el bolso sobre sus rodillas, dejó de mirarme y clavó la mirada en Wolfe. Reconozco que hubiera tenido lástima de ella, de no haber sido por la orden de detención que Ben Dykes iba a ejecutar a mis expensas al día siguiente. Cuando se registra el bolso de una mujer, y ésta se limita a permanecer sentada mirando, parece uno obligado a exteriorizar alguna simpatía.

Pero no había la menor simpatía en la voz de Wolfe cuando se dirigió a ella.

—No pretendo avasallarla, señora Vail —dijo—, ya que no tengo intención

de formular preguntas. Se trata de un monólogo, no de un vis a vis; por lo tanto, le advierto que será largo. Le aconsejo que no me interrumpa bajo ningún pretexto.

—Aunque formulase preguntas, yo no iba a contestar a ellas —dijo la señora Vail; su voz era concisa—. Dijo usted que no existía el señor Knapp y eso es una tontería.

—No fue tan tonta su idea al inventarlo. —Wolfe se apoyó en el respaldo de su sillón—. Pero será más fácil seguir el hilo de mis deducciones, comenzando por el final. El señor Goodwin le dijo que yo había llegado a la conclusión de que el señor Vail, su

esposo, había sido asesinado. Esta declaración carecía de importancia en tanto que yo no pudiera descubrir la identidad del asesino. Para ello tenía que estudiar uno a uno a todos los que estuvieron en la reunión del miércoles por la noche. Empecemos, pues, por el mismo orden por el que comencé entonces.

»Primero, su hijo. Cuando vino a verme para que le ayudara a recuperar el dinero, pensé que quizás él estaba envuelto en lo del secuestro y que, sabiendo el lugar donde estaba oculto el dinero, venía a verme con el fin de darme una pista que me ayudara a encontrarlo, para que después constase

que era Goodwin o yo quienes lo habíamos encontrado. Esto tan sólo lo sospeché al principio de nuestra conversación, pero, al concluirla, ya había descartado tal posibilidad. Para llevar un plan como aquél, se necesitaba mucha astucia y, al mismo tiempo, una gran facilidad de palabra. Era imposible que fuera concebido y llevado a cabo por un joven ingenuo como su hijo. Estaba claro que había venido a visitarme de buena fe; no tenía nada que ver con el secuestro, ignoraba dónde estaba el dinero y no había asesinado al señor Vail.

—Pero usted dijo que iba a decirme cómo supo que no existía el señor

Knapp.

—Cada cosa a su tiempo. En segundo término estaba su hija. Pero, probablemente, usted ignora la prueba que tuvimos para averiguar que Dinah Utley tenía parte activa en el secuestro.

—En efecto, lo ignoro.

—¿No se lo ha dicho su hermano?

—No.

—¿La Policía tampoco?

—No.

—La carta llegó por correo. Había sido escrita a máquina por ella. No voy a detenerme a explicar las pruebas que nos lo demostraron, porque ello me llevaría mucho tiempo. Cuando el señor Goodwin comprobó que las notas que

usted encontró en las guías telefónicas —ahora ya sabemos que usted no encontró esas notas en las guías telefónicas, sino que las llevaba consigo y fingió encontrarlas allí—, cuando el señor Goodwin comprobó que habían sido escritas por la misma persona, es decir, por la señorita Utley, la sospecha se convirtió en conclusión. Diez minutos de conversación con su hija bastaron para demostrar que era imposible que se hubiera aliado con Dinah Utley en empresa alguna, dejando aparte una tan arriesgada y ambiciosa como es la del secuestro. Su hija es una engreída, una pedante y una snob. También ella se presentó aquí para que la ayudase a

encontrar el dinero, pero estaba claro que, al igual que su hermano, ignoraba el paradero del dinero, que no había tomado parte en el secuestro y que era inocente del asesinato del señor Vail.

»En tercer lugar tenemos a su hermano. A juzgar por lo que me dijo el señor Goodwin acerca de su conducta en la noche del miércoles, es decir, su silencio y discreción, yo había decidido que era a él a quien más tenía que vigilar. Cuando llevaba aquí veinte minutos, hube de reconocer que era imposible que fuese él. Ya conoce usted su costumbre de mirar a una persona cuando otra comienza a hablar.

—Sí.

—Me bastó con que me explicase los motivos de esa especie de complejo. Un hombre tan apocado, y tan poco dueño de sus reacciones, es incapaz de controlar todas sus facultades. Jamás se atrevería a emprender una aventura que requiera astucia, sagacidad y decisión. Cuando se despidió, sus últimas palabras fueron: «Me parece que soy un tonto.»

»Lo dijo y lo pensaba. Era obvio que no era el culpable.

»Cuarto, Andrew Frost. Como usted ya sabe, vino ayer por la mañana y de su conversación no saqué nada. No había en sus modales, en su tono de voz ni en sus palabras nada que excluyese la

posibilidad de que fuera él a quien yo buscaba. Sin embargo, yo ya me había asesorado acerca de sus medios de vida, profesión, situación económica y social, y los informes excluían la posibilidad de que estuviera mezclado en el secuestro, aunque no la de que tuviera que ver con el asesinato. De haber intervenido en el secuestro, tenía que haber pactado con la señorita Utley y con el señor Knapp sin otro fin que el de apoderarse de una parte del botín; ello le hubiera puesto a merced de ellos y representaba un peligro indefinido. Porque ¿qué hubiera ocurrido si uno de sus cómplices hubiera sido atrapado y hablase? ¿Podía suponerse que un hombre como él

corriese semejante riesgo por tan poco?
Mi conclusión fue que no.

Wolfe sacudió la cabeza.

—No. En vista de todo ello, no me quedaba otra culpable que usted, que tomó parte en el secuestro y mató a Dinah Utley, así como a su marido. Llegué a esta conclusión el sábado, a las diez de la noche, pero preferí ver al señor Frost antes de comenzar a actuar. Cabía la posibilidad de que después de haber hablado con él variase mi criterio, pero no fue así. ¿Le apetece tomar algo? ¿Un refresco? ¿Café?

No hizo ningún movimiento, ni tampoco contestó.

—Si desea tomar algo, no tiene más

que pedirlo. Yo voy a pedir una cerveza —pulsó un botón y se recostó de nuevo—. Así, pues, antes de actuar, debía asesorarme cuidadosamente. Tenía que asegurarme de que no iba a surgir un factor o un hecho desconocido que echase abajo mi teoría. Ante todo, el motivo. ¿Qué motivo podía usted tener para desear retirar de su Banco medio millón de dólares y entregarlo, tras una serie de peripecias, a un desconocido enmascarado, a medianoche y en un lugar semiabandonado? Ahora le ruego, señora Vail, que tenga presente que no le estoy dando un informe; solamente estoy explicándole la forma en que llevé mis deducciones. Si en un momento u otro

caigo en el error, puede usted corregirme, pero, a pesar de todo, mi consejo es que no me interrumpa.

Jamás vi consejo mejor seguido, pues tuvo una buena oportunidad para hablar, ya que, en aquel momento, llegó Fritz con la cerveza y Wolfe guardó silencio hasta que la espuma bajó de nivel. Luego bebió.

—Sólo encontré una explicación aceptable —dijo Wolfe, recostándose en el sillón—. El hombre al que usted entregó el dinero era su propio esposo. Probablemente, se cubrió el rostro, ya que he observado que tanto usted como él han obrado en todo con un cuidado meticuloso. Ahora bien, ¿por qué?

Estaba usted sentando la realidad de un hecho: había usted perdido medio millón de dólares y este hecho iba a representar para usted el noventa y uno por ciento de reducción en el impuesto de renta. No he comprobado legalmente este detalle y no sé si lo habrá comprobado usted, pero presumo que sí. Si su ingreso anual se reducía a menos del medio millón, no importaba; iba usted a poder repartir la pérdida entre los tres años anteriores y los cinco siguientes. El esfuerzo bien valía la pena.

Bebió un sorbo de cerveza y continuó hablando.

—Más hechos y factores. ¿A santo de qué envolvieron a Dinah Utley en el

asunto? Les era fácil llevarlo a cabo sin ayuda de nadie. Pero ustedes deseaban dar al secuestro carácter de verosimilitud y para ello convenía que existiera una llamada telefónica. La llamada del señor Knapp. El señor Vail no podía hacer esa llamada porque, por mucho que se esforzase, hubieran reconocido su voz. Buscar la complicidad de un hombre hubiera sido muy peligroso. No, lo más seguro era buscar la ayuda de la señorita Utley, su empleada de toda confianza, a quien probablemente prometieron una módica cantidad del botín. Fue ella quien escribió la carta, las notas y también esa conversación que, según usted dijo,

sostuvo con el señor Knapp. Conversación que jamás tuvo lugar, por supuesto. Fue usted o su marido quien... No; he dicho que no voy a hacer preguntas. A pesar de todo, es interesante saber de quién partió la idea de venir a visitarme, ya que éste fue el fallo que les llevó a ustedes al desastre. En principio, parecía una buena idea venir a verme, de este modo evidenciaban su buena fe. Los diez mil dólares que iba usted a darme son una bonita suma que justificaba precisamente la angustia que sentía por su marido desaparecido. Lo que usted no podía suponer con antelación es que yo deseara ver a su secretaria. Cuando

expresé este deseo, ya tenía el cheque encima de mi escritorio y usted no podía retirar su demanda sólo porque yo deseara ver a su secretaria. Tampoco esperaba usted que la investigación que yo me proponía emprender representase un gasto adicional. Aunque, por supuesto, que tales cosas no le hicieron a usted ninguna gracia. Escribió usted el cheque mordiéndose los labios, pero no había escapatoria. Cincuenta mil dólares son una buena brecha en medio millón, pero había usted repetido tantas veces que el dinero no importaba ante el regreso de su esposo que le era imposible echarse atrás.

Wolfe vertió más cerveza en su vaso

y esperó a que bajase la espuma. Bebió un trago.

—No sé si se arrepintió usted de haber venido a consultarme, al abandonar mi despacho, pero tengo la seguridad de que se arrepintió más tarde. Como ya le he dicho, no estoy haciendo un informe, sino exponiendo los hechos tal y como yo los estudié para llegar a una conclusión. Cuando la señorita Utley regresó después de la visita que efectuó en este despacho, intentó convencerla a usted para que abandonase sus planes. Habíamos tomado sus huellas dactilares y ella comprendió que, de un modo u otro, había levantado nuestras sospechas.

Gracias a las preguntas que le hicimos directamente, y a los informes que de ella nos dio su hermano de usted, pudimos hacernos una idea exacta de su carácter. Era mujer prudente y reflexiva. Comprendió que podíamos descubrir el fraude y quiso hacer marcha atrás. Usted no estuvo conforme. Me había entregado a mí sesenta mil dólares. El dinero ya había sido retirado del Banco y estaba en la maleta. Se habían efectuado todos los requisitos preliminares. Intentó vencer los temores de la señorita Utley, asegurarle que no había riesgo alguno, y creyó haberlo logrado, pero no fue así.

»Poco antes de las ocho, se marchó usted en su coche, llevando la maleta en

el portaequipajes. Estaba convencida de que la señorita Utley se había tranquilizado, pero era todo lo contrario; sus temores habían ido en aumento. Una hora después de la marcha de usted, cogió la máquina de escribir, la metió en su coche y abandonó la ciudad. Ahora se presentan dos alternativas; las dos son aceptables, pero yo escojo ésta: después de haber cogido la máquina de escribir, se dirigió al lugar en que estaba escondido el señor Vail, con la esperanza de encontrarle antes de que hubiera abandonado el lugar para ir a reunirse con usted. Su intención era explicarle la situación y disuadirle de sus propósitos. Pero algo hizo fallar sus

planes. Tal vez el buscar un sitio donde ocultar la máquina de escribir. Así, pues, para ver al señor Vail, debía ir a la carretera de Iron Mine. Ella conocía el lugar por haberlo escrito en las notas que usted le dictó.

Wolfe bebió cerveza y prosiguió:

—Alguna de las cosas que he dicho hasta ahora se basan en conjeturas, pero no lo que voy a decir a continuación. La señorita Utley fue a la carretera de Iron Mine. Llegó antes que ustedes. Cuando llegaron el señor Vail y usted, él en su coche y usted en el suyo, ella abordó al señor Vail y le habló de sus temores, intentando convencerle para que abandonase el proyecto. Él no le hizo

caso; constaba que él estaba aún en poder de los secuestradores y se exponía a ser visto por alguien que pasara por allí. Colocó la maleta en el coche y se marchó, dejando a usted la tarea de discutir con la señorita Utley. Usted intentó tranquilizarla y persuadirla para que continuase el juego, pero ella se negó. Quizás ella reclamó una suma crecida, pero lo dudo, ya que basándose en lo que me dijo el señor Purcell, más bien creo que ella debía estar aterrada. Pudo ocurrir también que ella les amenazara con denunciar la estratagema o que usted tuviera la certeza de que lo haría. Discutieron y usted la agredió... una piedra que tendría a mano, tal vez.

Cuando cayó al suelo inconsciente, usted subió a su automóvil y, poniéndolo en marcha, pasó con él sobre su cuerpo. Luego aparcó el automóvil a un lado y, arrastrando el cadáver de la joven, lo dejó en la cuneta. Montó de nuevo en el coche y se marchó. Si olvidando mi consejo de no hablar, me pregunta usted por qué creo que fue usted, y no el señor Vail, quien asesinó a la señorita Utley, le repetiré que mi exclusión es el resultado de mis conjeturas. De haberla matado su marido, ¿por qué iban a asesinarle a él al día siguiente?

»No obstante, para que mis deducciones encajaran, no era preciso encontrar respuestas a todas mis

preguntas. Por ejemplo, ¿dónde estuvo su esposo desde el sábado hasta el miércoles por la mañana? No lo sé y habría de adivinarlo, pero, teniendo en cuenta que estudiaron ustedes detenidamente todos los detalles concernientes a sus planes, me figuro que también estudiarían éste. Debió ser un lugar en que se pudieran ocultar él y su automóvil, especialmente de día. Como es natural, usted sabía dónde se encontraba él, pues podía presentarse algún hecho inesperado que les obligase a cambiar sus planes a última hora. También debía haber facilidad para telefonar, puesto que él tenía que llamar a «Fowler's Inn» y al «Fatted

Calif», pero como esto ocurriría cuando fuera ya de noche, no representaría ningún problema.

»Otro ejemplo de preguntas sin trascendencia es el siguiente: ¿Por qué le dijo a su hijo que podía quedarse con el dinero, si conseguía encontrarlo? ¿Y por qué no? Sabiendo usted el lugar en que el dinero estaba escondido, sabía que él no iba a encontrarlo. Otra pregunta, ¿por qué usted y su esposo insistieron en que se mantuviera el asunto en secreto durante cuarenta y ocho horas a partir del momento de su regreso? Me figuro que fue para dejar pasar el tiempo suficiente que necesitaban para asegurarse de que no

había dejado huella alguna. Sin embargo, para mi satisfacción, ríe es necesario hacer averiguaciones acerca del particular. Teniendo en cuenta hechos y factores, es obvio que no hay ni uno solo que contradiga mi deducción final..., mi deducción final de que usted mató a su esposo. En cuanto a la visita que él me hizo el miércoles por la mañana, me sorprendería que no la hubiera hecho. Quería saber si había motivo, y hasta qué extremo, para los temores de la señorita Utley. Todo cuanto él sabía era lo que usted le había dicho por teléfono; que había muerto, tras lo cual él salió en el acto en busca de usted.

»Por supuesto que él sabía que usted había asesinado a la muchacha y que esto la colocaba a usted enteramente a su merced. Claro está que él no podía acusarla a usted de asesinato sin reconocer su propia intervención en el supuesto secuestro, pero lo esencial era que el fraude no había sido consumado. No lo sería en tanto no se hubiera deducido la cantidad del impuesto de renta y usted y él lo hubieran firmado. Por otra parte, tenía en sus manos una buena baza, y la jugó. Exigió que le entregara en su totalidad el medio millón. Estaba usted en un callejón sin salida. Después de haber estado planeando todo, haber corrido riesgos,

angustias, llegando incluso al asesinato, no iba a conseguir nada. Aquello no podía consentirse. Jimmy debía morir.

La señora Vail emitió algo que parecía un suspiro involuntario. Wolfe continuó:

—Planeó usted el asesinato con la admirable eficacia y cuidado con que había proyectado el secuestro. Ante todo, necesitaba usted una droga y, como me figuro que no iba a incurrir en la imprudencia de procurarse una a toda prisa, deduzco que disponía ya de alguna. Probablemente hidrato de doral, que debía tener en su botiquín. Sin embargo, ésta es otra pregunta sin trascendencia cuya respuesta dejaré sin

contestar. No sé si fue cuestión de suerte el que, en la noche del miércoles, se acostase su marido en el diván en lugar de subir a su habitación, cuando le sobrevino el sueño por efectos de la droga. Tal vez usted le conocía lo bastante para prever sus reacciones. Para lo demás no le era preciso contar con la suerte. Cuando el señor Frost se despidió, usted bajó a la biblioteca, encontró a su esposo inconsciente, tal y como usted esperaba, lo arrastró al sitio conveniente y precipitó la estatua sobre él. Con el talento que le caracteriza, usted le arrastró cogiéndole por los pies; sabía que los talones de los zapatos dejan huellas en una alfombra,

mientras que la cabeza y los hombros no dejan rastro. Tengo la seguridad de que no dejó al azar el lugar en que debía caer la estatua. La debió hacer oscilar hasta colocarla en el ángulo que usted deseaba. No cabe duda de que el ruido que hizo no fue muy grande, puesto que, cayendo la estatua sobre el pecho del señor Vail, el ruido debió ser más bien un crujido que una detonación.

Wolfe se incorporó, aspiró por la nariz una gran bocanada de aire y la espiró por la boca. Luego clavó los ojos en su interlocutora.

—Señora Vail —dijo—, confieso que no me enfrento con usted sin animosidad. Usted me ha provocado,

cursando una denuncia contra mí y contra el señor Goodwin que ha dado ocasión para que le arrestaran a él. Sin embargo, aunque no existieran estos antecedentes, yo le reprocharía igualmente su abominable conducta. El fraude que usted proyectó iba a perjudicar a millones de ciudadanos en el pago de sus propios impuestos. También es incalificable el que asesinase a la señorita Utley, aun cuando en esta ocasión puede alegar que estaba usted acalorada y nerviosa, debido a la discusión sostenida. Pero lo que no tiene justificación es que asesinara a su esposo por motivo tan sórdido; por dinero. Le asesinó a sangre fría porque

iba a privarla del fruto de su fraude. Hago constar que esto es execrable. Esto merece incluso ser condenado...

—Eso no es cierto —interrumpió ella; las palabras salieron con esfuerzo a través de sus dientes cerrados y las repitió—: ¡No es cierto!

—Le he aconsejado que no diga nada, señora. Esto merece...

—¡Pero es que no es cierto! ¡No fue a causa del dinero! —Aferró sus manos a los brazos del sillón—. A mí no me importaba que se quedara con el dinero. Le dije que se lo quedara. Pero no quiso. Fue a causa de Dinah. Quería abandonarme porque yo había... fue a causa de Dinah. Ése fue el motivo. No el

dinero.

—Me inclino a creer que él reclamó el dinero.

—¡No!

—¿Amenazó con acusarla de asesinato?

—No. Dijo que no lo haría Pero quería dejarme y yo le amaba. —Sus uñas se clavaron en el cuero del sillón y sus labios temblaban—, Sí, quería abandonarme y yo le amaba.

—Claro, esto justifica su actuación. —La voz de Wolfe era tan sólo un murmullo—. Lejos de usted, quién sabe lo que hubiera hecho. Así, pues, debía morir. Le presento mis excusas, sus móviles no eran tan sórdidos, pero

estaba usted en peligro mortal. ¿Intentó disuadirle? ¿Negó haber matado a Dinah?

—No, él sabía que yo la había matado. Estaba loca, tengo que haber estado loca —dijo, cerrando los puños—. Tiene usted razón, sabía lo que ocurriría si me dejaba, pero no fue eso. Debí estar loca. Mucho rato después volví a bajar a la biblioteca y permanecí a su lado hasta que...

Se interrumpió, incorporándose, y gritó:

—¿Qué estoy diciendo? ¿Qué he dicho?

—Lo bastante —esta vez, la voz de Wolfe no era un murmullo—. Ha dicho

usted lo que esperaba que dijera después de haberla acusado de asesinar a su esposo por dinero. Era absurdo, pero no menos absurdo que la demanda y denuncia que gestionó usted contra el señor Goodwin y contra mí, después de haber encontrado el dinero. Claro está que usted intentaba culpar a su difunto esposo. Él habría organizado el secuestro, habría asesinado a Dinah Utley, su cómplice, e incluso después, aunque esto último sería bastante más difícil que nadie lo creyera. Ningún hombre se suicida de esta forma. Pero usted debía saber que iba a levantar...

Se interrumpió porque su interlocutora se disponía a abandonar la

estancia. Al ponerse en pie, el bolso cayó al suelo y yo me incliné, lo recogí y se lo entregué, luego la seguí. Al llegar al vestíbulo, me adelanté para abrirle la puerta. Permanecí vigilante, viéndola bajar las escaleras. Si se dirigía a su casa, con el propósito de terminar el hidrato de doral, sería su funeral, pero no deseaba en modo alguno que se cayera y se desnucase en nuestra propia casa. No caminaba con mucha estabilidad, pero llegó a la calzada, dobló la esquina y desapareció.

Me dirigí a la cocina y cogiendo el magnetófono lo llevé al despacho. Wolfe, sentado ante su escritorio, me observaba mientras yo preparaba el

aparato. Lo conecté y di vuelta al interruptor del sonido. Se oyó la voz de Wolfe:

«...incalificable el que asesinase a la señorita Utley, aun cuando en esta ocasión puede alegar que estaba usted acalorada y nerviosa, debido a la discusión sostenida. Pero lo que no tiene justificación es que asesinara a su esposo por motivo tan sórdido: por dinero. Le asesinó a sangre fría porque iba a privarla del fruto de su fraude. Hago constar que esto es execrable. Esto merece incluso ser condenado...

»Eso no es cierto. ¡No es cierto!

»Le he aconsejado que no diga nada, señora. Esto merece...

»¡Pero es que no es cierto! ¡No fue a causa del dinero! A mí no me importaba que se quedara con el dinero. Le dije que se quedara con él. Pero no quiso. Fue a causa de Dinah. Quería abandonarme porque yo había... fue a causa de Dinah. Ése fue el motivo. No el dinero...»

Y así continuó hasta el final; las palabras se oían convenientemente claras, cosa lógica teniendo en cuenta que la instalación del aparato nos costó mil doscientos machacantes. Cuando desconecté, Wolfe dijo:

—Satisfactorio. Lléveselo a Cramer.

—¿Ahora?

—Sí. Esa harpía puede estar muerta

dentro de una hora. Si no le encuentra en su despacho, haga que le busquen. No quiero que mañana me acuse de retraso deliberado en facilitar una confesión de asesinato.

Cogí la cinta magnetofónica y salí.

CAPÍTULO XV

No tan sólo no estaba muerta la señora Vail una hora más tarde, sino que hoy aún sigue viva. Todo ocurrió hace tres meses y la semana pasada un jurado de ocho hombres y cuatro mujeres se reunieron para deliberar durante cincuenta y dos horas, luego desistieron. El resultado fue de siete a favor de asesinato en primer grado y cinco a favor de la absolución. La circunstancia de que el presente informe sea publicado o no, depende del resultado de lo que dicte el jurado después de una

segunda vista de la causa. En caso de que se dicte absolución, este documento quedará archivado bajo llave en mi habitación, junto con otros documentos similares.

Por si les interesa saber si hice algún otro viaje a White Plains, les diré que sí. Fui allí el martes por la noche, acompañado de Ben Dykes. Para entonces ya la señora Vail había sido llevada a la presencia del Juez de Distrito y todos estaban demasiado ocupados para concederme atención. Me soltaron alrededor de las cinco, no sin antes haber tomado, por centésima vez, mis huellas dactilares. Una semana tardó el asunto en estar liquidado y, cuando

estuvo listo, la cuenta de Wolfe había disminuido 99.925 dólares. A pesar de ello, dispongo de mucho tiempo para pasear y observar a la gente bajo ángulos diferentes. Habiendo conseguido esta ganga a principios de mayo, Wolfe descansa y seguirá descansando. Si hoy le ofreciesen ustedes diez mil dólares para que averiguase quién robó un sombrero en el último cóctel, él no se dignaría ni mirarles.

FIN

Rex Stout

Rex Stout nació en 1886. Para demostrar que no es necesaria la acción en la novela de misterio, creó la figura del hombre-máquina de pensar: Nero Wolfe, el detective que nació a la vida literaria en 1934 y en seguida logró eclipsar a su creador. Wolfe pesa 140 kilos, sólo mantiene discusiones acaloradas con su cocinero francés, no permite que nada ni nadie altere el horario ni turbe la paz de sus comidas, y dedica cuatro horas diarias a su colección de orquídeas exóticas. En los

ratos que le dejan libres la buena mesa y los invernaderos, se ocupa de su profesión: soluciona los problemas sin moverse de su casa, ver a los sospechosos ni examinar las pruebas: le basta con unir en su prodigiosa cabeza los elementos que estaban dispersos en los informes de sus ayudantes.